

**L A
I S L A
D E
L O S
M U E R T O S**

C O L E C C I Ó N
Á N I M A

DISEÑO •
CARLA MARÍA BELLIDO

EDICIÓN •
RAMÓN HONDAL

CON EL APOYO DE •



Merlo, Fidel Enrique
La isla de los muertos / Fidel Enrique Merlo ;
editado por Ramón Hondal ; Carla María Bellido.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Cultura Democrática, 2021.
164 p. ; 21 x 14 cm

ISBN 978-987-47760-2-0

1. Narrativa Cubana. 2. Novelas. I. Hondal,
Ramón, ed. II. Bellido, Carla María, ed. III. Título.
CDD Cu863

**L A
I S L A
D E
L O S
M U E R T O S**

F. E. MERLO

...a Conchita, mi Scheherezade

1

No hay ni vergüenza, mi chama. Esa fue toda la respuesta que tuvo del carnicero al preguntar si al fin había llegado el pollo de población. Nada que hacer. ¿Qué diría el Wittgenstein de todo aquello? Si los límites del mundo son los límites del lenguaje, y el mundo es “mi mundo”, entonces este hombre sudado y maloliente, con la ropa empercudida a fuerza de tanto uso y poco detergente, encargado por una suerte de providencia comunista de ser quien repartiera el maná a gran parte de los habitantes de Cayo Hueso, era un fiel ejemplo de que el mundo era pequeñísimo. ¿Con qué figura lógica se podría representar todo aquello? La bodega en penumbras, el olor a cigarro, el calor asfixiante, Niagaras de sudor, las intrépidas cucarachas que ensayaban *sprints* a lo Asafa Powell mientras sorteaban los obstáculos en el mostrador. ¿Y las paredes? Bien, gracias, mostrando resignadas cicatrices de añejos combates; versus la indiferencia, la escasez, la ineptitud, las armas más efectivas con que nos ha herido el tiempo en su asedio. Como para escribir una *Historia del cerco de La Habana*. Pero ahora es mejor dar marcha atrás y salir a “luchar” algo; eufemismo que para los cubanos significa algo así como que en casa no hay nada que comer y la calle es la única opción, prodigio del mercado de intercambios.

—¿Qué bolá, asere ekó?

—¿Qué hay?

—¿tan buscando una línea de teléfono.

—¿Cómo se llama?

—Setecientos.

—¿Y cómo sería la cosa?

—Sei´ pal el dueño, medio tronco pal punto, y piedra fina pa´ ti y pa´ mí.

—Me cuadra. De hecho, me parece que ahora mismo tengo la jugada. La jeva de San Lázaro, la que alquila. Ella lo que tiene es una extensión que le tiró el Chispa. Pero tú sabe que él es un apretador, que cada vez que está pa´ meterse unos buches le pide que le pague adelantao. Y según ella esa cantaleta es todos los días, y ya anda como por quince pesos al mes.

—Bueno, papi, échale el disparo que esto está que arde.

—Nos vemos en el parque dentro de hora y media.

Ya se verán en el parque, con el sol como testigo, y uno le dirá al otro que La Pechugona —la jeva de San Lázaro— se apretó, que dijo que sí, que su hermana que estaba con un alemán podía tirarle un cabo, pero que siete era demasiado, que ella no le podía pedir tanto y que tampoco su hermana se lo iba a dar. Además, que llevaba poco en el negocio y todavía no había “levantado presión”. Qué bueno, si le daban la posibilidad de pagarlo a plazo...

—No sé, tendría que hablar con el punto —dice con aires del Pensador el intermediario, el segundo en la cadena alimenticia.

—Pero lo de nosotros sí tiene que ser a la mano. Porque yo no como a plazos —dice el tercero en la cadena alimenticia.

—No, no, seguro. Sino no hay chen.

Que es lo mismo que decir que no hay negocio, que se frustró la operación en el Cayo Hueso Trade Center, sito en cualquier esquina del afamado barrio. Al final las negociaciones no prosperan con el punto, que es momento ya de decirlo, no es un sustantivo propio sino un sucedáneo que utiliza el intermediario para no revelar la identidad de quien está detrás de la

transacción y así no le tumben a él su jugada. Y los dos terminan por botarle a La Pechugona cuatro sacos de escombros de la construcción de otro cuartico que está terminando para alquilar por horas, *claro, pa' que el negocio crezca y poder levantar presión. Porque no hay dinero pa' comer, pero pa' pegar tarros y kimbar siempre se inventa, y todo por seis CUC.*

Ciertamente, si se le atribuye al buen Wittgenstein algo de acierto tendríamos que convenir en que para cada hecho, atómico o no, hay una figuración. A no ser que justamente porque todo esto sea un sinsentido carente de lógica no pudiera ser simbolizado por proposiciones coherentemente formuladas, o no existiera acaso simbolismo lógico en el mundo capaz de acercarse de veras a la realidad. Entonces —siguiéndole la rima al austríaco—, es probable que toda la vida, o al menos una gran parte de ella, no sea. Es decir, que hubiese sido una proyección mental, el sueño de alguien que durmiendo fantaseara a jugar con la existencia incorpórea de millones de personas. Quizás nos soñara Brahma, un Brahma soberbio y tropical. No hay palabras. *De lo que no se puede hablar, mejor es callarse.* Entramos en el terreno de la mística. Que suerte la de Wittgenstein de no haber vivido en esta Cuba, como cubano, claramente. Lo más probable es que hubiese terminado loco, como los tantos que se ven hoy en las calles de La Habana, maldiciendo la hora en que había rechazado la herencia.

El tercero en la cadena se llama Gabriel, y si se ha seguido el hilo de lo dicho hasta aquí, se entiende que es quien entró en la bodega con más resignación que esperanza para preguntar por el pollo de población. Pero ahora, a mediodía, entra en la casa que le quedó de herencia de sus abuelos, y que para no desentonar con el contexto ni llamar la atención del jefe de sector está, como él mismo dice, hecha talco. Y eso no por voluntad propia sino por la divina providencia del sueño idílico de Brahma. Sí, el de una sociedad donde todos coman lo

mismo y se vistan igual, si puede ser como espartanos mejor, con la túnica rojita y prestos al combate. Un poco caprichoso este Dios —para el cual utilizamos la mayúscula porque es el único y verdadero, y de paso para no herir su orgullo propio—, y además cultísimo, que ha hablado tantos idiomas como intereses hay, y ahora, finalmente, se ha abierto a todos, vendiéndole su sueño con emanaciones y todo a la inversión extranjera, y al carajo la sociedad espartana con sus *homoioi*, sus éforos, su asamblea, y su diarquía. Bueno, lo de la diarquía puede esperar, al final todas esas eran mariconadas de los griegos, que aquí lo que hay es que eliminar las gratuidades. Pero Gabriel piensa en todas estas cosas de pasada y sin orden, como recuerdos inconexos de sus conversaciones con Román, el único amigo que tiene, o al menos el que ha estado ahí cuando la cosa se ha puesto jodía de verdad. Porque ahora se va a dar un baño para quitarse el polvo del cuerpo, que así como está tiene pinta de albañil en plena faena, y él puede no tener casi ropa, o la poca que tiene estar llena de remendones, pero lo que si no soporta es andar sucio. ¡Coño, pobre, pero con dignidad! Después quizás salga a buscar una cajita de comida para el almuerzo y compre otra que guardará para la noche, y como son tres los CUC que le tocaron, con el que le sobra va a comprar cigarros y unos panes para antes de acostarse. Mañana será otro día.

2

Algo parecido a esto era lo que iba pensando Gabriel, toalla en mano, mientras se dirigía al baño. La verdad es que en esta ciudad, bajo este sol donde no hay nada nuevo, basta tener el sustento del día garantizado para dar por concluido el ciclo vital de veinticuatro horas, milagro de simplificación. Toda la vida se reduce a esto: una existencia de embrión donde se es casi persona, y lo único posible es comer lo que se pueda y estar. Sin embargo, lo que no sospecha Gabriel es que a menos de un kilómetro de allí Román está sentado en la sala de su casa, perplejo, con la boca ligeramente abierta y los ojos, que delatan algún ancestro asiático, queriendo salirse de sus órbitas. Frente a él una mujer de unos veinticinco años, igualmente sentada, lo mira mientras mantiene las manos juntas sobre el regazo. Postura inequívoca de que algo salió mal.

—Yo no puedo —dice ella.

Me cago en diez. ¿Quién cojone me mandó? —piensa él.

—Eso es como quitar una vida.

El que sí no puede soy yo, corazón. Tú estarás muy buena pero hasta aquí las clases. No te me vengas a hacer la santurrona ni la más cristiana de todas, que bastante loquita eres. Ese muerto no es mío.

—Esperé a estar segura para decírtelo.

¡Esto parece una novela, coño! Y tú claro, desesperada por salir de casa de tus parientes pa'venir a meterte aquí. Pues mira, que no me parece.

—Tengo que hablar con mi tía. ¿Tal vez podríamos ir juntos?

En su mente Román empieza a ver proyectadas una secuencia de imágenes que parecen sacadas del guion de un film, aunque no por ello menos verosímiles. Se ve yendo a casa de la tía de Gretchen, que estalla de felicidad. Todos lo felicitan por la buenísima nueva mientras le sigue la esperada pregunta: *¿entonces cuándo se mudan?* Luego se ve alquilando un bicitaxi en el que trata de meter los bultos de la hipotética novia, sí, porque en realidad eso del matrimonio está sobrevalorado, a estas alturas hay cosas mucho más importantes. Basta con que tengan donde meterse, que alguien se haga responsable del *paquete...* y lo demás caerá por su propio peso. Aunque en realidad Gretchen no tiene bultos sino solo una maleta, eso sí, que pesa bastante, y además no se puede arrastrar ya que las ruedas se le partieron subiéndola en el tren en Nuevitas, no quedará otra que emular a algún Mister Olympia y levantarla en peso. Pero lo peor vendrá después. Las consultas de seguimiento con el médico de la familia. Si mal no recuerda, el martes es el *turno de embarazadas*, lo sabe porque ese día es imposible tan siquiera pedir una receta de dipironas. Las colas son enormes. Como si en este país la gente todavía tuviera ganas de complicarse la vida. ¿No les basta con el calor, el transporte, la comida que está imposible, los apagones inmortales y la escasez de medicamentos y del agua? Manda pinga. Parece un crimen traer una criatura al mundo. Entonces la doctora te mira por encima de los espejuelos y te dice que la hemoglobina está un poco baja, que para eso la carne de caballo es buenísima, o la de carey, da igual, eso sí, que no se exceda porque le puede hacer daño. ¿Pero de dónde habrán sacado a esta tupa? Que me explique dónde encontrar el carey, y después, con qué lo pago. ¿Tendrá chamas esta mujer? ¿Habrán tenido la hemoglobina baja? En realidad es el Román del film el que, producto acaso de su reciente inmersión en el torbellino existencial

que constituye su potencial paternidad, se ha olvidado de echar una mirada sobre el contexto. Basta mirar detenidamente a nuestra descendiente de Hipócrates para comprender que desde dentro, a falta de otra cosa, el desespero también se la está comiendo a ella. Los síntomas son incuestionables. La mirada que se posa recurrentemente en el reloj que cuelga sobre la pared frente a ella, los brazos todo el tiempo cruzados sobre el pecho, sus lacónicos “anjá” cada vez que se le comenta algo. ¿Será que está esperando todavía que le llegue la misión? ¿Será por el contrario que acabó de llegar? No caben discusiones al respecto. Está esperando. Si hubiese llegado su aptitud sería diferente. Estuviera sufriendo ahora mismo lo que se denomina el síndrome del *recién llegado*. Es uno de los padecimientos más fáciles de diagnosticar. Irritación perenne, insatisfacción, posturas políticamente inaceptables para un compañero internacionalista, y para rematar, la velada sensación de que esto no tiene remedio. Concluyamos que nuestra doctora no es una recién llegada. Y ahora su única preocupación la constituye el hecho de saber cuál será su país de destino. Ojalá no sea Venezuela, porque la verdad es que cuando le hablan de eso solo atina a persignarse.

—Yo ya pasé por ese trago una vez y me fue más amargo que el carajo.

—¡Ay, hija! A mí me da lo mismo, con tal de que me llamen, como si es pa´ Haití —dice Katia, la enfermera del consultorio, entrecerrando los ojos verdes que contrastan de manera espléndida con su piel mulata.

Pero eso ya queda fuera de la ficción de Román, o mejor dicho, paralelo a ella. En estos momentos él anda calculando probabilidades, acaso dejar el trabajo, que desde hace poco comenzó en el Archivo, para irse a vender viandas en el Agromercado, o quizás ponerse en un portal de dependiente de un timbiriche donde se venda ropa, traída seguramente desde un país hermano. El asunto es que anda como loco por las calles, igual a uno de esos que es difícil reconocer si en verdad está completamente ido, o si

efectivamente son los problemas lo que le hacen ir hablando solo mientras no se percata de que algún que otro transeúnte lo mira medio sorprendido y dice para sus adentros: “este se tostó”. Ya tendrá que batirse contra oleadas de enemigos, como uno más de los *trescientos*, o el trescientos uno. Solo que él no tiene un hoplon para esquivar los golpes, si es que existe alguno que proteja de los porrazos que hay que sufrir en un país como este.

—No es que lo diga el padre Yulier, es que está mal —continúa la mujer.

—¿Quiieeén?

—El padre Yulier, Román. ¿Quién va a ser? ¿Es que no me escuchas?

—Sí, sí.

Ese tipo me cae mal con cojones. Siempre metiéndose en todo con aires de apóstol, de suficiencia divina. ¿Pero qué coño se cree? Se ve que no es él quien tiene que mantener un fiñe pa' estar hablando como si supiera lo que eso significa. Con el nombre de proxeneta que tiene. Yulier, el de los Sitios. Ese si te quedaría bien, asere, no Yulier, el cura.

—Mira, dame un par de días. Es que me cogiste de sorpresa. Imagínate...

—¡Román, yo no me lo quiero sacar!

—Eso ya me lo dijiste unas diez veces. Pero tienes que entender que debemos estar seguros...

—¿De qué?

—Bueno, mi hija... que de verdad estás embarazada.

—Tú lo que piensas es que yo te lo quiero anotar, ¿no?

—Gretchen, aguanta, que yo no dije eso.

—¡Pero igual lo estás pensando!

—¿Y cómo puedes saber lo que me pasa por la cabeza?

—¡Porque se te ve en la cara! Coño, viejo... ¡Yo no pensé que tú me fueras a dar la espalda!

Y ahí vienen. Ya doblan la esquina. Sollozos primero, espasmos después. Un torrencial de lágrimas. Y Gretchen colorada como una manzana. Y Román que no sabe qué hacer. Y... *me cago en diez, carajo.*

3

Son las seis de la tarde, y del sol solo queda un resplandor más atemorizante que el que rodó Kubrick. No obstante, por hoy lo peor ha pasado, a esta hora ya no hay riesgo de insolación. De seguro es por eso que los dos amigos se hallan sentados en el suelo de la azotea de Gabriel, tomando lo que de manera muy acertada llaman *ron del gris*.

—¡Pinga, con otro trastazo así te vuelas! —dice Gabriel.

—Falta que me hace. ¡Imagínate! A esta hora con ese recado.

—¿Y tú que le dijiste?

—¿Qué le voy a decir? Que este no es el mejor momento, que debemos pensarlo mejor, que ahora mismo la cosa está en candela.

—¿Y tranzó?

—Nescafé, bróder. Armó una perreta de tres pares. Y lo peor es que tampoco puedo estar seguro de que no es mío.

—Déjate de mareo, papa, que todas las guajiritas esas son tremendas mecaniqueras.

Gabriel se lleva el vaso a los labios y bebe un trago corto. Luego se inclina sobre una nalga y saca del bolsillo trasero de su short una caja pequeña y estrujada en la que Román adivina escrita, en letras rojas sobre un fondo blanco con rayas azules, la palabra *Criollos*.

Ve a su amigo, en un gesto mecánico, transportar el cilindro diminuto hasta su boca para acto seguido, prenderlo. El humo se eleva con indiferencia.

—Estás metido en tremenda balacera —continúa Gabriel—. Como yo lo veo, te estás dejando enmoñar por esa jeva, y te vas a dar la embarcá del siglo.

—Lo que tengo que hacer es convencerla pa' que se lo saque —dice Román abstraído.

—Papa, eso lo veo difícil.

—¿Por qué?

—Es obvio. Ella está asegurando su casa en La Habana.

—¿Y si de verdad es mío?

—Eso es muy posible, hace rato me di cuenta de que eres medio comemierda.

—Comemierda no, asere. A cualquiera se le calientan los metales...

—Sí, ya sé. *En una noche de pirata, cualquiera se tapa un ojo...*

Román baja de golpe casi una pulgada de alcohol.

—Suave, yunta —dice Gabriel medio en broma.

—Si al final tienes razón. No sé quién pinga me mandó a singlar sin gorro.

—De nada vale que te lamentes ahora. Lo que tienes que hacer es meterle ruido pa' que se lo saque. Dile que tú no lo vas a reconocer, que no tienes cómo estar seguro.

Román vacila. Con independencia de lo que diga el padre Yulier, si bien o mal, él sabe, está casi seguro, de que ese chama es suyo. ¿Cómo no estarlo? Si aquella noche que su madre se quedó junto con su hermano en el cuarto de una tía allá por Luyano, Gretchen fue para la casa de él y allí estuvieron sin dormir hasta la seis de la mañana. Haciendo aquello que ya se dijo, y sin gorro, que equivale a decir, sin preservativo. ¿Resultado? Un mes de retraso en la menstruación y la visita clandestina al hospital Gonzales Coro. Dictamen: saco gestacionario, nueve semanas.

Es momento de decirlo. Con el tema de la paternidad Román tiene una especie de trauma. Dejar a una

mujer preñada, o con un niño chiquito, eso es una mariconá. Él no sabe hasta qué punto puede ser un crimen en otro lugar, pero lo que es aquí, no hay ni discusión. ¿Quién lo ha vivido como él para decirle lo contrario? ¿Cuántas veces le juró a su madre que iba a luchar para que la vida fuera distinta para ellos? Promesa que para su interior resonaba muy distinta. *Yo no voy a ser igual que él, eso es ser un mierda, por la Pura que no.* Juramento similar a un iceberg, con una parte hacia fuera y otra inmensa, impensable, hacia las profundidades, hacia la voluntad misma, hecho con frialdad, con firmeza de hombre que recién ha cumplido los diez años. Subiendo las escaleras hasta el tercer piso, cada uno con un cubo lleno de agua porque se había roto el motor, promesa casi susurrada al oído materno para que no la oyeran los que iban un poco más arriba y los de un poco más abajo, en fila, como ascendiendo por los Andes. Y el silencio de Olga, estoico, escéptico. Acaso porque intuía lo difícil que podía ser salir adelante. Solo se trataba de resistir. Corre el año noventa y cuatro, se habla de *Período Especial*. ¡No hay ni zapatos! Pero debemos resistir. Y el hombre que recién cumplió la década no entiende más allá del apagón, del bicarbonato que con el sudor quema bajo las axilas porque ya empieza “el desarrollo” y no hay desodorante, y si no se corta y las muchachitas no se le van a querer acercar, y de la camisa blanca como las franjas de la bandera, pero llena de remendones, y de la pañoleta roja, como la sangre derramada de los héroes, pero desteñida, y en el cielo una estrella solitaria alumbraba la noche de Cayo Hueso, en La Habana. *¿Pero resistir a quién y en nombre de quién?* Quizás esto fue lo que alguna vez le preguntó Román a la estrella solitaria, acostado en el piso del balcón porque el calor no había quién lo resistiera, seguido del juramento: “yo no voy a ser igual que tú, so maricón”.

Y después apareció Orlando. Un mulato medio tiempo que trabajaba con Olga en la Biblioteca Nacional, en la sala de música. Tenía buenas maneras.

Un hombre culto que le enseñó a escuchar a las tres B alemanas, y a Mozart y Prokofiev, y a Bártok. Y también lo llevaba al Latino a ver a los Industriales, y le enseñó a tirar la curva con la que se cansó de ponchar a Gabriel, que después, molesto, siempre se quería fajar. Y cargaba agua junto con él, mientras su madre los esperaba con el eterno huevo con arroz y chícharo servido en la mesa: “pero después del baño, que bañarse acabado de comer es peligroso, te puedes quedar to´virao”. Y también le regaló, junto con Olga, a Esteban, su hermano. Cuatro personas para dos cuartos, estaban dentro del promedio de habitantes por metro cuadrado para Centro Habana. Pero como la felicidad en casa del pobre dura poco, Orlando se enfermó de un día para otro. Se cayó en la puerta de la casa y fueron los vecinos quienes lo recogieron y llevaron para el Calixto García. Allí la cosa comenzó a agravarse, él escucho las palabras “cigarro”, “morfina”, algo sobre “buscar al menos dos balones de oxígeno”, y... “no hay mucho que hacer”. Nada, que acabado de cumplir las tres semanas de ingreso Orlando murió de cáncer de pulmón, dejándolos a Olga, a él y a Estebita en ascuas. Entonces con quince años le tocó, o al menos así lo asumió, ser el padre de su hermano.

—Ñooo, asere, que te pones de pinga —dice Gabriel, que iba a encender otro cigarro y ve como Román hace volar azotea abajo la cajetilla de criollos—. A ver si me compras otra que si no te voy a dar tremenda explotá de cara.

—Oye, me hace falta un favor tuyo. No vine nada más que a darte la muela de Gretchen.

—¿Qué? ¿Necesitas un timbre?

—¿Y pa´qué yo voy a querer una pistola?

—Pa´suicidarte.

—No jodas, consorte, que es en serio.

—Bueno, bueno, no se me ponga así. Hable a ver qué puede hacer el Gabo por su bróder.

—Necesito que me cuadres con la gente esa de Carlos III.

—¿Qué gente?

—La que te resolvió la pincha aquella en todo por tres.

—¡Ah!, pa' Estebita, ¿no?

—Sí, asere. A ver si pasa el servicio social allí mismo. Pa' que no lo manden lejos y la Pura no me entre en catarsis.

—Pero a esa gente hay que salvarlos. Tú sabes, tocarlos con algoito.

—No hay cráneo, yo tengo un menudo ahí. Tú avísame. Igual, me imagino que con una tabla alcance.

—Limpio. Con eso te venden a su madre envuelta en papel de regalo.

Hacen una pausa para rellenar los vasos. A Gabriel se le derrama un poco del líquido que le corre por la mano izquierda hasta la muñeca.

—Se me olvido echarle a los mártires —dice—, que con esa gente no hay kimbe. Lo suyo es lo suyo —y deja caer un chorrito sobre el suelo, justo al lado de donde se halla sentado.

—Bróder, tú sabes —continúa Gabriel pero en tono más bajo, casi confidencial—, ya no estoy tan seguro de vender la casa.

—¿Qué? ¿Ya no te piensas ir?

—No, no es eso. Es que tengo una sensación rara. Y por otra parte, yo quiero irme, tengo la cabeza podrida y ya no me cabe ni un mal recuerdo más.

—¿Entonces?

—Que también me pesa deshacerme de la cueva esta. Aquí están mis eggum. Y además, no me convence la talla esa de atravesar una pila de fronteras pa' llegar al yuma.

—Siete.

—Oye pa' allá. ¿Lo ves? Eso está súper enredao.

—El lío es que si quieres irte pa' Estados Unidos tienes que hacerlo ya, porque como están las cosas... ahorita no se puede coger ni la lanchita de Regla.

—A mí me da lo mismo cualquier lado, Román. Lo que pasa es que pal' yuma es más fácil.

—¿No me acabas de decir que no te cuadra la travesía?

—Pero allí te dan una ayuda. Y coger la residencia no es tan difícil pa' nosotros.

—Compadre, ¿por qué no haces lo que te dijo el puro y ya? No te complicas tanto.

—Porque él lo que quiere es que yo venda la casa pa' que me vaya a vivir con él. Claro, si ya se siente viejo y solo. Porque todos sus hijos se le han ido pal' carajo, por hijoeputa. Y ahora que yo, Gabriel, el puntico, le limpie la mierda y coja los doce mil CUC pa' invertir con él en su negocio.

—Se realista, consorte. Irte como tú quieres es un embarque. Busca otra manera, no sé, cástate con una extranjera, o un extranjero, como te dé la gana, igual te voy a aceptar, a los amigos hay que quererlos con sus virtudes y defectos.

—Ahora el que está jodiendo eres tú.

—Te lo digo en serio. Busca otra forma. Si al final también estás solo como tu papá. Y por otra parte no tienes cómo levantar la cueva que ya casi se te viene encima. Si ya tienes dudas con lo de pirarte, pregúntale a tus cosas entonces. Sin embargo, a mí me parece que de momento la mejor opción que tienes es esa que te dio tu viejo.

—No sé, ya veremos. A eso todavía tengo que darle taller —Gabriel toma el pomo con una mano—. Por ahora vamos a bajar a esta tipa que se nos está resistiendo más que de costumbre.

—Es que hoy está cabrón. ¿Qué coño le habrá echao el Gambao?

Los dos observan el recipiente donde una vez hubo litro y medio de refresco TuKola, pero que ahora se ha degradado hasta almacenar una botella de *ron del gris*. Lo miran y parecen dudar de sus fuerzas, como si fuera el mismísimo Stevenson quien estuviera frente a ellos, desafiante.

—Hay que tener ganas de emborracharse —dice Román y apura otra pulgada de alcohol que desciende veloz por la garganta, dejando una estela de fuego tras su paso—. Su madre...

4

Hace más de dos años que Román trabaja en el Archivo Nacional. Allí empezó luego de un largo periodo en el que hizo de todo un poco, o como él mismo dice: *menos chivato y maricón, cualquier trabajo es decente*. Luego de terminar el pre había matriculado en la Universidad para estudiar Derecho, pero pronto sintió que lo que estaba haciendo, en realidad, era perder el tiempo. Y eso es algo a lo que este hombre parece tenerle fobia. Terminó el primer año y después... ojos que te vieron ir... Hasta llegó a decirle a Olga que dejaba la Universidad porque estaba malgastando de manera miserable su juventud. La pobre mujer pensó entonces que había perdido irremediablemente a su hijo, que la calle se lo había tragado, que no quería estudiar y que ahora sería como tantos otros que se lanzan a luchar en una ciudad que como Cronos va devorando a sus hijos; aunque en honor a la verdad esta es más voraz que el dios griego, que en el mito aquel se comía exclusivamente a sus hijos, y esta, La Habana, se “mangia” a todo el que se le ponga adelante, griego, o cubano de Jesús María, da igual.

Entonces Román se fue ganando la vida como pudo, pero sin dejar de estudiar, dedicándole largas horas a la lectura. *No quiero participar de la misma farsa que los demás*, le decía a su madre siempre que ella

trataba de convencerlo para que retomara la carrera. En el fondo lo que él temía no era otra cosa que la mentira, el gran flagelo de Cuba. Todo es apariencia, ilusión, velo de maya, samsara. Gentes que fingen trabajar, un estado que finge pagar, un pueblo que finge no robar y vivir en la legalidad, y la policía que finge no enterarse de nada. Maestros que juegan a dar clases y discípulos que aprenden a no saber nada. Títulos que se cuelgan en alguna pared de la casa para que la familia lo muestre orgullosa porque el niño, o la nena, se graduó de Economía, con Diploma de Oro, y la semana que viene se va para Inglaterra a vender churros.

Filósofos que nunca tuvieron en su programa de estudios a *La República* de Platón, ni el *Órganon*, que jamás oyeron hablar en clases ni de San Agustín ni de un tal Heidegger. *Por eso cuando vengan los americanos lo que se van es a morir de hambre.* Y aquí entra otro de los tantos traumas nacionales. Menos mal que se ha perdido la costumbre de representar a la nación con la alegoría de una mujer semidesnuda, como se decía antes, que en realidad solo se le ve el hombro izquierdo, que si eso es semidesnuda cómo calificar la vestimenta de las mujeres de hoy, que aquí, por aquello de que somos latinos, el calor y todo eso, hay que tener entereza para salir a la calle y mantener la compostura. Aunque tal vez la ausencia de representación sea porque no hay república en el verdadero sentido del término; y en fin, que si nuestra Cuba fuera una fémica, a fuerza de tantos traumas como tenemos y consultas de psicoanálisis, la deuda externa sería la más alta del continente.

Pero la verdad por encima de todo. Y lo cierto es que el tema de los *americanos* constituye ya un tópico dentro de nuestra historia. Si no, fíjese que no más uno entra en un aula primaria, con el uniforme tricolor y el olorito a jabón Nácar, y ya te empiezan a ladrar todo el discurso de la fruta madura, *que si en el siglo diecinueve existía una corriente fuertemente anexionista, traidores y vende patria, coño.* Que

si José Antonio Saco como filósofo fue importante, pero en cuanto a su aptitud política, no sé, es dudosa. *Varela, en cambio, ese sí fue un tipo duro de verdad.* Olvidándose acaso la más importante de las herencias que nos legó el marxismo, la de comprender que cada individuo es en buena medida el resultado del momento y el contexto histórico que le tocó vivir. Ya lo dijo quien lo dijo: el hombre es él y sus circunstancias. Entonces sigue la maestra, y si no es de las emergentes, mejor, con el pecho inflamado de fervor patriótico, despotricando, *que bastante que le pedimos apoyo y que reconocieran nuestro gobierno en armas,* porque esas cosas, aunque hayan pasado ya dos siglos, todavía duelen, *no nos hicieron el más mínimo caso, y después nos frustraron la victoria en la guerra del noventa y cinco para instalar una pseudorepública que duró hasta que llegó lo que llegó;* cierto lo primero, falso, falsísimo lo segundo. Y sigue la *teacher:* *por eso no nos perdonan, porque fuimos capaces de hacerle una revolución en sus narices; sí, el David que ha resistido el bloqueo más largo de la historia; sí, el David más Goliat de todos, el más fuerte, y por eso, justamente por eso, todavía acechan agazapados, esperando el momento para saltar sobre la yugular de nuestro aguerrido pueblo, ellos que no tienen ni salud ni educación gratuita como nosotros, que saben que en el mundo millones de niños mueren de hambre, y el aula que repite a coro: ninguno es cubano, ¡¡¡iaú, aú, aú!!!*”, como una falange de efebos espartanos, *porque ese país es un antro de decadencia, una mancha de corrupción.* Y siempre hay un niño, porque para descubrir pensamientos engañosos nada más efectivo que la mente de un chico, que se dice: “bueno, mi’ja, ven acá, si esa gente está en candela y nosotros estamos tan bien... ¿por qué la gente se va echando de aquí en tablas, cámaras o lo que aparezca, y no son ellos los que vienen pa’ acá? ¿A ver profe, cómo responde usted a eso?” Y así de fácil empieza uno a participar de la mentira. O lo que es lo mismo, a no decir toda la verdad. Porque nuestro

niño, si pone eso que ha pensado en la prueba, sale, como se dice aquí, por el techo, que es lo mismo que decir que se arma la gorda. Mamá y Papá citados para la dirección, un consejo disciplinario, posible amonestación pública, en fin, olvídate del pre, de la Lenin, y por supuesto, la palabra Camilito para ti no existe. A lo más que puedes aspirar es a un oficio o a la agricultura, que tierra es lo que sobra aquí, aunque la mayoría este ociosa. Así que nuestro chico va a repetir la misma trova hasta que se esté graduando de la Universidad, y todavía después en su centro de trabajo, ante una visita nacional. A no ser que resulte salirnos un artista y un día en el extranjero, obstinado ya de lo mismo, diga lo que realmente piensa y pal carajo, inmigrante! *Pero cuando vengan los americanos la cosa va a cambiar.* Al menos eso es lo que piensa la mayoría de la gente. Y claro, no es porque los americanos sean la mata de la virtud. Lo que pasa es que todo el mundo sabe, acostumbrados como están a las medias verdades, que lo que viene es el capitalismo, y ahí sí a joderse. La cosa va a ser igual que antes. El que sepa cómo ganarse la vida vivirá y el que no, *in nomine pater, filius et spiritu sanctus*, y el padre Yulier persignándose. Pero lo que adivina Román, y muchos más como él, es que en un país con un sistema de educación tan deplorable, donde lo importante ha sido la promoción y no el aprendizaje, donde el conocimiento ha sido tan parcelado y escaso, ¿quién está preparado para una sociedad basada en principios de eficiencia y competitividad? *In nomine pater, filius et spiritu sanctus.*

Pero como quedó dicho, la mentira que ha sido este sueño de Brahma, nunca satisfizo a Román. Por eso, cuando se encontró con un antiguo profesor del pre y este le preguntó qué estaba haciendo, la respuesta que dio fue la habitual, casi un lugar común: “Na, lo que venga, de todo un poco”. El hombre tomó entonces los datos de Román y tres semanas más tarde lo llamó para proponerle un trabajito que quizás le podría ayudar.

—El salario no es suficiente —dijo.

—No se preocupe, en ningún lugar lo es.

—Sí, pero bueno, al menos es algo estable. Y por otra parte, más acorde contigo.

Román no prestó importancia a aquello de *más acorde contigo*, puesto que para él, exceptuando los dos oficios que se mencionó antes, todo trabajo tenía su dignidad. No obstante atribuyó esta expresión a una especie de sentimiento de cercanía intelectual que siempre había existido entre ellos, lo que justificaba perfectamente que Gonzalo, el profe, pensara que el lugar más adecuado para su antiguo estudiante fuera en un ambiente *propicio para desarrollar sus habilidades intelectuales*, frase con la que pensaba lo había convencido.

Es claro, por otra, que para un joven aficionado a la lectura, de manera particular a las humanidades, trabajar en un sitio cuyo objetivo fuera la historia y su preservación, resultaba un hecho estimulante. De este modo comenzó Román su labor en el Archivo Nacional. En principio, Gonzalo le *resolvió* para que trabajara digitalizando algunos documentos que ya se encontraban notablemente deteriorados, siendo así que de manera regular a sus manos llegaban legajos de valor incalculable que además contaban una Historia de Cuba muy diferente a aquella que declamaba la maestra de primaria. *La Historia no oficial*, empezó a llamarla él, y pronto la pincha pasó a ser el objeto de un celoso entusiasmo más que una obligación impuesta por la necesidad. Con frecuencia sucedía que habiendo pasado un documento a formato digital y concluido con ello su trabajo, no quedaba satisfecho. Entonces buscaba satisfacer su curiosidad y rastreaba la historia hasta llegar al desenlace, de manera repetida solicitaba legajos en los que no se le había ordenado que trabajase y así pasaba más horas en su pequeña oficina, entre el ácaro y los papeles amarillentos. Pronto dejó de vérselo con frecuencia por el barrio y cuando alguien le inquiría: “¡Eh, estás perdido!”, él respondía siempre lo mismo: “Na, en la pincha”.

No culpemos a este hombre por haberse enamorado de tan ingrata labor. Sí, porque la paga amerita sus lágrimas si la comparamos con lo que gana un camarero en cualquiera de los interminables comercios gastronómicos de La Habana. Que parece que este pueblo solo piensa en comer y tirarse dos trapos arriba. ¿Será ya un trauma? ¿Una nueva adquisición para la conciencia popular? *Vade retro, Brahma*. Es natural, como ya se dijo, que Román se haya prendado de su trabajo. Para alguien como él, amante por sobre todas las cosas de la verdad, es una revelación que los propios muertos cuenten su historia, sin intermediarios, sin la mesa redonda, sin los libros politizados que se consideran oficiales, sin los cuadros del partido, sin la maestra de primaria; en fin, lejos de ti Brahma, tú no puedes entrar en este lugar, que tú pesadilla ya nos ha jodido bastante y esto está fuera de tu sueño carmesí. Dejemos que los muertos vuelvan a la vida entonces, y en un prodigio de mimesis todo sea de nuevo, como cuando Orlando le ponía los audífonos grandotes para escuchar en la sala de música de la Biblioteca Nacional a Rostropovich tocando las *Suites* de Bach. Que se abran las sesiones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que otra vez se alce el conciliador verbo martiano, que los italianos que emigraron no sean mafiosos y mucho menos tengan problemas con la droga, que la constitución del cuarenta no quede suspendida en el tiempo, como uno más que en la parada de 23 y 12 espera el P4, aguardando la promesa dilatada del retorno a los suyos.

Román fantasea con todo esto. Una combinación que lo conduce a un final irremediable. Lecturas, imaginación, entusiasmo, nostalgia, la conciencia de que las cartas podían haberse jugado de otra manera y de que todo pudo ser diferente. En fin, de que el mundo es potencia, posibilidad, y de que él, y acaso todos los demás, no estemos verdaderamente solos. ¡Uf! Este tipo nos va a salir escritor.

Para eso compró una laptop. Bueno, en realidad no fue tan así, que él no gana para tanto. Más bien fue

un trueque que hizo. La obtuvo de un vecino que se la dio como pago por algunos arreglos eléctricos y otros trabajos de albañilería. Qué bueno que aprendió de todo, sino hubiese tenido que empezar a escribir a mano como Dostoievski y tantos más. Digamos que su computadora no es un prodigio tecnológico pero al menos para lo que él quiere, le resuelve. Por eso cuando llega a la casa se baña, come lo que haya y se tranca en su cuarto a escribir. Aunque a veces tenga que irse para la calle, o a casa de Gabriel hasta bien entrada la madrugada, porque si Estebita está es imposible que tenga la privacidad que necesita. Y es que eso de escribir exige sus comodidades, al menos silencio, y si se disfruta de soledad, mejor.

—Asere, te vas a fundir —le dice Gabriel.

—Tú déjame a mí.

—Mira, que aquí no hay jama pa' eso.

—¿No ibas a salir?—pregunta sin levantar la vista de la pantalla incandescente.

—Sí, me voy pa' la Casa de la Música.

—Vaya bien entonces, hijo mío.

Y así queda Román solo entre las paredes agrietadas de la cueva. Estará allí hasta por la mañana y después se marchara a su casa para dormir, que es sábado y él no tiene trabajo. Luego, cuando se despierte, volverá a revisar sus papeles, montones de impresiones que ha ido realizando a escondidas, posibles historias que escribir, y quizás encuentre una partida de defunción que le expidieron en la Catedral de La Habana. Entonces es posible que recuerde a aquella muchacha que lo atendió primero cuando fue a solicitar el documento y quince días después cuando fue a recogerlo, notablemente blanca para ser de *aquí* y con una trenza negra que le cae en la espalda. Cubana es, pero por el modo tan cuidadoso de hablar evidentemente no de La Habana. ¡Cuidado, Romanov! No vaya a ser que dentro de un tiempo se te aparezca en la casa y te dé, sentada con las manos sobre el regazo, la noticia de tu vida. Pero para eso todavía falta. Que este tipo es persistente como el

diablo y ya se las ingeniará para volver a la Catedral y sacarle conversación a la muchacha. Y después, otras cosas más que por decoro no decimos aquí. Pero el pretexto ya se lo dio Gabriel cuando le dijo que tenía una oferta para vender la casa.

—¿Y ya está a tú nombre? —preguntó Román.

—No. Es que no sé ni lo que tengo que hacer.

—Lo primero es ver quién es el dueño de la propiedad.

—No, eso sí lo sé, mi abuelo.

—Menos mal que por lo menos sabes algo. Si es así tenemos que buscar las certificaciones de matrimonio y defunción de tus abuelos. Y después la de tu mamá, pero de ella solo la de defunción.

—¿Y eso de dónde lo saco?

—Papa, del registro civil. ¿Por lo menos sabrás donde se casaron?

—Sí, en la Catedral.

¡Zas! Ya está. Para allá irá voluntariamente Román, aunque Gabriel se ofreció por entender que ya bastante era que le tirara el cabo como para buscarle también unos papeles que él mismo podía ir a solicitar.

—Coño, compadre, que no soy un anormal —le dice.

—Que no, viejo. Esas cosas hay que hacerlas bien, si no los documentos salen mal y se pierde mucho tiempo.

Como si fuera él mismo quien iba a redactarlos. Un pillín. Pero bueno, ya se ha dicho, por la boca muere el pez. Y el anzuelo para este se llama Gretchen.

5

Afirmar que Gabriel nunca ha pensado en el mañana es ir demasiado lejos. Todo lo que podríamos decir al respecto es que cada vez que el tema aparecía en su mente trataba de esquivarlo. No es un hecho extraño si tenemos en cuenta que en Cuba existe toda una cultura del aquí y el ahora. Es, prácticamente, un modo de vida. Las necesidades establecen sus prioridades en función del día a día. Hoy no hay que comprar aceite, podemos poner toda nuestra atención en el jabón. Ya mañana cuando nos levantemos aparecerá por debajo de la puerta, como un regalito, el recibo de la corriente, y entonces tendremos que dejar el azúcar y el picadillo para otro día. Y así ha sido durante mucho tiempo.

No es de extrañar, que traduciendo esta experiencia de vida en conocimiento práctico-filosófico, se repita de manera común aquello de “goza hoy que eso es lo que te vas a llevar”. Especie de epicureísmo tropical que tiene en Gabriel a uno de sus máximos exponentes. Por eso no hay fin de semana que permanezca en la *cueva*. Trabaja de lunes a viernes para gastarlo todo entre sábado y domingo. Acaso sea por ello que apenas sobrepasa los treinta años y ya en los ángulos externos de ambos ojos sobresalen dos admirables patas de gallina, aunque esto no sea atributo exclusivo de quienes llevan estilo de vida tan desordenado.

No obstante, hace ya un par de semanas que el padre de Gabriel le comentó que había un español buscando local para poner un negocio, y que él inmediatamente había pensado en la casa de su hijo. Si se ha prestado atención hasta aquí el por qué ya se conoce. Que la casa está *hecha talco*, que Gabriel no gana lo suficiente como para llevar a cabo las reparaciones, etc. Pero lo cierto es que en el pensamiento de Gabriel ya se iba asomando la noción del tiempo. Filosóficamente hablando, la necesidad de trascender ese medio suyo del *hic et nunc*. Y no es que haya leído a Heidegger para pensar todo aquello de que si el hombre vive en el tiempo, que este es su dimensión, que el ser se proyecta hacia el futuro, y todo eso. Fue el espejo, que nada tiene tanto poder de persuasión como una imagen contundente de la realidad. Su cara demacrada, que ahora mismo contempla, le dice que hoy es el mañana de hace algunos años, ese mañana que había rehuido. Que de cierta manera ha malgastado una parte de su vida que no va a volver. Y eso aún cuando Román le ha comentado en ocasiones, para animarlo, aquel verso de Pessoa: “maestro, son plácidas aquellas horas que malgastamos, si al malgastarlas, cual en un jarrón, ponemos en ellas flores”. Pero eso no lo convence. Las flores en el jarrón no satisfacen sus necesidades. No lo visten, no lo calzan, no pagan las cuentas, ni siquiera le dan la posibilidad de cambiar las cosas y recuperar todo aquello que perdió. Quizás sea hora de mirar sin disimulos al futuro. Es algo que tiene que recordar. Y recordar decimos porque eso del “goza hoy, que es lo que te vas a llevar”, fue una aptitud que de cierta manera le impuso la vida. Que no fue la vida si no él mismo y esta es una excusa, porque siempre es más fácil echarle la culpa a otro. Lo que pasó fue que luego de la muerte de su abuelo, lo último que le quedaba, buscó la manera de desviar todo el sufrimiento mirando hacia otra parte. Que ya Pascal había advertido que este tipo de cosas suelen suceder y no hay necesidad de ser psicólogo diplomado para

comprender la aptitud del muchacho, que muchacho era en aquel entonces con diez y siete años cumplidos. No diremos que se perdió porque nunca lo estuvo y lo hizo todo de manera muy consciente, pero sí que se entregó de modo desenfrenado a vivir una vida que pudiéramos clasificar como disoluta, si no es que para llevar este tipo de existencia fuera necesario disfrutar de los recursos financieros de los que Gabriel, independientemente de todas sus pérdidas, nunca gozó.

Por el altavoz se escucha la voz de un presentador invisible... *en la esquina roja... alcohol, drogas, broncas y mujeres... ¡iiiiEhhhhhh!!!!*, ruge el público entusiasmado... *en la esquina azul... memoria, voluntad, valor y soledad...* Vencedor por KO en el primer asalto, la esquina roja. Y así fue como llegó a estar en esta postura. Frente al espejo, mirándose del pecho hacia arriba, cubierto de tatuajes y con unas ojeras inmensas que, como le dice en bonche a Román, ya le llegan a los codos. Por eso tomó sin pensarlo *La Decisión*. Se va pal carajo. Ya hace dos años estuvo preparando una salida clandestina con unos consortes del barrio pero el berraco de Román lo convenció con su muela de que aquello era un embarque.

—¡¡Asere, tú estás quemao!! Si lo que quieres es mejorar tu vida es estúpido que te la juegues en una lancha. ¡Vamo... Vamo... que la cabeza no es pa' llevar pelo na'má!

Y con semejante retórica lo hizo cambiar de opinión. Pero ahora lo tiene to'pensao. Con los doce mil CUC que le va a pagar el gallego cretino ese, se va a pirar pa' Ecuador, y de allí a cruzar fronteras hasta llegar al Yuma. Lástima que el Romanov no quiera partir con él, eso hubiese sido lo ideal, porque es un taco que podría ser muy útil si la cosa se enreda y... porque es su amigo, coño. Ahora, que el lío se va a armar cuando se entere de que Estebita va a partir con él. Ya se imagina el empingue. Pero lo mejor es no irse solo y ya todo está hablado. El mismo Román se había embarcado por decírselo a su hermano. Por eso

cuando en el *Café Cantante* Estebita se le acercó él no tuvo muchas opciones, y aún cuando al principio dudó, después pensó que era lo mejor que podía pasar.

—¿Que vuelta, el mío? —dijo Estebita entre el humo de cigarro, el reggaetón y los besos de Katia.

—¿Eh, que bolá, chamacón? Siéntate aquí.

—Pírate por ahí, hija. Es más, coge y compra tres lager —dijo y estiró su mano derecha, entre los dedos un billete de diez CUC.

—La tienes controlá, asere —dijo Gabriel mirando como Katia iba de mala gana hasta la barra.

—Tú sabes cómo yo me pongo.

—¿Y el bróder, asere? ¿Dónde lo dejaste?

—Mi hermano está medio kimbao, compadre. Tú sabes que él no sale. Y ahora anda con una pila de papele. Que si quiere escribir no sé qué cosa.

—Ya tú sabe.

Estebita puso la billetera sobre la mesa.

—Hablando de Román —continuó—, ya me echó pila de lo tuyo.

—¿Del qué?

—De la pira.

—Ese es el problema de Román, que es tremendo bocón.

—Asere, nosotros somos casi familia, ¿no?

—¿Y qué? Esas cosas no son pa' estarlas diciendo por ahí.

—Me lo dijo a mí na'má, compadre. No te estreses. Ni la Pura lo sabe.

—Esa jugada todavía no está segura.

—¿No?

—Papa, hace falta buscar una pila de balas.

—Ná, pero el gao tuyo el yumita ese seguro te lo compra. Además... no hay cráneo, viejo.

—¿Qué tú quieres decir?

—Que yo asumo.

En eso Katia vino y puso las tres cervezas sobre la mesa e hizo ademán de sentarse.

—Date un grito, mijita, anda —le dijo Esteban.

Después esperó hasta que la vio perderse en la pista de baile y se volvió hacia Gabriel.

—La plata no es problema.

—No jodas, Esteban, ¿de dónde pinga vas a sacar todo ese dinero?

—Eso es problema mío.

—Por lo bajito son tres mil, o tres mil quinientos.

—Asere, tú no me escuchas.

Los dos callaron unos instantes. Gabriel bebió despacio un trago de cerveza y miró en rededor.

—Tú sabes que si te parten es candela eso, ¿no?

—dijo.

—¿De qué tú estás hablando, ekobio?

—Alain está cagao, salte de eso.

—No sé a qué te refieres.

—No te hagas, que yo no soy comemierda y casi puedo ser el Puro tuyo.

—El Puro mío está bajo tierra hace rato, Gabriel. No hace falta que otra gente venga a filmar el papel.

—Te lo digo porque tú socito Alain está dichabao.

—Vamo, compadre, no te hagas el místico, que tú no eres fiana ni esto es *Tras la huella* —Esteban exhaló una bocanada de humo interminable—. Está de pinga la zorra esa, lleva tremendo rato marcándote. ¿No le vas a echar el plomo? No me pierdas facultades, tigre, que eso es una raya más.

Gabriel miró a la barra. Era una rubia que estaba cerca del metro ochenta. Quizás este fuera uno de sus últimos zarpazos en la *Isla Milagrosa*.

—Sí, está buena con cojones —dijo—.

—¡Ese es el mío!

Gabriel se puso de pie.

—Bueno, ¿qué? ¿Estoy ahí contigo?

—Yo te aviso cuando todo esté cuadrao. Salúdame a Román.

—Sirvió. Y no gastes mucho, que esa tiene tremenda pinta de apretadora.

Pero el momento llegó y con la misma se fue. Aquel día cuando Román lo llamó por la tarde para decirle que le hacía falta verlo, que andaba fundío

porque la jevita esa que se estaba comiendo le había echao un coro que lo tenía mal, él pensó que era la ocasión para contarle. ¿Qué podía ser peor que lo que él tenía que decirle? ¿Qué a lo mejor la guajirita se estaba kimbando a alguien más? ¿Qué se iba pa' su campito? Pero cuando por fin se vieron, y su amigo le contó lo del posible embarazo, comprendió que con esa noticia ya era suficiente por un día. ¡Ñooooo, un chama! Y por eso calló que Estebita era el otro argonauta y, peor aún, que estaba enredao, él no sabía cuánto, con Alain, el Punto que la distribuía a toda la gente de la zona.

6

Las cosas sucedieron más o menos como se las había representado Román en aquella proyección mental. Las palmaditas en los hombros, el brindis con refresco Piñata de polvito, porque en estos parajes no podemos darnos los placeres del vino y mucho menos del champan, al menos no todos. Tampoco será esta familia de Nuevitas, que por ausencia de presupuesto no disfruta de semejante lujos, una falta a regla tan general. Que ni siquiera tienen una habitación por cabeza. Apartamento de tres cuartos para ocho personas, milagro de planificación civil, que si resucita Pericles y ve tan gran prodigio se avergüenza de no haber hecho más durante el sitio que a Atenas impusieron los espartanos. Gladys, la tía de Gretchen, aseguró que su hermana se iba a poner de lo más contenta allá en el *pueblo*, y bueno, que bien que el padre era un muchacho como Román, luchador, decente, que no podía estar más tranquila por su sobrina, que ahora solo faltaba el matrimonio, pero que en última instancia hasta eso también podía esperar. Lo que bueno, si urgía por el momento era que los novios, los futuros padres, se instalaran, naturalmente en casa de él, porque aquí era una lástima, ¿qué más quisiera ella?, si hasta era como un sueño convertido en realidad, que ella que tanto quería y había hecho por Gretchen (y aquí se

le escapan un par de lágrimas y Román pensando que solo falta de fondo el violín de Menuhin), no deseaba otra cosa antes de dejar este mundo que ver la beba de su sobrina, porque estaba casi segura, por la barriguita que ya comenzaba a despuntar (barriguita que Román ni siquiera podía predecir, porque si algo hay que reconocerle a esta Gretchen es tener un abdomen de revista), que eso era hembra, y ella, la tía, la pobre, añoraba la dicha de una nena en su vejez. Pero que así de cruel era la vida, que se iba a hacer, la falta de recursos, los problemas con el agua, y otra vez Román se detiene y piensa que de ser por eso tuviéramos la ciudad con mayor índice de envejecimiento del planeta porque hace años que en La Habana hay más dificultades con el agua que en Marte, y ella que desde ya se resignaba a seguir de cerca el embarazo de su sobrina, bueno, qué sobrina, de su hijita, y se comprometía a visitar casi todos los días a la nueva familia.

Poco faltó para que Román, en lo que se presentaba como una simple visita para dar a conocer la buena nueva, se llevara a Gretchen, la de atlético abdomen, envuelta en papel de regalo, y ya de corrido, con la maleta sin rueditas. Pero claramente el retraso con que esto sucedió fue ínfimo, apenas de veinticuatro horas. En realidad, lo único que Román calculó mal en su film fue lo del bicitaxi. Que desde donde vive la familia de Gretchen hasta su casa van al menos tres kilómetros, y eso ningún bicitaxista lo recorre en La Habana por menos de cinco CUC, más cinco que no tienen, son diez. Recuérdese que los únicos cien que posee Román ya han sido destinados para el administrador y el encargado de Recursos Humanos de la tienda de Carlos III, que por mediación de Gabriel le van a resolver la plaza para que Estebita pase allí su servicio social. Pobre Román.

Por tanto los novios abordan su carroza nupcial, el P5, allá por la Avenida del Puerto, lógicamente montando como pueden por la última puerta, que a Gretchen por no notársele todavía nadie le va a

dar el asiento de embarazada. Pero ya puede uno imaginarse que tiene buenas dotes adivinatorias el Romanov, lástima que le fallen a veces los cálculos, que de lo contrario no estaría llevándose el premio, gordo dentro de poco, a la casa, y entre otras cosas estuviera en remojo el pescuezo de Gabriel.

En la casa ya todo se dispuso. Estebita dormirá sobre un catre en el cuarto junto con Olga. Y en el otro dormitorio se improvisará una especie de lecho matrimonial. Por obra de la magia que nace de la necesidad se fundirán las dos camitas personales donde durante años durmieron los hermanos, y así conformaran el nuevo tálamo. Un poco incómodo en el centro por la inevitable separación, tal vez para que recuerde la pareja que aunque ella sea carne de la carne de él, y hueso de sus huesos, son dos personas distintas, que solo podrán fundirse una vez sientan el apremio del deseo, que ya después cuando el llamado de la naturaleza sea satisfecho volverá cada cual a su lado de la cama. Es que el calor es insufrible.

Los primeros días pasaron y Gretchen se adaptó de manera ejemplar a su nuevo hogar. A Olga parece agradarle, al menos no se han producido altercados ni malentendidos y eso es algo muy halagüeño cuando se tienen dos mujeres de generaciones distintas bajo un mismo techo, máxime si el espacio es reducido y las mencionadas son suegra y nuera. Román ahora escribe menos. Ya no puede quedarse más tiempo en el Archivo así que trata de escanear todos los documentos que le interesan, solo que después le falta el tiempo en casa para echarles un ojo. Y es que llega, se baña y sale a ganarse los quilos en los modos más diversos, aunque ya se sabe de qué manera no se los va a buscar, que es lo que se dice aquí, un hombre de concepto.

No obstante, en su imaginación la historia va cogiendo forma. A veces, mientras se prepara para tirar un derretido, o haciendo una barbacoa para algún cuartico, los personajes empiezan a dibujarse en su mente. Tirso, ese tiene que ser el protagonista de su novela,

si es que en definitiva novela va ser esto para lo que ya ha empezado a tomar apuntes. No cree que haya sido obra de la casualidad que él hubiese encontrado en los archivos aquella historia de un violonchelista mestizo en plena época de la pseudorepública, y no lo culpamos por arrastrar definiciones con las que él mismo no se siente satisfecho, puesto que a fuerza de tanto escuchar aquello de la falsa república ya le cuesta trabajo pensar toda esa etapa bajo otro rótulo. Pero en honor a la verdad no es toda la historia del violonchelista lo que encontró, sino solo un contrato en el cual figuran las condiciones de pagos por parte de una sociedad de conciertos en favor de un dúo, sea dicho ya, compuesto de chelo y piano, esto por una serie de presentaciones en diferentes salas de la Isla, y el testamento de dicho músico. Román no es creyente, o al menos no en el sentido que de manera tradicional se entiende esto. Pero por si acaso sabe que los eggum a veces son caprichosos, se lo dijo Gabriel, y también le dijo que le pusiera un vaso con agua a Orlando, que en vida había tenido mucha fijación con él, y justo ahora le había aparecido esta historia de un mulato como su difunto padrastro, que además ambos tocaban algún instrumento: Tirso, el chelo; Orlando, la viola. ¡Qué casualidad, compadre! El primero de ellos había estudiado en Europa con Pablo Casals, hijo de una negra liberta y del hijo ilegítimo de un importante hacendado finalés; el segundo había nacido en Lawton y apenas se había graduado de la Escuela Nacional de Arte. Pero ahora, el que le interesa a Román, es el chelista, que ya Orlando tiene su asistencia espiritual. Y como quiera que la experiencia es sin duda una fuente importante de conocimientos, es comprensible que siendo Román cubano como se dice de a pie y aun teniendo encima algunas lecturas, siga siendo aquella la base de su proceso cognoscitivo, todo un empirista. Y cierto es que a partir de sus continuadas visitas a la sala de música de la Biblioteca Nacional dejó de estar en esta materia cual *tabula rasa*. Es

por ello que aunque no ha podido dar en el Archivo con alguno de los programas que interpretaba el dúo en cuestión, ya puede imaginarse, por conocer algo del repertorio para este formato, que tipo de música tocaban Gwendolyn y Tirso. Isleños los dos, inglesa ella, habanero de intramuros él. Pero esto es como decir nada si lo que se pretende es escribir aunque sea un relato corto, mucho menos una novela. Habrá que empezar por darle un rostro a cada uno, un poco de indiscreta intrusión psicológica, un móvil, alguna intriga, que Román para ello va a tener que esforzarse porque, justo es decirlo, el material con que cuenta es bastante pobre. Pero allá él, ya sabrá la página en blanco poner a prueba su voluntad, que no va andar por ahí llamándose escritor solo porque cree tener la vocación. Al menos eso hay que reconocérselo, prudente es.

Pero como ya se dijo, si por estos días hay algo que a Román no le sobra, es el tiempo. Y como siempre que sucede esto, el que resulta más afectado es el sueño, nuestro principiante le escamotea como puede las horas al descanso, que ya no puede darse el lujo de estar toda la madrugada escribiendo en la cueva de Gabriel para luego irse a dormir a su casa. Desde esta hora en punto queda sentenciado, ahora es lo que se dice un padre de familia. Nada que hacer, *time is money...* ¿Estarán tan cerca ya los americanos? Es por ello que espera a que Gretchen esté totalmente dormida para, sentado sobre el tálamo nupcial, prender su laptop. Ya le aseguró ella que no le molesta para nada que escriba toda la noche; es un ejemplo de consideración esta mujer, un encanto. Y Román la mira mientras duerme y se imagina que la pobre debe sentirse como si estuviera en el Meliá Varadero, acostumbrada como está a dormir con tres gentes más en el mismo cuarto. Es claro que las cosas no han salido como él esperaba, pero después de todo, a estas alturas qué puede hacer, y viéndola así, ciertamente es un tipo con suerte, que la guajirita es bastante bien parecida. Digamos que no es el sorprendente abdomen para una mujer de tan firmes y abundantes carnes,

el único atributo de su Eva. Que si se le observa con el mismo detenimiento con que Román lo hace ahora, el pelo negrísimo desparramado por toda la almohada, la cabeza ladeada hacia él dejando ver un cuello fino y largo, y las líneas de la nuca, la mandíbula y el mentón, delicadísimas. Los labios suaves, menudos, el superior un poco adelantado a lo Liv Taylor. Román ya no tiene cómo escapar, si es que alguna vez pudo, ya perdió toda posibilidad de salvación. Lástima que quiera escribir y no ser pintor, que lo que amerita este momento es un Botticelli, o cosa parecida. Las mujeres son hábiles y arteras, y esta ya consiguió casa en La Habana. Pero como por otra parte nada es perfecto, digamos que tiene la nariz un poco pronunciada, y eso sí, nada de cacheticos colorados, que Gretchen está pálida que preocupa, más en su estado.

¿Qué decir de los ojos? Nada, porque ahora mismo no se ven, que por estar durmiendo los tiene cerrados, y no ha existido nadie que pueda dormir con ellos totalmente abiertos; aunque Román sabe, por haber sido estos el objeto de muchas ensoñaciones suyas, que cambian según el tiempo, a veces carmelitas muy claros, otras un tono ligeramente verdoso. Pero ahora, con un poco de imaginación surrealista, quizás los tenga rosa de felicidad. Bien pudiera ser ella el modelo para Gwendolyn, que no es difícil imaginársela tocando el *Clave bien temperado* al piano, o el *Carnaval* de Schumann. Es una pena que haya nacido en Nuevitas y probablemente no sepa, más allá de lo que ha visto en películas, lo que es un piano.

Con la mirada fija en el techo Román hace un esfuerzo y ve a su Gretchen sentarse al piano y tocar la tríada de la menor, frente a ella un hombre de piel cobriza, al cual se le adivinan ancestros que de manera muy probable trabajaban en el campo y por eso heredada la espalda ancha, los brazos extrañamente fuertes para quien se ha dedicado a labores del intelecto y no a la rudeza del trabajo

físico. Las piernas firmes y abiertas, como debe ser, sosteniendo el cuerpo de madera, casi femenino, que con exquisito esmero fue tallado por los hermanos Amati. Otra vez, con parsimonia, la, fa, re, en ese orden, para que la voz del violonchelo se funda en el sonido seguro y sin titubeos de la tríada. Triste por estar en tonalidad menor, y como un mantra que induce a la introspección. Ese es el ritual. Después se dejan escuchar los primeros acordes. La música es conocida... Tantas veces... El piano vacilante introduciendo el tema y luego, como cedido en punta de pies, el chelo. Es como un lamento. Soplo leve al oído. ¡Ah, Schubert! *Arpeggione*. Los dedos de él se desplazan con la seguridad del bailarín que aun con los ojos cerrados se muestra dueño y señor del espacio que deben recorrer sus pies, puesto que domina de memoria el escenario. Así, como si tuvieran vida propia, juegan sobre el diapasón. El torso erguido, distante, y el arco en la mano derecha como la vara de un Merlín criollo que ensaya algún sortilegio. Los encanta a todos en la sala. Empezando por Gretchen, que desde el piano no le quita la vista de encima. Lo sigue casi con devoción. Cada suspiro, cada señal apenas insinuada que delata una extraña complicidad que solo ellos entienden. Pero esta Gretchen es un poco más alta. Y también más delgada y en su rostro no hay ni sombra del espíritu campechano del que no puede deshacerse la original, la de Román. Esta será Gwendolyn. Un poco mayor que la otra y con manos muy finas de quien nunca ha cargado una maleta con las rueditas rotas.

Aunque en la sala hay público, a todas luces se nota que es un ensayo. Por la vestimenta informal, por las gentes que cuchichean en voz muy baja, acaso haya entre ellas algún crítico o cronista de la alta sociedad, y porque falta la oscuridad esa que en los conciertos rodea todo lo que no es el escenario. La música discurre y la solemnidad que finge la audiencia contrasta con el ambiente bohemio de los cafés vieneses en los que transcurrió la vida de Schubert. Tirso toca para

Gwen. Sabe que solo ella entiende el juego al que se entregan. Pero de vez en cuando pasea la vista por el auditorio y recuerda aquella silueta. En su mente se representa una ficción donde la ve aparecer todavía esbelta y delgada, con su mirada invariablemente socrática, llena de curioso entusiasmo, la misma que desde pequeño le sembró el deseo irrefrenable de buscar siempre la verdad. Es triste que no esté allí. Él, que fue el verdadero motivo de su viaje, o mejor dicho, de todos sus viajes. De sus constantes huidas. Pero ya no habrán más. Han pasado once años desde que partiera. Once años es mucho tiempo. Y ahora ha vuelto para comprender que no había modo de escapar.

Han terminado el primer movimiento, Gwen se acerca y le pide por favor hacer una pausa, que hay mucho calor. Tirso introduce su mano en el bolsillo para mirar su reloj. Faltan quince minutos para las cuatro.

—Está bien, hasta las cuatro —dice.

“Que va, si mañana tengo que pinchar como un caballo”, piensa Román. “¡Cuatro menos cuarto! Me pasé. A ver si después me quedo dormido por ahí. Que no es de aprendizaje lento este muchacho y ya experimentará que cuando se es padre de familia el tiempo de descanso es sagrado, que sino no hay cuerpo que aguante semejante carga”. Así que lo mejor es apagar la laptop y acostarse. A su lado Gretchen respira pausada. La noche está fresca. Él acerca su cara a la de ella, tanto que su nariz le roza la nuca, incluso puede escuchar su respiración. Le recuerda al mar. El ir y venir de las olas. Es como si lo tuviera allí mismo en su cama. Verdaderamente es una mujer hermosa. *Cuando nazca el niño iremos los tres juntos a ver el mar, Gwendolyn.*

7

No es de extrañar que un hombre de intelecto tan privilegiado como Wittgenstein se interesara sobre todo por el lenguaje, hasta el punto que la única obra que escribió en vida versa exclusivamente sobre Lógica. Y es que muchos de los equívocos que se producen, grandes y pequeños, se deben en buena medida a los diferentes usos y significaciones del lenguaje. Interpretaciones que pueden llegar a consecuencias desastrosas, si el caso en cuestión se refiere a ideologías o sistemas filosóficos, o simplemente a malentendidos cuando el contexto en que se producen es de situaciones cotidianas, aunque en ocasiones estos últimos también tengan derivaciones con tintes cuasi trágicos. Y algo más o menos así es lo que va a suceder con el encargado de Recursos Humanos de la plaza de Carlos III cuando los dos amigos, Gabriel y Román, se encuentren con él dentro de apenas unos instantes. Puesto que como quedó dicho, por una tabla, que es la misma cosa que decir cien CUC, él resuelve el problema del servicio social de Estebita. Valga la aclaración, la palabra “resolver” tiene una gran cantidad de usos y significados, todos ellos con mensajes implícitos referentes a realidades complejas. Se puede decir, por ejemplo, que fulano, un vecino X del edificio, “resolvió” el problema del agua. Y esto pudiera querer significar que X llamó

a la empresa Aguas de La Habana y armó tremendo bateo, o quizás que le sabía algo a algún pincho importante, o que X está bien conectado, en cuyo caso también pudiera ser que a partir de allí el resto de los vecinos lo miren con algún recelo, puesto que de ser así las posibilidades de que X sea chiva o seguroso son muy elevadas. O en cambio, pudiera ser que nuestro vecino simplemente instaló un ladrón de agua a otro edificio, o en el más sencillo de los casos, que reparó el motor, porque comprar uno nuevo, no sé, eso ya es más complicado.

Llegarán entonces los dos amigos, con la tabla incluida, a la tienda. Preguntarán por el funcionario que ya sabemos y les dirán que esperen, que Pepe anda por los almacenes. Román, que como ya ha quedado evidenciado, es hombre capaz de sutilezas aunque no de cálculos acertados, se preguntará qué hace el de Recursos Humanos donde se guardan los recursos materiales. No, si es como el fútbol total, todos juegan de todo. ¿Habría tenido Johan Cruyff un abuelito cubano?

Como a la media hora se aparece Pepe.

—Eh, Rubio, ¿y eso tú por aquí?

—Na, asere, a saludar a la gente buena. Y de paso traer al colega que tiene un problemita ahí, que si no eres tú... nadie lo puede ayudar.

—Ya veremos de que se trata, y qué se puede hacer entonces. Ven, pasa pa' acá.

Gabriel le hace una seña a Román para que se quede fuera y entra a la oficina con Pepe. Es cerca de la hora de almuerzo y en la plaza el clima, como para no ser la excepción, es asfixiante. Las personas pululan en ambos sentidos, mirando en las vidrieras, comentado, algunos entran a las tiendas para salir más tarde con las manos vacías. En cada esquina hay un pequeño puesto donde se venden sándwiches, pero además, perfumes de todo por uno, chancletas, fosforeras, en fin, los artículos se hayan en tal orden aleatorio que si se cerraran los ojos para escoger al azar se puede ir uno con una felpa para el pelo en una mano y en la otra un nylon lleno de tornillos.

Caminando llega Román al *rincón de la batalla de ideas*. A grandes rasgos digamos que este consiste en un mural con un par de anuncios y dibujos, obra sin lugar a dudas fruto del genio y la mano de un pintor muy adelantado para nuestros tiempos, acaso una especie de Dalí caribeño, porque la verdad es que el Martí se parece a Céspedes, y Fidel, con una barba incipiente, se parece más al Pipita Higuaín. Un artista incomprendido sin discusión. En el mural se leen varias consignas pero una en especial llama la atención de Román: “Las ideas no se matan, son inmortales”. Pasando por alto la obvia redundancia, al pobre muchacho eso le suena. Recordemos que, por ser autodidacta, es hombre de variadas lecturas. Pa’ su madre, es puro platonismo, eso sí, del malo. Por eso la gente anda como loca que no sabe ni que decir. ¿Materialismo platónico? Sí, cómo no, es lo mismo que decir el círculo cuadrado. ¿Habrá sido Pepe el que mandó a escribir eso? Bien pudiera ser. O tal vez haya un asesor político en la tienda, como si de una unidad militar se tratara. Lo más probable es que el *rincón* haya sido supervisado por el secretario del núcleo zonal del Partido, y decimos del porque como se sabe aquí tenemos uno solo, que es mucho más fácil cuando se tiene unanimidad y una sola opinión. Pero al menos pudieran, en el partido, dar algunas tele clases de introducción a la filosofía, ¡icoño!, que no se puede hablar del círculo cuadrado, que sino la gente va a salir a la calle un día sin saber si gritarle a las Damas de Blanco o a Silvio Rodríguez. Aunque si hacemos un examen crítico, y así, por lo que ahora mismo vemos aquí, podríamos decir que a la gente le importa eso bien poco o nada, que pasan más preocupados por lo que ven en las vidrieras y no pueden comprar, que por lo que se dice en el *rincón de la Batalla de Ideas*.

Aunque, sinceramente, nos decantaríamos porque haya sido Pepe quien supervisó el trabajo del *rincón* para quitarse miradas incómodas y poder seguir haciendo y deshaciendo sin que lo molesten. ¿La vida en la mentira? Más o menos, señor Vaclav Havel.

Lo que pasa es que a estas alturas la mentira solo se la repite Brahma, y seguro sin creérsela. Que ya nadie ve la Mesa Redonda, a esa hora casi todo el mundo está mirando las novelas mexicanas de la antena, gracia concedida por obra de los miles de metros de cables que, como una tela de araña gigantesca, se encuentran tejidos por toda la ciudad. Y como ya dijimos que las gentes han aprendido a vivir en esta mentira, cuando hay un operativo para matar arañas las primeras advertidas son estas, de manera que cuando pasan los carritos con los detectores no hay ni rastros de la arácnida plaga. Que ya quedó dicho que cuando le conviene la primera que finge no enterarse de nada es la policía.

Pero Román ya apartó la vista acostumbrado como están todos a la indiferencia. Ha ido ascendiendo en espiral y se halla en el tercer piso de la plaza, acaso guiado por el impulso de buscar la tienda de canastillas, solo para mirar, para saber por dónde andan los precios. Caminando llega hasta una puerta de cristal con un gran Pato Donald pintado, y justo en el pecho del *cartoon* hay un aviso con letras blancas sobre fondo verde en el que se lee la palabra *Closed*. Entonces Román va hacia la baranda y se recuesta a mirar hacia abajo. Trata de abstraerse y pensar en la historia que quiere escribir. El ruido no lo deja, tampoco el olor a pollo frito en un aceite que sabrá Dios desde cuando está siendo reciclado. Los anuncios brotan desde los altavoces, las gentes, a pesar de su ubicación en una esquina, de vez en cuando tropiezan con él. Paseando la vista, desde la planta baja algo o alguien llama su atención. Está sentado y de espaldas a él, pero es imposible que no pueda reconocerlo. ¡Es Estebita, su hermano! Junto a él una muchacha que si no se equivoca, se parece mucho a Katia, la enfermera del consultorio del médico de la familia. Ambos sentados a una mesa tomando cerveza. Menos mal que no le ha dado por fumar, que si Román lo ve se arma la gorda. Que ya sabemos lo que en más de una ocasión le ha hecho a las cajas de cigarro de Gabriel, y eso que este no es su hermano menor. Es sobreprotector hasta el paroxismo este tipo. Pobre del hijo de Gretchen, no sabe lo que le espera.

Pegado a la baranda, y mirando de vez en vez hacia abajo, va Román descendiendo para no perder de vista a Estebita. ¿Qué hará a esta hora allí? Como si no lo hubiese visto con sus propios ojos. Tomando cerveza, compadre. ¿Y de dónde habrá sacado el dinero? Porque ellos no tienen ni donde caerse muertos. Y no está mal que ande con mujeres, para nada, si ya es casi un hombre, pero no de ese tipo que le anden pagando cervezas en la plaza de Carlos III como si fuera un chulo, además que Katia le ha de llevar de ocho a diez años, y a esa edad la diferencia es bastante notable. No, no, no, aguanta, Romanov, que la única diferencia significativa es la de ser hombre o mujer, no en cuanto a derechos, no se vaya a ofender nadie, sino que como dice Gabriel, en la cama todas las desigualdades se anulan.

—Loco, ¿dónde tú te metes? —dice Gabriel tomándolo por el brazo.

—Fui a caminar un poco, a ver qué había.

—Bueno, vamo... que Pepe nos está esperando.

—¿Pa' qué? ¿No hablaste ya con él? ¿Qué pasa? ¿No nos puede resolver?

—No es eso, viejo. Vamo...

—Espérate, que mi hermano está allá abajo.

—¿Cómo allá abajo?

—Compadre, que lo acabo de ver.

—No seas bobo, chico. ¿Qué va a hacer Estebita allá abajo?

Román vuelve a asomarse y para sorpresa suya su hermano ya no está. Ahora hay otra pareja sentándose a la mesa.

—Bróder, te lo juro que lo acabo de ver, y lo más raro es que me parece que andaba con Katia.

—¿Qué Katia?

—La enfermera, la mulatica.

—¡Ah! Te parece, pero entonces no estás seguro. A lo mejor no era él.

—¿Gabriel, no voy a conocer yo a mi hermano? No jodas, hazme el favor.

—Bueno, mijo, pregúntale cuando llegues a la casa. Pero ahora vamo, que tenemos a ese tipo quemao y ahorita se nos pira pal carajo.

Los dos tomaron dirección contraria y por una escalera bajaron hasta la planta baja. Allí entraron por un pasillo y otra vez se vieron frente a la oficina de Recursos Humanos. Gabriel llamó a la puerta con suavidad. Silencio. Volvió a repetir la acción pero esta vez un poco más fuerte. Desde el interior se escuchó una voz:

—Pasaaaaa.

Los dos amigos entraron.

—Me dijo el Rubio que tienes un problemita con tú hermano —dijo Pepe mientras les hacía con la mano una señal para que se sentaran en las dos sillas que habían del otro lado del buró.

—Sí, bueno, el problema es mi hermano, se gradúa este año y bueno... que nosotros lo necesitamos cerca de la casa... y ahora con el tema del servicio social... imagínese, uno no sabe pa'dónde te lo pueden mandar. Y por otra parte no quiero dejar a la vieja sola, ella está enferma. ¿Comprende? Con mi hermano en la casa ya es diferente.

—Sí, sí, entiendo. Estas cosas son así. Es una vergüenza. Que mal trabaja esta gente, chico. La culpa la tienen los del ministerio, allá arriba, que no revisan los expedientes pa' ver la situación de los muchachos y trabajan haciéndolo todo al trozo. Y entonces es uno el que tiene que venir después a arreglar los disparates que hacen. ¡Qué barbaridad! Mira, te voy a decir lo que podemos hacer —Pepe se acomodó en la silla, y aun del otro lado del buró, Román pudo ver la camisa tensa que con precariedad los botones trataban de mantener cerrada. Los cachetes colorados—. Yo voy a mandar una carta solicitándolo porque aquí lo necesitamos. Tú, si puedes, me escribes en un papelito los motivos para que después la secretaria redacte el documento, sino, no importa, ya veremos que ponemos ahí. Ahora, eso sí, que voy a necesitar algo pa' la gente de administración. Por mí no, yo te tiro el cabo, ¿qué más me da? Pero allí hay que mover un par de firmas y esa gente no son de mi departamento. ¿Comprendes? No son los míos.

—Eso no tiene problema —dijo Gabriel.

—¿Pero existe la posibilidad de que aun con carta y todo no lo asignen para aquí?

—Chama, de existir... existe. Aquí nada es seguro. Yo lo que te puedo garantizar es que vamos a hacer la gestión. Y que la mayoría de las veces los muchachos que pedimos nos los mandan. De ahí en fuera, es un riesgo.

—¿Y cuánto sería lo de administración? —preguntó Román.

Pepe miró severo a Gabriel.

—Coño, Román, un salve —dijo este.

—Con una tablita está bien, con eso ya puedo ver a las personas que nos van a ayudar.

—Asere, pero es mucho pa' no tener nada seguro —surró Román a Gabriel.

—Coño, Pepe, eso está caliente. ¿No se pueden ajustar?

—Rubio, tú sabes cómo es esto aquí. Los que tienen que ajustarse son ustedes, y sino, no me hagan perder más el tiempo que aquí hay una pila de cosas que hacer.

—Mira, bróder —dijo Román—, vamo' echando que este tipo lo que tiene es tremenda cara de estafador.

—¿Qué tú dice, chama?

—Que tú lo que eres es tremendo descarao, asere...

Y así se formó lo que se formó. A manera de resumen diremos que Pepe se levantó más colorado, si es que esto fuera posible, con un pisapapeles a imagen del Che en la mano. Román se acordó de que era el trescientos uno y tomó la silla sobre la que estaba sentado de hoplon, con el que, prodigioso vástago de Leónidas, desvió todas las arremetidas de Pepe. ¡Y canten, oh, musas, la ira del Romanov!, el cual, tomando prestísimo la lamparita de mesa que había sobre el buró, descargó su diestra asestando un golpe terrible en la quijada de áureo Pepe, que cayó medio inconsciente babeándose, lamentando no fuera a ser que su alma descendiera al Hades aun en la flor de la juventud, con tantos sueños por cumplir y muchos más muchachitos del servicio social por ayudar. La negra sangre brotó y entre ella los incisivos de Pepe. Fue entonces cuando Gabriel, el de preclaro entendimiento, le dijo a Román que se

fueran echando de allí porque le iban a tirar a la gente de seguridad y este baboso hasta los podía acusar de intento de robo, o vaya a saber Dios de qué otra cosa.

Salieron entonces a paso apurado. Tomaron un par de entrecalles no fuera a ser que los estuvieran siguiendo porque de seguro el corre corre se iba a armar cuando vieran a aquel tipo tirado, fuera de combate, en el piso de la oficina de Recursos Humanos. Espléndido panorama. Alguien que entra a protestar porque le pasaron raya roja y cuando mira para el suelo ve a Pepe en ese estado que ni se puede contar con él, que si allá adentro alguna vez los hubo, ya no quedan recursos humanos de los que disponer, al menos por el momento. Ya tendrá Pepe que esperar a que baje la hinchazón después de quince días de hielo e ibuprofeno para luego ponerse una prótesis.

Y de esta manera se puede ver lo que veníamos hablando. Los enredos del lenguaje pueden traer consecuencias imprevistas. Que se iba a imaginar este hombre por la mañana cuando salió de la casa de una de sus dos queridas, bañadito y con olor a Dolce & Gabbana (que era copia Fraiche, no un original, que aquí nadie coge un perfume de esos, si es que lo tiene, para ir a trabajar a la plaza de Carlos III, ni a ninguna otra), que salió, como decíamos, planchadito, luego del café y las tostadas con mantequilla, que se iba a imaginar el porrazo que le esperaba. Todo por culpa del lenguaje. Román que entendió que con esa tabla que él había ahorrado Estebita se iba a quedar allí pasando su servicio social. Gabriel, que sabe que por resolver hasta se podía poner al chiquillo en plantilla, y que se fuera para su casa, y ya Pepe y los demás cobrarían el salario del trabajador fantasma. Como si esas cosas no se hicieran. Y Pepe entendió que resolver era darles una esperanza a estos dos tipejos y de paso clavarse unos cuantos CUC. Finalmente, Estebita, a quien todo eso le importa un comino. Como para caerse de espaldas. Cuantas sutilezas semánticas encerradas en una palabra: “resolver”.

Cuaderno de Apuntes

La Nada, y después, el olor a sierra. Eso es lo primero que siente, incluso antes de recuperar la conciencia de que se es un ser sensorial. Ese aroma que en un tiempo ya lejano hizo desaparecer de su memoria el recuerdo de la ciudad. Eso suele suceder cuando se es hierba tierna arrancada, retoño que nació en una ciudad seductora, obsesión del declinante imperio español y de todo el que alguna vez posó su mirada en ella, de calles adoquinadas y contrapunto de voces, colores, sensaciones olfativas. Pero también, cruel. Sobre todo cruel. Eso lo comprendió mucho después cuando ya era un adolescente y vivía en el Palacio de Regla. Acaso cuando por primera vez sintió el calor de hembra y la irremediable pérdida, y luego la otra, mucho mayor. La de una ciudad que cual mujer imposible te ama para luego dejarte marchar. Esta urbe maldita, orilla a la que todos debemos volver para morir. Pero él no ha vuelto para morir. No ahora. Su regreso es ante todo una peregrinación al altar de su historia. Al hombre que yace dormido en la habitación contigua. A Pablo, aunque él siempre lo llamó por su verdadero nombre, Paolo. Padre de su padre. Blanco mediterráneo el primero, pardo el segundo, hijo también de Rosa, negra liberta. Y él, Tirso, hijo de Ignacio, hijo de Paolo, todos de apellido Blandino. Ahora ese olor a

sierra, a cafetal próximo, le recuerda todo lo que es. Hombre de ciudad, de puerto, de campo, esclavo del África, hábil comerciante heredero del linaje latino, es todos y ninguno, alegoría del judío errante, solo que él nunca negó el agua a nadie. Allí, en esa finca nombrada La Unión, pasó al menos diez años de su vida. La propiedad donde su abuelo lo trajo junto a su madre luego de la prematura muerte de Ignacio.

En este momento la claridad todavía tímida se cuele en la habitación a través de las persianas y Tirso sabe, lo recuerda, que ya la vida en la Unión debe haber comenzado desde hace al menos una hora. A su lado Gwendolyn aun duerme con un sueño tranquilo, su respiración bien recuerda al ir y venir de las olas cuando estallan contra el arrecife.

Con gran sigilo Tirso se pone en pie, no quiere perturbar el sueño de ella, y por otra parte, quiere salir a caminar, a tomar un poco de ese aire que presiente tiene cualidades mágicas. Acaso pueda transportarlo a aquel tiempo cuando los ecos de una guerra que ya se había trasladado hasta el Occidente comenzaron a hacer que la permanencia en la Unión fuera peligrosa, porque uno nunca sabe hasta dónde podría llegar aquella gente en su ímpetu. Después de todo no se pueden culpar, decía su abuelo, todas las guerras son iguales. Y él pensaba que era extrañísimo que alguien que tuviera tanto que perder pensara de manera tan indulgente. Pero ese fue, en fin, el motivo por el que se trasladó con trece años cumplidos al Palacio de Regla. Sin embargo, ahora quiere recordarlo todo. En silencio se asea y sale al pasillo, atraviesa varias estancias que conoce de memoria hasta que finalmente llega al amplio portal. Todavía está oscuro. Una brisa fresca le roza el rostro y se cuele por entre sus ropas batiéndolas hasta hacerlas ondear, y experimenta un leve escalofrío, se eriza, solo para luego sentir cómo todo en él se distiende. Pasea su vista y ve el camino zigzagueante por el cual llegaron, aunque por la oscuridad no alcance a ver su fin, y las siluetas de los árboles a uno y otro lado del estrecho

trillo por el cual apenas caben dos carretones, y más allá, como insinuadas por sus líneas, las montañas. Un perro ladra, no es el Negro, el can que siempre lo acompañaba a todas partes y que también fue el único que lo ha mordido, y que cuando uno de los monteros quiso matarlo por el atrevimiento de revirársele a su dueño, Paolo lo prohibió, diciendo que algo le habría hecho el muchacho, y que para que Tirso fuera dueño de algo primero tenía que serlo de sí mismo, y para eso, “ancora manca abbastanza tempo”. Aristotélica enseñanza que jamás olvidó. Para gobernar “prima dobbiamo fare la esperienza” de obedecer. Palabras que solo más tarde entendería en su justo valor. Pero ese que ahora ladra es otro, probablemente un tataranieto del negro. Acaso sea por ese recuerdo que con la yema de sus dedos palpa el espacio justo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, donde una vez estuvo la herida que tantos años tardó en cicatrizar, herencia de Rosa sin dudas. Pero en este momento, por lo que ve, ya no hay tanta gente en la finca como antaño. No es difícil adivinarlo. A esta hora ya se escuchaban los pasos, el ir y venir de los trabajadores, Paolo dando órdenes, y Virginia, su madre, en la cocina disponiéndolo todo, porque allí se era muy estricto con los horarios. Y esa fue otra de las enseñanzas de su abuelo. La disciplina. Lo que sucede que cuando se mudaron al Palacio, como le llamaban a aquella casona en Regla, cuyas postrimerías contaban con un pequeño muelle que daba directo a las aguas de la bahía, todo eso cambió. La vida en la ciudad siempre tiene algo de disoluta, tan diferente a la austera simpleza del campo, y allá en La Habana Tirso se entregó poco a poco a la vida en los cafés y a la música. Pero todavía recordó siempre, que era imposible lograr cualquier empeño, por mínimo que este fuera, sin disciplina. Y también piensa Tirso que acaso si no hubiese sido tan rebelde, si hubiera entendido mejor... Ciertamente no hay más infierno que el que llevamos en nosotros. Pero ahora estaba aquí de nuevo. Dueño al fin de algo.

Dispuesto a mirar una vez más a los ojos de Paolo, que nunca le había agradecido, que este no estaba obligado a hacer todo aquello y sin embargo lo había hecho. Se sentó en una vieja silla y recostó la cabeza hacia atrás. Es un soplo como este que ahora refresca, la vida es un soplo, nada más...

—Toma —dijo la voz que sostenía un vaso metálico con un trago de café, negrísimo y con olor a loma.

Tirso abrió los ojos y se incorporó. De pie, a su lado, una silueta de mujer le ofrecía la bebida. Se hallaba lógicamente cambiada por los años pero aun así era inconfundible.

—Carmen —dijo Tirso.

8

—¿La misma de siempre?

—Sí, sí, chama. Tú sabe que yo soy la calidad—dijo Alain.

Estaban en uno de los apartamentos que alquilaba para reunirse con *los distribuidores*, o las ratas, como también les decía. El cuarto en el que se hallaban tenía las paredes despintadas, había tres sillas y un sofá también maltrecho. Desde el techo pendía un socket con un pequeño bombillo, una sola ventana cerrada con persianas de madera.

—Asere, lo que hay un problemita con esto —continuó Alain.

—¿Qué bolá?

—La gente de arriba se está apretando. Están pidiendo más plata.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Nada. Y mucho. Te voy a explicar porque tú eres de los chamaquitos que más yo quiero.

—Déjate de baba, asere. Acaba de cantar cuál es la mecánica.

—Papi, te veo estresao. Eso no es bueno pa'un hombre de negocios como tú. Te nubla el juicio, ¿sabe?

—Acaba, mijito, que tengo que salir con esto y la fiana anda de pinga en la calle.

—No, si de eso mismo se trata. Atiende pa'acá. El Punto mío está conectao arriba. ¿Me sigues? Bien, bien. Por eso es que la meta a ustede no los sofoca y

además sabemos cuándo hay operativo. Pero sucede, mi chiquitico, que como la cosa está en candela y *la China* anda por ahí berreá con esta talla, la jugada se le ha puesto más difícil al Punto. Y por eso ahora quiere más money. ¿Me copias?

—Sí, eso está muy bien, pero sigo sin entender que tiene que ver conmigo.

—Fácil, mi chamacón, tú no eres bruto, tú eres un tipo estudiao. A propósito, ¿cuándo terminas la escuela? Ahorita ya tenemos un licenciao en el negocio.

—Licenciado no, Papi. Y termina que ya te dije que tengo que moverme.

—Mijo, que tengo dos opciones. Una: multamo a los clientes y subimo un poquito los precio, o me aprieto con ustedede.

—Tú sabe que eso no tiene ni discusión. Que yo por menos no voy a jugármela. Además, a mí qué pinga me importa el singao ese que te da la luz. Él a mí ni me viste ni me calza ni me pone el plato de jama en el gao. Sube el precio y el que quiera consumir que pague lo que se le pida.

—Coño, mi chamaco, ya te dije que andas mandao. Afloja que los infartos están a granel.

—No jodas conmigo, que tú sabes que a mí me da lo mismo ocho que ochentiocho. Dime cómo es esto pa' sino ni llevármelo.

Se hizo un silencio incómodo. Los dos permanecían frente a frente. Alain sentado; el otro, parado delante de él, había dejado caer la mochila negra sobre el suelo.

—¿Tú sabe por qué tú estás aquí? —continuó Alain—. Porque eres un gallito y a mí la gente dura, así como tú, me cuadra. Pero después de todo no cantes muy alto, no vaya a ser que no dejes dormir a alguien y te joroben el pescuezo. Ahora coge eso y pírate.

Salió y vio tres ratas más que esperaban en una especie de salita comedor. Bajó a toda prisa las escaleras que chirriaron indiscretas. Salió a la calle. Frente lo esperaba otro chico en una moto.

—¿Y esa cara?

—Na, después te explico. Vamo a moverno, que aquí hay intriga.

9

Después que dejaron la mercancía en uno de los claves que tenían dispuesto para ello, el chico de la moto se dispuso para llevar a Estebita hasta su casa. Era la rutina de siempre. Estaba cayendo la noche. Doblaron en la intersección de Zanja y Belascoain.

—Déjame en la otra esquina —dijo Estebita.

—¿Y eso, no te llevo hasta el gao entonces?

—No. Déjame ahí y sigue, tengo que ver a una jeva.

Estebita sacó de su billetera diez CUC que le entregó al otro.

—Yo te aviso cuando haga falta otra carrera, pero ten la moto pinchando al kilo. Acuérdate que esta mecánica es impredecible. Si no estás listo cuando te llame te quedas fuera.

Los dos se despidieron. Esteban dobló por la calle San José en dirección al Capitolio, adentrándose en el barrio de San Leopoldo. Iba caminando fuera de la acera porque los balcones estaban colgando de un ripio que en cualquier momento se venían abajo. A esa hora ya comenzaban a salir todos los personajes de la vida nocturna habanera: las prostitutas, los proxenetes, los pingueros, travestis, los freakes que salen a drogarse y escuchar su música al parque de G, o en cualquiera de los otros tantos lugares donde la policía no interviene. Pasando Escobar llegó a un pequeño bar.

—¡Eh! Menor, ¿qué bolá, viniste a descargar un rato? —dijo uno de los custodios.

—No hay más ná, asere. Oye, ven acá. ¿El Vladi está pinchando hoy?

—Sí, está en la cocina. Llegó hace como una hora.

—Bárbaro, entonces voy pa' adentro. Dale, Negrón, nos vemos ahorita.

—Sirvió, mi Chama.

Estebita entró al amplio local, impensable para un transeúnte que anduviera por aquellas calles derruidas. Sin olor a tupición, sin niños descamisados y sin zapatos que ya emulan al peor de los sicarios de Pablo Escobar, sin derrumbes ni cuarterías oscuras por las que la sola mirada desde el exterior haría temblar al más valiente de los héroes homéricos, sin la peste a podrido de las bodegas y carnicerías, ni el agua albañal jugueteando cual suave manantial debajo de las suelas. En aquel recinto había olor a incienso y aromatizante de la *shopping*, a comida de restaurante, a cigarro fino con corcho y a cerveza buena, no de pipa. El alumbrado era tenue y con un leve tono rojizo, lo que se dice luz indirecta. Una música cadenciosa se escuchaba lejana. Estebita se acercó a la barra.

—Ponme un *lager* y tráeme el teléfono, hazme el favor —dijo al cantinero.

Vio como aquel extraía de la nevera una cerveza Bucanero. Escuchó el refrescante silbido que dejó escapar la botella cuando fue abierta, antes de observar casi absorto como el líquido espumoso era vertido en el interior de una copa helada. Con destreza el cantinero puso un portavaso y la copa encima. Después se inclinó y sacó de debajo de la barra un teléfono inalámbrico.

—Aquí tiene —dijo—. ¿Algo más?

—Por ahora no, gracias.

Estebita se empinó la copa y tomó con ansiedad hasta bajar casi la mitad del contenido del recipiente. Luego se secó los restos de cerveza que le quedaban en los labios y marcó un número, con la mano derecha

hacia una campana sobre el auricular para tapar el ruido.

—Oye, ¿quién habla?

Se escuchó un murmullo indefinible.

—¡Ah! Cuñi, ¿cómo está todo por allá?

Murmullo.

—¿Y la vieja?

Murmullo.

—Ta´bien, ta´bien. Oye, ¿ya comiste? Acuérdate que no puedes ponerte mona pa´comer, que sino el niño te va a salir feo como el padre.

Murmullo.

—Mira, dile a la vieja que ahorita voy pa´allá, que estoy con unos socios jugando PlayStation. Ah, otra cosa. Te dejé un mandado en casa de tu tía, pasa a recogerlo mañana, o cuando puedas. Sí, sí, pa´las cositas que vayan haciendo falta. ¡No, qué va! Ni le digas nada, ni mandes a Román. Si algo, te lo dio tu primo. Es que tú sabes que él no quiere que yo trabaje hasta que haya terminado la escuela. Y ya tú has visto cómo se pone y no quiero discutir con él. Sí, sí, yo sé que se preocupa. No te preocupes tú por nada, ¿oíste? Bueno, dile eso a la vieja, y si mi hermano te pregunta dile que si me coge tarde me quedo por acá en lo de Gabriel. Ya sé que la calle está mala, yo de aquí voy pa´casa de Gabriel. Dale, cuñi, un besote.

Cuando colgó, Estebita se percató de que de espaldas a él el cantinero lo miraba a través del cristal detrás de la barra, de soslayo y con lo que le pareció una especie de sonrisa de irónica complicidad. Entonces prendió un cigarro y terminó así, de golpe y porrazo, la otra mitad de la Bucanero. En eso pasaba una de las camareras y la detuvo.

—Tati, ¿tú pudieras hacerme un favorcito?

—Bueno, depende —dijo la muchacha con malicia.

—Mira, cuando tengas un *break*, ve y dile al Vladi que aquí en la barra lo está esperando el Menor.

—¿A Vladimir, el jefe de cocina?

—Ese mismo.

La muchacha asintió no sin antes mirarlo de arriba abajo. Debía ser de las nuevas porque no lo conocía

y tampoco él recordaba haberla visto. Así era este negocio. Las personas iban y venían sin dejar muchas huellas. Desde hacía alrededor de un año que había empezado a venir aquí y cuántas no habían pasado para marcharse como en un chasquear de dedos. Aunque había otras, las que trabajaban adentro, en el *Serrallo*, que ya llevaban tiempo en el oficio, la mayoría muchachas de Oriente traídas con un propósito exclusivo. Y después la gente creía que lo de la trata de blancas en las películas del sábado solo pasaba en Europa del este y Estados Unidos. Solo que las de aquí no eran blancas, o al menos no en su totalidad. Había para todos los gustos.

—¡Echa, pepillo!

—¿Qué es lo que hay mi bróder? —respondió Estebita.

Vladimir era un hombre espigado y de tez trigueña. Estaba totalmente vestido de blanco y llevaba el gorro alto de servicio. En la muñeca derecha un *iddé* rojo y negro, y entre sus manos una pequeña toalla colorada.

—¿Y eso tú por aquí tan temprano?

—Ná, asere, que me hace falta hablar ahí una cosita contigo.

—Vamos pal patio entonces. Pa' sentarnos con calma.

Los dos salieron a un patio interior decorado casi en su totalidad de helechos. Buscaron la mesa más apartada que al igual que las sillas era de hierro y tenía tallados varios arabescos. Todo estaba bien iluminado.

—Tú me dices —dijo Vladimir.

—Necesito dos cosas. La primera es ver si me puedes resolver algo aquí, quiero quitarme de lo otro.

—Ah, eso está bien, pero muy bien pensa'o, porque aquello ya está bastante quema'o.

—¿Tú sabes que es lo que pasa? Que me huelo alguna intriga.

—Cómo intriga.

—Sí, asere. Que Alain me está fabricando algo.

Vladimir permaneció en silencio, como esperando a que el otro terminara.

—Mira, ya un par de gente que no están metidas en esto me han dicho que el tipo está dichabao. Y tú sabes que la única manera de que no guarden a alguien estando así a la cara es que sea...

—Trompeta.

—Exacto. Pero además, hay otra cosa: ahorita cuando fui a recoger lo que quedaba de la mercancía que tengo que llevar a los puntos, me pasó algo extrañísimo. El caso es que Alain y yo tuvimos una pequeña discusión. Pero ahí no está el *kit* de la cosa. La talla es que cuando salí con la merca en la sala había tres *ratas* más.

—¿Y eso cómo?

—¿Ves? Todo el mundo sabe que las *ratas* no se pueden conocer entre ellas. Vaya que por razones de seguridad. ¿Entiendes?

Los dos quedaron en silencio. Desde las habitaciones de arriba, en el *Serrallo*, los aires acondicionados goteaban formando pequeñas manchas oscuras en el pavimento. El patio era como una especie de claro en medio de la selva, apenas perturbado por el ruido de los motores de la climatización.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Vladimir—. Mañana bien temprano vas a tener esperándote en el parquecito de Zanja... ¿Sabes cuál es?

—En el que se paga la corriente.

—Ese mismo. Pues allí va a estar el Negrón de la puerta esperándote en un Moskovich. Él te va a llevar a entregar lo que te quede de mercancía en todos los puntos y después van a ir para mi casa. No te preocupes que a él no hay que salvarlo con nada. Luego, de ahí vamos a ver a padrino. ¿Ok?

—Ta' bien.

—Otra cosa. ¿Ahora tú vas para tú casa?

—No. Cuando salga de aquí voy pa'el gao de una jevita.

—¿Quién sabe de esa jevita?

—No sé. Estamos medio tapao pero tú sabe, siempre hay un ojo que te ve.

—Entonces te vas conmigo cuando termine el turno.

—No, tranquilo. Tú vas a salir hecho talco y en el gao tuyo están la jeva y la chama, y yo no quiero molestar. Mejor me voy pa 'casa de un socio que vive cerca de aquí.

—¿Es seguro?

—Como si fuera mi hermano. Tú debes conocerlo, es de aquí de la zona. Gabriel, El Rubio.

—A lo mejor de vista.

Vladimir ya se había puesto de pie. Estebita apagó el cigarro y juntos entraron de nuevo al salón principal. Eran pasadas las nueve y ya el local estaba lleno. Algunos clientes consumían en la barra, otros comían sentados a las mesas y, finalmente, algunos subían por la escalera de caracol que había en una esquina, seguramente al *Serrallo*.

—¿No te vas a quedar a consumir algo? —preguntó Vladimir.

—Ná, voy echando.

—Oye. Se me olvidaba. ¿Qué era la otra cosa que necesitabas? —lo atajó Vladimir cuando ya Estebita se hallaba del otro lado de la puerta de salida.

—Un timbre.

10

El combate singular entre Román y Pepe no tuvo mayor trascendencia. Aun así, Gabriel pasó unos días preocupado, porque en la Plaza todavía debían conservar su expediente y existía la posibilidad de que encontrarán su dirección y fueran a buscarlo para cobrar revancha. Que lo que es aquí, la gente no deja pasar ni una. Acaso sea lo que se dice en psicología una manera de canalizar las frustraciones y la ira acumuladas de tanto tiempo. Pero en este caso, como ya fue dicho, todo quedó allí. Salvando quizás la excepción de los incisivos de Pepe, que tuvieron que reconstruírselos y ponerle dos espigas anómalas, que pareciera que el odontólogo se equivocó al tomar la referencia y utilizó las medidas de Bugs Bunny. Pero bueno, más allá de eso, nada, que agua pasada no mueve molino.

Ahora quien nos importa es Gabriel, triste así como se le ve, que parece la viva imagen de la infelicidad. Sobre el colchón sin sábanas de su cuarto un sobre amarillo. Él pasa caminando y finge ignorarlo. Como si simular su no existencia lo hiciera desaparecer. Que ya se ha dicho que esos son los mecanismos utilizados por este Gabriel cuando se le presentan situaciones perentorias que le exigen respuestas. Se ve que Román

nunca le leyó aquello de que *el ser es, y no puede no ser*. Y si lo hizo lo más probable es que Gabriel haya aplicado la archiconocida fórmula de *vista fija, mente en blanco*. Sin embargo, el sobre que se halla encima de su cama no contiene otra cosa que la propiedad de *la cueva*, al fin puesta a su nombre. Y si se ha seguido lo que hasta aquí se ha dicho, se puede concluir que solo le resta llamar al hijoeputa de su padre para que lo ponga en contacto con el gallego ese, que no es gallego sino del mismo Madrid, para precisar los detalles de la oferta, y ya de corrido, cerrar el trato, que entre otras cosas le va a propiciar su salida del país, y llegado el caso, posiblemente la de Estebita. Sin embargo, en momento tan crucial este, nuestro Gabriel duda. Bien pudiera parecer hombre voluble si lo que estuviera en juego no fuera algo de tanta trascendencia para él como la cueva. Y es que nada cuesta tanto como dejar atrás, que es algo bien distinto a ese *apartar la vista* en el que ha vivido hasta ahora. En primer lugar, ese *apartar la vista* no es otra cosa que el reconocer que había allí un gran problema que en cierto sentido lo sobrepasaba. Problema que no era otra cosa que la conciencia de una gran comedia existencial, en otras palabras, que era un hombre atrapado en una situación de la que él no poseía las herramientas para encontrar la salida. Esa casa era todo el legado que le había llegado de sus ancestros. De su madre, salvo un par de fotos, pocos recuerdos le quedaban, y con su abuela sucedía algo similar. Solo era nítida en su memoria la imagen del abuelo. Pero de alguna manera *la cueva* era la confirmación de que él no era un individuo salido de la nada. Que tenía un pasado propio y otro suprapersonal. La historia de todos los hombres y mujeres que desde el pasado desembocaban en él. Gabriel no era un ser desconectado del ayer, nadie

puede serlo. Por eso él sabía de qué hablaba Román cuando le decía que el cortar de un tajo la historia de una nación, para reinventar una a partir del presente, y la promesa de un futuro mesiánico, era un acto cruel, que las personas crecieran sin raíces ni identidad era un experimento que solo podría traer consecuencias funestas. Y en esos momentos, sin decirlo, Gabriel se sentía muy cerca de su amigo, y pensaba que acaso toda la historia de un país podría contenerse en un solo individuo, como una alegoría, naturalmente, y que él era Cuba. Y aún más, esta Habana suya que se iba desdibujando sin cataclismos era también una metáfora de cientos, miles de individuos que como él no tenían la manera de apuntalar los pedazos que se les iban cayendo. Este sueño retórico era como estar enfermo de lepra. Poco a poco lo ibas perdiendo todo, el propio cuerpo, y los demás se alejaban con temor al contagio. Algún día nos levantaríamos, con los ojos sensibles a la luz por estar tanto tiempo alejado de ella, y al mirar fuera, hacia la calle, no reconoceríamos ya en dónde estamos y mucho menos quienes somos.

Todo esto le recordaba *la cueva*, día a día, cuando se despertaba, durante el baño, mientras se preparaba algo de comer, en las noches, durante los días de lluvia. Siempre la misma sensación de pérdida, del ruinoso deterioro, de lo irremediable, del hundirnos en un mísero transito al no ser, de irnos desvaneciendo en la indiferencia, en la levedad. Y el apartar la vista era su tabla de salvación, la manera de sobrevivir los embates de las olas hasta quién sabe cuándo. Y justo allí estaba la trampa. La inapelable condena de Sísifo. Mientras más se esforzaba, mientras más lejos pensaba haber llegado más cerca estaba de la base de toda la problemática, mientras más empeño ponía en mirar hacia otra parte más se hundía en su drama existencial.

El dejar atrás ya era otra cosa. Aquí de lo que se trataba era de empezar de cero. Pero en el sentido estricto del término. Es decir, cortar por lo sano con su pasado, como si este nunca hubiera sido. Vender *la cueva* y largarse a casa del carajo donde siempre iba a ser uno más, o mejor dicho, uno más sin rostro, otro número. Perder su casa significaba, aun cuando no se marchara a ninguna parte y siguiera viviendo aquí en La Habana, ser un migrante. *Dejar atrás* era eso. Ser vencido y no tener la posibilidad de volver a empezar. Porque volver a empezar no significaba nada. Solo hay comienzo y final, y entre ellos la lucha y la eventualidad de caer y levantarse, nada más. *La cueva* se presentaba como un estandarte por el cual valía la pena morir porque era su vida misma, y perderla era lo mismo que vivir el signo *Otura rete: el cuerpo sin alma*. En ocasiones resulta incalculable el poder de una metáfora.

Y ahora cuando siente el agua caer desde arriba, que no del cielo, Gabriel piensa que a veces las metáforas también traen unas jodederas tremendas. No es lluvia, sino que la vecina de los altos con frecuencia deja prendido el motor y se pone a comer bolas, y entonces se desbordan los tanques y comienza un verdadero diluvio, que después es él quien tiene que venir a secar semejante catástrofe, como si fuera el limpia piso de algún dios olvidadizo. Y es que no se puede andar por ahí haciendo destrozos para que luego sea otro el que venga a poner un poco de orden, que eso es no tener conciencia ciudadana, coño. Por eso se empinga cada vez que escucha el primer chorrito, presagio inequívoco de lo que viene atrás. Nada más hay que mirar las paredes ya arenosas y llenas de moho verde, como para ahora tener que lidiar con la negligencia de esta señora, que si no se pone para las cosas ahorita se viene abajo y

también la tiene viviendo con él. Pero no fueron estas palabras con las que lo pensó Gabriel. No obstante, por algunos restos de decoro no transcribimos aquí literalmente semejante monólogo interior, y además, con lo dicho, aunque no copia fidedigna, ya se puede llevar uno el mensaje. Y lo anterior nos sirve para entrar en algunas precisiones sobre Gabriel que antes no habíamos dado, ya fuera por el olvido o porque no venía al caso. El hecho es que cuando pensó aquello de que *también la tiene viviendo con él* no lo hizo al descuido. Conviene decirlo, Gabriel no vive solo. *La cueva*, que no había sido aclarado antes, es un casón de cuatro habitaciones de las que nuestro muchacho alquila tres. Aunque en estos momentos solo haya dos cuartos ocupados, más el suyo, naturalmente. Recurso más que eficiente para ganarse el sustento, que con esto por lo menos asegura una entrada fija, y de paso, ahuyenta un poco la soledad. Pero como sería de mala educación mencionarlos y no presentarlos hablaremos un poco de sus inquilinos. Por orden de antigüedad le toca el turno a una pareja de la tercera edad, aunque no ancianos, que viven hace más de dos años en una especie de concubinato: Dalia y Cecilio. Ambos escapados de sus casas para vivir su historia de amor puesto que las dos familias se oponen a la unión, como en *Los Amantes de Verona*. Aunque entre las dos historias haya divergencias sustanciales. Acaso la más notable la edad de los protagonistas y el linaje de procedencia, ya que ninguno de los dos descende de la nobleza. Que Dalia es recepcionista en una escuela primaria y Cecilio vende café por la noche en el Hospital Calixto García, además de otros bisnechos que aparezcan. Con eso pagan los treinta CUC al mes que les cobra Gabriel, o lo que es lo mismo, un CUC diario. Tampoco es que se pueda pedir más, sino nada más hace falta fijarse en las condiciones en que

se encuentra el alojamiento. El otro se llama Yuriolkis, y con ese nombre ya puede uno imaginarse de donde procede. Es uno de los tantos probadores de fortuna que desde el Oriente se aventuran para ganarse la vida a como dé lugar, albañil, pintor, custodio, dependiente de una pizzería, o, finalmente, y como es el caso, de bicitaxista, que este no quiso ser policía, la profesión más común para quien se encuentre en esa situación. Que hasta parece que es algo hecho con toda intensión, que el cuerpo represivo de una ciudad en su mayoría no conste de nativos.

El caso es que de la mano de Dalia ha dado Gabriel sus primeros pasos en el mundo del espiritismo. Ella poco a poco le fue hablando de que en esa casa había varios egguns a los que les era imposible tener tranquilidad, que desde el lado de *allá* sufrían viendo el tipo de vida que él llevaba, así sin rumbo. Después le mandó baños y limpiezas, y que pusiera una bóveda con las correspondientes asistencias espirituales. Y de hace un tiempo se brindó para hacerle algún *trabajito* a la vecina de los altos para quitárselas de arriba, eso sí, nada con palo y eso, que esas cosas son del mal y traen su arrastre. Desde luego que habrá quien hasta aquí se haya formado su propia imagen de Dalia. Pero para tributar a la verdad y no por deseos de originalidad ni de ruptura de cánones, diremos que Dalia no es una señora de origen africano, sino español, y no fuma tabaco más que cuando está trabajando *sus cosas*, ni anda por la calle con un marpacífico rojo encima de una de sus orejas. Es así, pálida y ojerosa, como Gabriel la está mirando ahora que casi lo mata del susto cuando andaba dando paseítos por su cuarto y la vio asomada en la ventana, observándolo.

—Hay cosas que no hacen falta pensarlas tanto, mijo.

—¡Coño, Dalia, qué susto, vieja!

—Sino te inspira no lo hagas.
—¿El qué?
—Esos papeles que te tienen preocupado.
—Na, no es nada. Las mismas cosas de siempre.
—Tú tienes buenos astrales. Hazles caso y no botes tu *iré*.

—Tranquila, que aquí no se bota nada. Que lo que no es carne, sirve pa' croqueta.

Y Dalia que entendió la jarana pero se queda seria.

—Yo me meto en cualquier lao. A estas alturas qué más da —dice.

—¿De qué tú hablas, chica?

—De que *las cosas* que existen no siempre obran conforme a la voluntad de uno.

—Si no dejas de hablar con esa intriga más nunca te voy a entender. ¡Habla claro, coño!

—No te hagas el bobo que yo puedo ser tu abuela. Que bastante me ha pedido que te encamine. Te estoy hablando de la propiedad de la casa y de lo que piensas hacer.

—Bueno, por el momento todavía no tengo nada claro.

—Ya te dije que no botaras tu *iré*. Esta casa es tú *iré*.

—¿Entonces *las cosas* te dicen que no la venda?

—Eso lo dices tú. Yo lo que digo es que un *iré* es una bendición. Y también puede ser la posibilidad de realizar algo. O un vencimiento de dificultades.

—Ahora sí que no entiendo.

—Ya lo harás. Siempre hay tiempo.

—Lo malo es que vaya a meter la pata y después me embarque. Pa' eso están *las cosas*, ¿no? Pa' alertarlo a uno.

—*Las cosas* están pa' decirte lo que ahora yo te va a decí. Salte por un tiempo de lo enredo eso en lo que tú ta meterte, no vaya a se cosa que en uno te la gane y plane se te queén to en el aire.

—Coño, Dalia, si hace rato ya que estoy tranquilo, ¿qué más voy a hacer? ¿Meterme bajo la cama?

—No ta Dalia la que te tá hablando. Amigo tuyo metete en lío, y po da la cara, sangre va a corré.

Cuaderno de Apuntes

El agua se desliza con mansedumbre por debajo del muelle hasta llegar a la orilla. Allí, cientos de piedras cubiertas por capas de musgo verde son ahogadas una y otra vez solo para ver después cómo la marea se retira, escurriéndose entre ellas, cautelosa como una fiera que acecha esperando todavía alguna reacción de su presa. Sobre el muelle un chico espera, sentado sobre uno de los bordes laterales con las piernas pendiendo hacia fuera. En sus manos lleva algo, acaso un collar. Pero no uno lujoso de oro o piedras preciosas. Este está hecho de caracoles de mar. Encargado a un pescador de los que tanto van al Palacio a vender su mercancía. O mejor dicho, al único pescador que en realidad va al Palacio, porque es amigo de Paolo, de los demás solo llega el olor a sudor fundido con el del pescado que en ocasiones también compra Caridad, la negra encargada de la cocina. Pero Paolo es hombre simple. Es por ello que tiene costumbre, siendo de alta cuna, de gustar de la conversación de la gente común. Quizás porque siendo mediterráneo es también hombre de puerto y de mar, y lo une a este pescador algo más instintivo que un título, que el lecho donde duermen, los sirvientes, el idioma, el patrimonio del que disponen. Ante todas estas diferencias que se interponen, o mejor dicho,

por debajo de ellas, socavándolas, minando sus bases hasta hacerlas caer como cosa superflua, está ese olor que los trasciende. La infinita presencia del mar que siempre llevan, estén donde estén, en sus narices. Hasta parece ya impregnada en la piel. El suave rumor sin el cual se antoja imposible relajarse puesto que el completo descanso, ese dejarse estar, solo es dable en compañía de las cosas conocidas, es por ello que ese arrullo es imprescindible hasta el punto de cerrar los ojos y entregarse a él porque ya habita estampado en la memoria. Y por último la polisémica sensación del azul. Un azul que tiene una identidad térmica. Ese vapor que calienta primero la nuca y luego se dispersa por todo el cuerpo y casi ciega los ojos, insufrible para quien no haya nacido cerca del mar. Un azul caliente, da lo mismo que sea agosto o diciembre, que proyecta sobre la superficie ondulante destellos luminosos de una tonalidad plateada. Y que en ocasiones también se muestra como enfadado, y entonces luce turbio y los pescadores dicen que está revuelto. Otras veces, en cambio, parece de una sabiduría ancestral y se mueve con gran parsimonia, mostrando diminutas crestas de espumoso blanco. Todo eso lo comparten Paolo y el pescador, es como una hermandad sustentada sobre un acto primitivo, como el de la adoración del fuego. Solo que ellos no se sientan alrededor de una fogata. Su culto no es sobre algo re-creable, que cuando termina el ritual puede ser extinguido y continuar con la vida corriente. El objeto de su adoración los trasciende y condiciona sus existencias, les habla en todo momento, es una presencia que no se puede ignorar, como el Dios de los cristianos. Y es esta íntima conexión entre el pescador y su abuelo lo que ha percibido el chico sentado sobre un costado del muelle, con las piernas pendiendo hacia fuera. Por eso se le acercó a aquel una tarde, cuando regresaba junto con Paolo de una

de sus vueltas en bote, y en un momento en que el abuelo no los veía, le pidió de favor que le trenzara un collar de caracoles igual al que llevaba puesto. Y como el pescador preguntara si era para él y recibiera la negativa, solo expresada con un gesto de la cabeza, seguido de un silencio más que elocuente, comprendió que la destinataria era una fémica. Entonces le había hecho este que ahora lleva entre sus manos, mestizas por el anverso, notablemente rosadas las palmas, mucho más fino y trabajado, ignorando acaso que la depositaria de aquel gesto no era una dama de sociedad sino una recogida en el Palacio. Pero para el chico sentado sobre un costado del muelle, con las piernas pendiendo hacia fuera, eso no importa. Qué más da si también él es un recogido. Uno arrojado hacia la frontera de dos mundos. Es negro y no ama el tambor, tampoco le gusta el baile y no entiende la lengua de los Orishas. También es blanco pero rechaza toda la ciencia de los libros en la biblioteca de Paolo porque no encuentra vida en ellos. Las historias contadas boca a boca por gente que no sabe leer ni escribir y es media supersticiosa tienen un encanto especial, casi mágico, seducción de barracón donde todo es posible. Cuento de camino, de esquina, donde la pedantería académica no encuentra sitio. Solo aquel Sócrates le parece sabio porque todo lo que sabía era que no sabía nada, justo como él. Y acaso solo en eso consista la sabiduría, en tener la capacidad de sentir y expresar lo que es común a todos los hombres sin importar lo accidental de cada cual. Quizás Sócrates habría amado igual que él. Y también, quizás, habría esperado en un muelle hasta caer la tarde, con un collar de caracoles entre sus manos de hombre. De blanco y de negro, y de ninguno de los dos, solo de hombre que ama. Y el chico sentado en un costado del muelle, con los pies pendiendo hacia fuera, se pone de pie hasta ser solo

Tirso, hijo de Ignacio, hijo de Paolo. La espera ha sido en vano. La sorpresa postergada. La alegría en los ojos de ella cuando le fuera entregada la prenda y el brillo anhelante en los de él ha sido frustrado. Nada de eso sucederá, al menos no este día que ya muere. Entonces el collar será guardado en un bolsillo del pantalón. Luego, al entrar por la puerta trasera del palacio, alguien le interrogará con docilidad dónde había estado, que Don Pablo ha preguntado varias veces por él y nadie le había podido dar respuesta. Él replicará que con solo asomarse a la ventana lo habrían visto en el muelle y que además no era un señorito para que tuvieran tanta pendencia con él. Pasará por el amplio comedor y del frutero va a tomar dos naranjas que llevara para su alcoba. Allí sacará el puñal que siempre lleva en un costado del pantalón, regalo de Paolo, y con él va a partir cada fruto en cuatro, la manera más fácil de comerlos, siempre pensando que ella no fue.

Ahora ya es noche cerrada y la brisa entra silenciosa en la habitación. Lo inunda todo con un aroma salvaje, animal. Trae olor a mundo. Tras de ella la puerta se cierra silenciosa. Camina en puntillas de pies por toda la estancia y sus pasos son como el roce de la seda. Tirso se percata de su presencia y siente una roña que empieza a calentarle la sangre. La brisa suave, con cautela, se introduce por debajo de las sábanas hasta tocarlo. El vestido de noche que lleva parece diluirse sobre su piel y Tirso siente que también la brisa está febril. Y lo que primero fue roña ahora es calentura, fiebre que nace en el bajo vientre y se extiende entre las piernas. Entonces la brisa que es mujer se vuelca sobre Tirso, hijo de Ignacio, y lo besa despacio, le muerde morosa los labios, lo mira con sus ojos entrecerrados de gata en celo, le sopla sobre el rostro su respiración. Ella está allí, como casi todas las noches, pero faltó a la cita. No estuvo en la tarde

ni en el muelle ni frente a la bahía ni sintió el azul en sus ojos y en la nuca. La brisa lo monta con bríos hasta arquearse los dos y quedar hechos una sola masa informe. Ella mordiéndole sobre la clavícula derecha, justo en el trapecio, él con sus dos brazos estrechándola fuerte contra su pecho. Después la brisa se hace a un lado y cae bocarriba sobre el lado izquierdo de la cama. Su respiración es irregular. Se hace un silencio de palabras no dichas. El ambiente es denso, de fluidos intercambiados y de sudores aun jadeantes. Finalmente ella se sienta sobre un borde de la cama con los pies pendiendo hacia fuera. Tirso ve la silueta de hembra perfecta, los dos pequeños hoyuelos justo donde comienza la espalda baja. A diferencia de él ella no espera nada. No ve el azul, ni escucha el suave rumor del agua jugueteando entre las piedras cubiertas de musgo verde. La brisa permanece indiferente a todo ello. Segura de sí misma, de la efímera belleza de sus veintiséis años y de la inalcanzable ventaja que le lleva a los quince de él. Se pone de pie y ya no es la brisa que se halla sentada sobre un borde de la cama con los pies pendiendo hacia fuera, sino solamente Carmen, quien recoge el vestido de noche que llevaba puesto cuando entró en la habitación y se deslizó encima del lecho. Con gran arte se introduce en un solo movimiento hacia el interior de la prenda. Luego camina con el mismo paso armonioso con que un rato antes entrara y el vestido ancho ondula insinuando, para una vista experimentada en cuestiones de cataduras, toda la excelencia de aquel cuerpo. Tirso mira al techo atrapado entre la displicencia de la carne y el mudo rencor del espíritu. Oye el inequívoco ruido del llavín al cerrarse la puerta, señal de la irremediable huida de Carmen, e imagina los pasos inaudibles del otro lado del corredor. Ya mañana la tendrá por otro pedazo de noche, así ha sido durante los últimos

seis meses. Tener y no tener. Debajo de la almohada el collar de caracoles parece recordar, como un reproche sutil, todas las aventuras sufridas por el pescador para coleccionar cada pieza de la cuenta.

11

Atrapado entre el cansancio de la carne y la displi-
cencia del espíritu amanece Román, mirando por la
ventana hacia fuera, al cielo. Y es que ayer fue casi
imposible dormir por culpa de este calor infame. No
fue suficiente que estuviera trabajando hasta bien
entrada la noche, escribiendo. Hoy se las tendrá que
ver con un día de lo más agitado. Hasta le espera una
visita de seguimiento con el médico de la familia.
Y todo eso cuando lo único que le pide el cuerpo es
dormir al menos hasta media mañana. Ya hace un
rato Gretchen se levantó, que por ser del campo tiene
costumbre de madrugar y desde aquí Román ha
escuchado todo el sonar de los trastos en la cocina,
primero cuando se hacía el café, luego hirviendo el
agua, que esta familia, como la gran mayoría de las
cubanas, no se puede andar con lujos de comprar el
líquido embotellado. Pero todavía acostado piensa
en algo que de hace un tiempo acá le produce cierta
preocupación, su hermano. Y es que durante los
últimos meses se ausenta de la casa cada vez con
más frecuencia. Él no se traga la historia esa de que
se queda con los socios jugando PlayStation hasta el
otro día. Sabe que ya Esteban está en edad de hacer
sus *cositas* por ahí, de andar con mujeres, eso es algo
perfectamente normal. Lo extraño es que se ponga a
inventar cuentos chinos y no se lo diga al menos a él,

que se pudiera entender si hubiese algún sentimiento pudoroso con respecto a la madre. Pero todavía hay más. Es el tipo de gente con que se está juntando Estebita. Cierto es que Katia tiene sus encantos, pero de allí a andar por ahí con ella, que si se apuran un poco, digamos unos cinco o seis añitos más, hasta podría ser su madre, cierto que una madre de esas prematura, pero madre al fin, que anden, como decíamos, tomando cerveza en los portales de Carlos III, emulando los más comunes chulos y jineteras de La Habana. Y a Román eso no le empieza a pintar bien, lo de su hermano, claramente. Acaso sea hora de que se sienten a discutir un par de asuntos, y quizás, de paso, conocer como quien no quiere las cosas, dónde vive el supuesto socio ese del PlayStation. Y entre todas esas cuestiones se encuentra en orden prioritario el tema del futuro de Estebita. Como ya se sabe, el servicio social no lo va a pasar en la Plaza de Carlos III, por razones más que obvias. Pero habrá que ir pensando en qué otro lugar se le puede resolver, que lo que es aquí, tiendas y quioscos son lo que sobra, aunque todos vendan los mismos productos. Ya está decidido. Si no es hoy, mañana en cuanto vea a su hermano ahí mismo se lo va a llevar para el parque a tener lo que se dice una conversación de hombres. Aunque en honor a la verdad todo depende de si lo ve, porque al paso que vamos, en la última semana, Esteban solo ha dormido en su casa dos veces, y a la hora que coinciden, pasadas las once, quién se va a ir al parque a tener charlas profundas si en esa fase del día ya Román no es hombre ni nada, que camina porque ve a los demás hacerlo, no habla, solo emite monosílabos, el baño se lo da por instinto y eso porque la abnegada Gretchen ya le tiene el cubo preparado con el agua caliente y la toalla esperando, que sino, ropa fuera y para la cama. Pero tendrá que hacer el tiempo. Que bastante se han sacrificado para que el muchacho ahora, por falta de un poco de guía, se les venga a descarriar. No, si este Román anda como en las nubes. A ver si le pone más atención

al hijo que ya casi tiene ahí, tocándole la puerta, no vaya a ser que se le termine convirtiendo en el capo del cartel de Cayo Hueso, que ya está demostrado que hijo de gato no necesariamente caza ratón, que sino Estebita nos hubiera salido un entregado amante de las artes, como Orlando.

Y Román interrumpe el discurrir de sus reflexiones porque Gretchen le trae su cafecito caliente. Sentado en la cama lo apura al ritmo que ya desde la ventana le impone la ciudad. Los cláxones, el paso lento y pesante de las guaguas articuladas, como si de modernos saurios se tratase, la masa polifónica de voces, gritos, llamadas, *Roberlaxys coge los bultos que ahí viene el P16. ¿Oye, por fin aquello qué? ¡Nada, se cayó! ¡Qué clase embarque! Cacho, los Industriales están en el pico de la piragua, Esos son los míos, ponle dinero pa'que tú veas.* Toda esa amalgama sonora sube trepando por las paredes del edificio y se le cuele a Román por la ventana, diciéndole, seña incuestionable, que es hora de salir a luchar, a batirse como el trescientos uno, por el sustento suyo y de los otros cuatro, contando ya al que viene en camino.

A paso redoblado salta de la cama, y eso que cuando lo veíamos amanecer parecía tan falto de vigor. Se mete en el baño y se lava la cara y los dientes, raudo como quien le va la vida en ello. Se seca con la toalla y se unta debajo de cada sobaco una pasada del ya clásico desodorante Sport, el único que no nos ha traicionado como lo hizo Rexona, que faltó a su promesa y contrario a lo que decía su slogan, nos abandonó. Pero el Sport, probablemente por ser de aquí, nunca nos ha dejado huérfanos ante las acometidas hormonales, y eso sí, que ha mejorado notablemente su calidad, que ya no hace quemaduras en las axilas, aunque todavía deje dos tremenda manchas en cuanta camisa o pullover se ponga uno. Miseria humana. Es lo que tenemos. Solo queda resignarse y aguardar hasta que llegue ese futuro mesiánico donde podamos usar Avon, Dove o Nivea. Sin embargo, Román no se detiene en eso, probablemente porque ya esa zona de su cuerpo se

halle insensible. Es por ello que solo presta atención al espejo mientras se pasa el peine, una, dos veces, listo. De nuevo en su cuarto quita de una percha la camisa que Gretchen le planchó la noche anterior, coge sobre una silla el bolso de trabajo en el que introduce, una vez tomada de encima de la cómoda, una libreta que en la carátula tiene escrito a lápiz las palabras *Cuaderno de Apuntes*. Luego se vira hacia Gretchen que lo ha seguido todo el tiempo y, tomándole el rostro entre sus manos, le estampa un beso sobre los labios, breve y sonoro.

—Estate lista que firmo y a las diez ya estoy aquí para recogerte —dice.

Después sale, siempre con su mujer a la escolta, y en la puerta de salida grita:

—Me fui —esta vez para Olga.

Algo parecido es lo que repite el chofer del P5 media hora después en la parada del Hospital Hermanos Ameijeiras.

—Vamo, vamo, el menudo y suban por atrás que me fui. Dale, dale por atrás.

Y siempre hay un gracioso.

—Asere, por atrás no que eso duele.

Y la gente en la guagua que según el estado de animo de esa mañana se ríe por la ocurrencia o, si mantiene la misma displicencia de espíritu con que amaneció Román, aparta la vista hacia el muro del malecón, más allá del parque, que es quien soporta todas las réplicas, las esperanzas, las confesiones, y en ocasiones otras cosas más que no es prudente decir, y las contiene, como para que toda esa avalancha de sensaciones humanas, tumultuosas, no trasciendan la Isla, desbordándola, y vayan a contaminar al mundo, que más allá todavía, marcha a una velocidad y en un sentido que por ahora desconocemos, o, en el mejor de los casos, apenas intuimos. Pero tranquilos, muchachos, ya habrá tiempo para todo.

Mientras tanto el P5 avanza por la calle San Lázaro, que más que una vía habanera parece una recreación del suelo lunar por la cantidad de baches asentados

en ella, que estos ya deben estar entrando en la categoría de cráter. Román, probablemente al igual que las decenas de argonautas que comparten esta experiencia matutina con él, va con la sensación de ser una partícula más dentro de la masa humana que semeja un trozo de carne prensada en el interior de una lata. Las gotas de sudor ya le corren por el rostro y el cuello. La camisa tan primorosamente planchada por Gretchen comienza a mostrar algunas manchas oscuras de humedad. Acaso valga la pena vender una casa y largarse a cualquier parte solo para dejar de coger estas guaguas infernales. Coño, que no es fácil haber vivido siempre en las mismas condiciones y sin posibilidad de mejora. Y Román recuerda cuando de pequeño su madre lo llevaba al Parque Lenin o al Jalisco Park y tenían que madrugar porque más tarde era imposible coger una guagua. Pero el verdadero problema era a la hora de regresar porque por la tarde el transporte estaba en candela. Y Román que sabe que eso era antes, pero que la cosa en realidad no ha cambiado mucho porque todavía ahora sucede de una manera más o menos similar. Y detrás la misma pregunta de siempre, tantas veces formulada. ¿Cómo es posible que luego de tantos años sigamos en las mismas condiciones? Pero siempre hay alguien que todavía se encuentra encerrado en el sueño de Brahma y responde: *compañeros, que todo esto es obra del enemigo y sus lacayos de la contra pa' desestabilizar, no se les puede seguir el juego a esa gusanera, tenemos que permanecer unidos, calma que nunca llovió que no escampó, ya vendrán tiempos mejores.*

Pero Román ya se baja del P5, eso sí, como puede. Que hasta parecía que se iba a quedar eternamente dentro del bus. Y es que no basta con decir *caballero, permiso que me quedo*, que si uno se limita solo a esto lo más probable es que se quede, pero dentro de la guagua. Así que toda persona sensata que desee apearse no le queda más que repartir sus codazos a diestra y siniestra para lograr salirse escupido de

las entrañas de tan temible monstruo, que ya se dijo que estos P eran como saurios modernos. Entonces nuestro muchacho camina un par de cuadras todavía acostumbándose al cambio de aire. Se seca el sudor con una pequeña toalla de mano que siempre lleva en el bolsillo trasero del pantalón. Al fin se halla frente al gran edificio donde radica el Archivo Nacional de la República. Sube la pequeña escalinata y entra en el vestíbulo. Intercambia un par de saludos y toma la escalera que lo lleva hasta el primer piso donde está su departamento. Después firma la hoja de asistencia y pasa a su oficina. Allí Gonzalo ya lo espera.

—¿Qué cuenta el futuro papá?

—Todo bien, profe. Hoy tengo consulta de seguimiento.

—¿Y dejaste a la muchacha sola?

—No, si pensaba pedirle permiso a ver si podía firmar y luego irme pa'acompañar a Gretchen. Por supuesto que después regreso y me quedo hasta más tarde.

—Dale, mi hijo. Ve con calma y cuando dejes a la muchachita en la casa regresas y me cuentas.

—Gracias, profe. La verdad es que no sé cómo agradecerle.

—No tienes que hacerlo. Ve tranquilo.

Y Gonzalo ya vuelve a sumergirse dentro de un legajo que estaba leyendo con la ayuda de una lupa grande como un disco. Entonces Román extrae del bolso su billetera y el cuaderno de apuntes que deja sobre su buró. Luego lanza a su compañero una última mirada antes de salir pero ya aquel se ha desentendido de la realidad fuera del manuscrito. Entonces Román dice desde el umbral, bajito como quien no quiere importunar al cirujano que necesita toda la concentración del mundo porque de su trabajo depende la vida de un gran mandatario: *me fui, ahorita regreso.*

Cuaderno de Apuntes

Sobre el suelo de la sala principal del Palacio, justo en el medio, yace el guacal abierto dentro del cual descansa un violonchelo. La madera es de una tonalidad clara y el barniz muestra un brillo impecable. El instrumento llegó esta mañana procedente de Bologna. Dentro se lee en una etiqueta el nombre Francesco Diamanti.

—É un vecchio amico finalés —dice Paolo.

Tirso se encuentra parado frente al instrumento.

—Ormai sai suonare il violino, prueba allora con il violoncello.

Tirso piensa que esta debe ser otra estratagema de su abuelo para hacerlo olvidar, para que pase el tiempo ocupado. Si es así, otra vez Paolo ha dado muestra de conocer, o como le gusta decir presumiendo, de poder leer en el alma de su caro nipote. Y es que la música es lo único en lo que Tirso parece sentirse a gusto. El violín no le tomó más de dos años aprenderlo a tocar, en el piano ha progresado de manera más que notable. Pero ahora su abuelo no escatima recursos y le manda a buscar otro miembro de la familia de las cuerdas frotadas, pareciera que ya tiene planes para él.

—Il lunedì vendrá el maestro Vattimi para cominciare le lezioni.

Y Tirso no riposta. Tal vez si se tratara de otra cosa ya habría puesto alguna objeción. Pero con

la música no. Es imposible. Dentro del guacal el instrumento parece desafiarlo. Y por otra parte el chelo es un instrumento que siempre le ha llamado la atención. Y cuando se dice siempre quiere decir desde que regresó a La Habana hace apenas tres años. De ese tiempo acá Paolo no ha dejado de llevarlo a ver cuánta compañía extranjera se presenta en el Teatro Tacón, o en el Martí. Siempre con un repertorio similar. Lo más reciente de la ópera romántica italiana. Y él no pierde la oportunidad de ponerse en una posición desde la que pueda ver con la mayor precisión posible el foso donde la orquesta se sitúa. Su vista siempre termina dirigiéndose hacia la fila, que nunca son más de cuatro, de los violonchelos, y de eso parece que ya Paolo se había dado cuenta. Acaso sea por ello, unido a la necesidad de distraer a Tirso del recuerdo de Carmen, que el abuelo haya tomado la decisión de mandar a comprar en Bologna tan magnífico ejemplar. Por lo pronto el joven ya se deleita en recorrer con la vista el cuerpo perfecto de mujer que exhibe el violonchelo. Líneas de criolla de cintura estrecha y amplias caderas, de piel mulata como él. Y nada en la sensualidad de la forma deja presentir la profundidad, la seductora multiplicidad de matices que ostenta la voz del instrumento, la nostálgica introspección, las agudezas psicológicas. Sin dudas la más perfecta de las voces para Tirso. Ya se encargará de develar los secretos contenidos en está res extensa que se le presenta como un continente virgen que promete insospechados placeres.

—É uno strumento veramente bellissimo.

—Gracias. Es usted muy gentil.

Y el abuelo que desde atrás mira a Tirso que todavía se halla de frente al chelo, contemplándolo. En su interior sabe que ya ha logrado su propósito.

—Si me lo permite quisiera llevarlo para mi alcoba.

—Solo si promete que cuando haya imparato bene me obsequiará con alcuni recitali.

—Entonces, es ya una deuda.

12

El consultorio está semioscuro y las paredes al igual que el techo muestran grandes manchas de filtración. El salón de espera es pequeño, de apenas cuatro o cinco metros cuadrados. Un espacio más que reducido en comparación con la cantidad de embarazadas que aguardan su turno. La mayoría de ellas muy jóvenes, tanto que Gretchen con apenas veinticinco años parece ser de las más veteranas. El ambiente, como para no variar, es asfixiante. Pero la culpa no es solo del clima de esta Isla. Parte de la responsabilidad debe caer en el personaje al que se le ocurrió que este local fuera destinado para que allí radicara el consultorio del médico de la familia. Sin ventanas y con una puerta, estrechísima además, en el frente, y otra por la que se va directo a la consulta. Román, al igual que un par de acompañantes más, se halla de pie. Todos esperan escuchar el llamado de... *el próximo*... para al fin salir de esta agonía. Las embarazadas para abandonar aquellas sillitas incómodas que son las que usan los niños en las escuelas primarias, negras y de un material similar al plástico, dispuestas aquí en tres filas de a cinco. Y los acompañantes para poder subir la exigua y empinada escalera de hierro ubicada en un extremo del local que los lleva a un diminuto entrepiso donde finalmente podrán sentarse mientras la paciente es atendida. Pero Román también aguarda algo más. Su turno. El momento para encontrarse

con Katia y ver que le puede sacar. Ella debe estar ahí puesto que es la única enfermera del consultorio. Pero tiene que abordarla con cuidado, como quien no le da mucha importancia al asunto. Y de hecho, si fuera solo una aventurilla no habría mucho por lo que sobresaltarse. Ya lo sabrá pronto. Solo debe esperar que sean atendidas las cuatro pacientes delante de ellos. Por el momento desvía sus pensamientos hacia el motivo principal de su permanencia en aquel sitio, Gretchen y el hijo que esperan, o hija, si en definitivas es niña lo que les sale.

¿Qué nombre le van a poner? Todavía es muy pronto para poder decidirlo. Además, de eso seguro que se encargará la madre, que por lo general son ellas las que toman las decisiones respecto a ese tipo de cosas. Mientras no sea un nombre inventado de esos que tienen las gentes del campo, o por el contrario uno cheísimo como Dominador, Gumersindo o Eustaquio, que el destino que espera a una criatura con cualquiera de esos nombres no puede ser otra cosa que miserable, sino nada más hay que imaginarse las torturas que le harán pasar los demás chicos cuando empiece la escuela. Pero por ahora ya bastante preocupación es que nazca sano, o sana. Que con su sueldo, más lo que se *busca* por ahí, apenas le alcanza para comprar los alimentos que Gretchen necesita para estar saludable. Ojalá y la hemoglobina por fin haya subido algo. Que ya no sabe cómo ingeniárselas para comprar algo de carne roja, o de caguama. La última vez la resolvió gracias a un *punto* que tiene Gabriel. Pero como todo en este archipiélago maravilloso, eso fue aquella vez. Lo que quiere decir que aquí no hay nada seguro, como no sea la muerte. Y es que aquí las cosas aparecen por flashazos. Tal vez en estos momentos el *punto* este preso con veinte años o más de condena por el delito de hurto y sacrificio del ganado mayor, compartiendo celda acaso con otro convicto condenado a ocho años por el crimen de homicidio en primer grado, cosa de locos sin dudas, pero lo que es aquí, las vacas valen más que los hombres. Y entonces piensa en Gabriel,

que en un par de ocasiones lo han agarrado preso en manifestaciones en contra del régimen. Y su amigo que ya en la casa y lleno de moretones le dice:

—Estos singaos son unos hijoeputas. Si al final yo soy el verdadero patriota y no ellos. Sí, chico. ¿Tú no te acuerdas de Abdala? La parte que dice aquello de que... el amor a la patria no es el amor ridículo a la tierra que pisan nuestros pies sino el odio a quien la oprime... ¿Y qué cojones están haciendo ellos sino oprimir por más de cincuenta y pico de años a un pueblo pidiéndole que resistan en nombre de no sé qué pinga, mientras ellos se dan la súper vida por ahí con una pila de putas y en tremendas mansiones? Y por si fuera poco nada más hay que fijarse en lo despingá que tienen la ciudad. Si eso no es maltrato y opresión, ¿tú puedes decirme qué cosa es entonces?

Quién lo iba a pensar. Gabriel que parecía ser tan loquito y sin preocupaciones de tipo cívicas ha resultado ser todo un luchador en post de cambios sociales y en contra de la dictadura. Y Román que en el fondo siente un poco de envidia hacia su amigo, de su libertad, pero sus prioridades la constituyen las mujeres de su casa, que ahora con Gretchen son dos, más su hermano y el hijo que esperan. Nada, que todo el mundo no tiene el mismo coraje y la misma vocación libertaria, que sino desde hace rato las cosas hubieran sido diferentes para los cubanos. Pero bueno, ahora solo queda mirar adelante. Y para Román esto significa subir las escaleras de hierro porque el grito de... *el próximo*... ya se ha escuchado, le parece, al menos cinco veces.

A paso lento sube la pareja. Él va atrás, custodiándola. Ambos deslizándose en modo ascendente la mano derecha por la áspera baranda. Al final del trayecto, allá arriba, se ve una luz pobre y parpadeante. Si hasta parece una imitación de la fría torre donde esperaba Rapunsel, iluminada, se imagina uno, por una vela o un candil, tintineante en fin, igual a esta luz que aquí vemos. Lo que sucede es que ese destello que se ve allá arriba no es de vela sino un bombillo fluorescente de los que aquí se les llama

ahorradores, alimentado además por corriente de ciento diez. Resignación. Que solo podemos esperar a que se establezca el voltaje mientras suspiramos por el cabello de la joven princesa, que aquí lo que nos guía hacia la cima no es otra cosa que una estela de churre y el hedor que dejan los gatos en sus noches de parranda. Una vez ya en la puerta de la consulta Román se cuestiona nuevamente sino habrá entrado por error en un mundo mitológico y será aquello algún agujero hobbit. Y es que por allí apenas cabe una persona adulta, además de que en el interior todo se halla en un espacio tan reducido que la movilidad resulta casi un imposible. Tanto es así que si Román hiciera el intento de estirarse de seguro podría golpear el techo con toda la extensión de su antebrazo, y eso que no es un prodigio de altura.

—A ver —dice la doctora—, sino me equivoco tú eres Gretchen, ¿no?

Y Katia que no se ve por ningún lado. ¿Dónde se habrá metido? De todas formas era ilógico abordarla allí en medio de la consulta.

—*Tú eres Katia. Creo que ese es tu nombre. Y si no lo es, da igual. Lo que importa es que estoy seguro de que eres la persona que eres* —algo más o menos así de absurdo diría Román y las tres mujeres lo mirarían desconcertadas, incluyendo a Gretchen, que para ella sería todo un golpe descubrir que el padre de su futuro hijo sufría algún tipo de trastorno o retraso mental.

—Como ya sabrás la doctora que te atendía no va a poder seguir haciéndolo porque salió de misión. Pero no te preocupes por nada que ella me habló muchísimo de ti y aquí tengo tu hoja clínica con cada detalle.

—*Mira, el asunto es que yo necesito saber... a ver, tú entiendes... Estebita... digo, Esteban, es mi hermano. Y como es lógico hay responsabilidades que yo tengo que asumir con él. Al menos hasta que se independice ¿Me entiendes? Es por eso que necesito tenerlo todo claro.*

—Por lo que veo aquí ya tienes veinte semanas.

—Chica mira. Lo que pasa, hablándote así en plata, es que Esteban todavía es un chama que ni siquiera ha terminado sus estudios. A ver, que echen un palo o dos, o los que le den la gana, a mí eso no me importa ni un carajo. Pero en cuanto a lo de que anden por ahí tomando cerveza en los portales con un dinero que ni sé ni me interesa de donde lo sacas, eso a mí no me va. Si te lo vas a singar lo haces y después, por favor, me lo mandas para la casa porque el cuento ese del colega del PlayStation es para la Pura, no para mí. Que por mí no hubiera batéo, pero lo que pasa es que luego la vieja es la que se pasa todo el tiempo sofocando a este que está aquí, y no me juega, corazón. Y como tú vez ya voy a tener un chama y el tiempo no me da como pa'andar en esa tererema.

Y en vez de tener la conversación tan sosegada que están llevando a cabo Gretchen y la doctora, de seguro saldrían con una remisión para Román a la consulta de psiquiatría. No, lo mejor es que sea así. De todas formas, si se encuentra a Katia la llamará aparte y quedará para hablar con ella en la tarde u otro momento, eso sí, sin que pase de hoy.

Por otra parte la visita de seguimiento marcha bastante bien, podría decirse que hasta rutinaria. A Gretchen le han mandado otros análisis. Los que ya se había hecho han arrojado resultados más que satisfactorios y al parecer, poniendo malos agüeros a un lado, es solo cuestión de tiempo antes de que la criatura llegue al reino de este mundo. Un pionero más, otro futuro cederista, que esas son organizaciones de las que para formar parte a uno no le piden su aprobación, estás porque sí, porque a Brahma le da su reverendísima gana. Aunque a juzgar por la tradición familiar, que en estas cuestiones siempre tiene una influencia más que decisiva, este no va a pertenecer a la UJC... *sola vaya, pa'allá pa'allá, que eso es tremendo osobbo, chivatiente, pa'su madre*. Claro que hasta eso es relativo en este sueño de Brahma. Porque se puede ser miembro de la UJC y no tener la más mínima idea de lo que es el materialismo dialectico, que para lo único que están esos muchachos es para cobrar la

cotización que va a parar a los fondos de no se sabe quién y para llevar a cabo más procesos de crecimiento, o lo que es lo mismo, para realizar visitas pastorales, y no pocas veces clandestinas preguntando en la cuadra por fulanito o zutano para después un día decirle que el jueves próximo, en el acto de conmemoración del no sé cuánto aniversario del asalto a la bodega de Chichito el cojo por parte de los gloriosos jóvenes del movimiento, te va a ser entregado el carnet de militante. Y fulanito que dice: “¿¿¿Yooooo????” Y de allí en lo adelante no habrá por las buenas escapatoria posible. A partir de ese momento otro infeliz más que tiene que cotizar para ya se imagina uno los fondos de quién. Y así sucesivamente. Que menos mal que la cosa va tomando otro rumbo sino ahorita todo el país, incluyendo el feto que lleva Gretchen en las entrañas, estaría vistiendo pullovers rojitos y devolviéndole al Estado el poco dinero que de mala gana paga. Pero mejor cruzar los dedos y no tentar al diablo que hasta no hace mucho las cosas eran más o menos de ese modo. En fin, que si decidiera irse con Gabriel después de que nazca el chamaquito, a lo mejor se lo pudiera llevar antes de que cumpla los cinco años y el niño no pasaría por toda esa traumática experiencia. Piénsatelo bien, Romanov, que a lo mejor va y después tú hijo no te perdona que le hicieras semejante cabroná, mira que Estebita ya tiene sus propios planes. Y siempre regresa nuestro amigo el esperanzado, *que estos tiempos traen aires de cambio, que ahora esto se va a poner bueno de verdad, como antes*. Y lo que no precisa a decir es antes de qué. ¿Del Período Especial, del campo socialista, de los Barbudos, en el tiempo de los malos? Pero como se dijo antes, este pueblo, aunque no de los más cultos como se pretende, si tiene una gran capacidad de aprendizaje, más aun si de lo que se trata es de experiencia de vida y por eso ya aprendió que la luz de adelante es la que alumbrá. Pero en fin, parece que Román opta por echar para adelante aquí porque cuantas veces Gabriel le ha dejado caer la indirecta

él se la ha bateado. Siempre aconsejándole lo mejor, pero sin comprometerse a acompañarlo, que a veces basta solo levantar la mirada al cielo o tenderla a todo lo largo del mar para olvidarse, aunque sea por unos momentos, de toda la ruinoso podredumbre que nos rodea. Es por ello que ya Román anda perdido en elucubraciones de cómo va a educar a su hijo, porque entregárselo al Estado para que lo formen los maestros emergentes y termine el chico llegándole un día a casa con la palabra *kato* escrita en el cuaderno refiriéndose al pequeño felino doméstico, o le diga *papá corre que tengo ganas de gomitár, me siento muy mal*, que esas cosas no son exageraciones y ya se han dado casos similares. Que va, eso de entregar los hijos a la Polis y de la educación subvencionada en su totalidad por el Estado habrá funcionado a las mil maravillas en Esparta pero lo que es aquí, como dice la canción, *tira la palanca y endereza, que la guagua va en reversa*. A lo mejor llegado el momento ya existan alternativas, o tal vez la posibilidad de buscarle tutores particulares al chiquillo, total, que la gente se pasa la vida pagando a maestros particulares para cuando llega el momento de las pruebas finales, o para los exámenes de ingreso a la educación superior, así que qué más da. De este modo a lo mejor nos evitamos el bochorno de tener universitarios que no sepan ubicar a Grecia en un mapa mundo. Pero ojo, que le parece a Román haber visto a Katia asomarse por la puerta. Por eso se disculpa con la doctora ante la mirada sorprendida de Gretchen y sale fuera a la escalera hobbit. En efecto, era Katia.

—Oye, disculpa. Es que si no estás muy ocupada luego me haría falta hablar contigo.

—¿Conmigo?¿De qué?

—No tiene que ser ahora mismo.

—Pero, ¿qué pasó, este tú niño?

—No, nada. Yo soy el hermano de Esteban.

—Ajá.

—¿Eso ya lo sabías?

—Claro, mijo, en este barrio todo el mundo se conoce.

—Bueno, mejor todavía. ¿Cuándo pudiéramos vernos?

—¿Vernos? ¿Y él te deja que le digas Esteban? Que chiquito este. Deja que yo lo coja.

—¿Y cómo le voy a decir?

—Bueno mira, a tú hermano, todo el mundo le dice *el menor*.

—¿El me... qué?

—¿Ven acá, mi chino, él sabe que tú viniste a hablar conmigo?

—Ese es el punto. No tiene por qué saberlo.

—¡Ah! Ya sé por dónde tú vienes.

—Dime, ¿podemos vernos o no?

—Sí, está bien. Pasa mañana a la hora de almuerzo porque ahora mismo la verdad que estoy muy complicá. Fíjate no vayas a venir a las dos ni a las dos y pico. Lo más que te voy a esperar es hasta la una y media.

—Está bien. Pero acuérdate, no le digas nada. Ustedes seguro que se ven hoy, ¿no?

—Sí, a lo mejor.

—¿Pero no están juntos?

Y Katia se empieza reír.

—Ay, chico, discúlpame. Él me dijo que su hermano era un poco vejete, pero nunca me dijo que eras tan cómico.

—¿Por qué?

—Sí, sí. Nosotros estamos juntos. Dale que tengo otras cositas que hacer. Entonces, mañana te voy a esperar. ¡Ah! Y que no se achante en la casa, sácala a caminar un poco.

Román la miró sin comprender y Katia le hizo un gesto para que mirara a sus espaldas. Gretchen se hallaba parada en el descanso hobbit donde termina la escalera. Román se voltea hacia su mujer que lo mira con curiosidad. Sabrá Dios desde cuándo estará parada allí escuchando la conversación, pero aunque sepamos con toda certeza que Él sabe, no por ello nos lo va a decir.

Cuaderno de Apuntes

Son las Suites de Bach lo que más ama Tirso del repertorio para violonchelo. Fue su maestro Pau Casals quien le enseñó una nueva perspectiva de entender la música a partir de las partituras del compositor alemán. Ese modo con que ahora el violonchelo canta atenazado entre las piernas de Tirso. Un discurrir no sujeto a las limitaciones del lenguaje, mucho menos a las leyes de la notación musical. Cada frase gira alrededor de un centro de gravedad autónomo que a la vez es imposible fuera de la estructura general de la obra. Por eso cuando parece que algo ha terminado, que es inminente el silencio, brota, como de las profundidades mismas en el interior de la caja del instrumento, un nuevo verso. De esta manera cada final es muerte que se transfigura en vida, casi como el ciclo mismo de todo lo que existe. Y así, despacio y sin sobresaltos, va fluyendo toda aquella savia, salmo ancestral que transporta a algún lugar más allá de todo sufrimiento. Tirso sabe que quizás esta sea la última vez que toque su violonchelo, por eso siente que esta interpretación es como una especie de testamento. No significa en el sentido literal que más nunca vaya a tocar música, sino que después de esta tarde, de esta alcoba de amplios ventanales abiertos a todo lo que dan, de la sierra expectante más allá donde se pierde la mirada, de esta cama, de la respiración difícil, de Paolo acostado, de la cabeza casi inmóvil

vuelta hacia él, de aquellos ojos donde el gris de la vejez ha desterrado para siempre al inquieto azul que él conoció, luego de todo esto, qué más habrá para él. Qué grandes auditorios, qué público entendido, qué elogios de la crítica. Solo quedará la memoria y el destierro. La condena de ser un vagabundo, el chelista errante. Ahora, aquí, ha comprendido que en esta Isla, en esta finca llamada La Unión, estaba el único puerto posible para él. Ese lazo inquebrantable que daba sentido a todo: Su origen. La explicación de esta sucesión de acontecimientos y circunstancias que se llama Tirso, y que es hijo de Ignacio, hijo de Paolo. Hoy, cumpliendo aquella promesa que hiciera hace tantos años, saldando la deuda de regalarle, que poco le pedía aquel hombre, algún recital una vez hubiese aprendido a tocar correctamente, siente que ha malgastado toda su vida. Todas sus penas y sinsabores, el sordo rencor contra todos, el complejo auto infligido de no ser un digno heredero de aquel linaje, de haber peleado con Paolo por odiar aquello que él entendía era lástima, pena por el pequeño mulato bastardo, y consecuentemente con ello renunciar a toda herencia. Y solo ahora era irrefutable, ante los ojos vidriosos que lo observaban, de la sonrisa apenas insinuada, de la satisfacción que se podía leer en aquel rostro, que todo había sido en vano. Que lo único real era La Unión, el vínculo que más allá de la voluntad o no de serlo, lo hacía ser Tirso Blandino, qué podrían haber sabido los otros, nada. Por eso llegar aquí era terminar, entender por fin cuál era el sentido de su vida. El que había perdido, o mejor, el que solo en este momento encontraba. Por eso esta no podía ser la última vez que tocaba, por el contrario, justo como en la Suites de Bach, este final era el principio, la primera vez que en realidad tomaba un chelo entre sus robustas manos de negro, y lo sostenía fuerte entre sus largas y bien torneadas piernas mediterráneas, piernas del David, piernas de mestizo, de criollo, de hombre de esta Isla cuya sustancia, aquello que lo hacía ser lo que era y no otra cosa, era el ser un punto de confluencia,

el lugar donde se encontraban los destinos de muchos antes de él. Y por eso Tirso toca y siente un sentimiento cercano a la pena. No por el anciano sino por él. Su abuelo parece feliz. Acaso con la misma convicción de Sócrates que no temía a la muerte. Pero él teme. Es difícil desprenderse cuando llega la hora decisiva. ¿Justo ahora que por fin ha encontrado la reconciliación que se negaba. En La Habana, en Londres, en Madrid, siempre lo acosó aquel extraño sentimiento de ser un marginado. Y ahora por fin ha dejado de serlo solo para comprender que en realidad nunca lo fue, que no hubo más infierno que el que llevaba consigo. Se siente bien al fin ser libre.

Desde fuera, del otro lado de la puerta, dos mujeres, el cura y un par de empleados aguardan. Han escuchado esta música que calma primero con algo de ansiosa expectación, luego ese sentimiento fue variando hasta tornarse en sosiego. Paolo había susurrado a su nieto en el oído lo que deseaba, quedarse solos y que este le tocara algo, lo que quisiera. Fue entonces cuando por primera vez Tirso mandó como amo y señor, con un lacónico, por favor, déjennos solos. Unos diez minutos más tarde ya estaba frente a la puerta del dormitorio de su abuelo, con la dignidad de quien espera para entrar en el escenario. Había aparecido ante ellos sosteniendo el instrumento por el diapasón solo con su mano izquierda y en la otra el arco obra de la más fina luthería francesa. Todos lo miraban en silencio, entre ellos Gwendolyn y Carmen. La primera ahora con un par de lágrimas silentes que se deslizan por sus mejillas de tono rosa. Y es que nunca lo ha escuchado tocar de esta manera. La voz del violonchelo es pura renuncia, entrega, no hay ánimos de reconocimiento ni deseo de gloria. Solo aceptación, un contemplar calmo que no pretende nada, no es honra fúnebre, no es lamento que reprocha lo trágico de la existencia. Y sabe Gwendolyn, por ser mujer de vasta cultura musical, que es así como realmente se debe tocar a Bach, y acaso, el único modo posible de darse a la música. Por su parte Carmen ha escuchado con

recogimiento. No es esta mujer de amplios vuelos en materia de arte y ni siquiera podría saber dónde queda la Alemania de Bach. Pero lo que no se le escapa, por ser mujer de muchas pérdidas y no más cultura de la que da el ver nacer y morir cada día y lo que traen y se llevan cada uno, es que Tirso es el hombre que ella sabía iba a ser. El que ya estaba destinado a convertirse cuando lo separaron de ella. Sufre como Paolo, como un señor. Sin entregarse a las lágrimas y con entereza. Eso le dice esa música que escucha. La verdad es que nació para eso, ya desde los tiempos del Palacio se daba cuenta, acaso por ello nunca se hizo ilusiones, porque aunque él le dijera que no era un señorito ella estaba consciente, un gran muro se levantaba entre los dos. Tirso, aunque mulato, era de buena cuna, y por otra parte Don Pablo veía por los ojos de su nieto. Nunca hubiera permitido más que una aventurilla. Era algo perfectamente natural. Ella lo comprendía, como mismo ahora se siente feliz por Don Pablo. Debe ser bueno para él irse así.

Y la Suite número dos en re menor lo alcanza todo. Hasta la naturaleza parece rendirse ante aquella extraña combinación de coincidencias. La pluma de Bach al otro lado del mundo y la distancia de siglos y el universo sonoro que genera este hombre del trópico sumergido en esta sierra con olor a café. Los perros no ladran, los pájaros permanecen quietos, las copas de los árboles no susurran y el viento no clama. Entonces la Giga llega a su fin y se hace una pausa. Después se deja escuchar, del otro lado de la puerta, dentro de la habitación, un sonido breve, como del correr algún objeto de madera, y Gwendolyn adivina que es el ruido de la pica del violonchelo al desencajarla del accesorio que utiliza Tirso para apoyar el instrumento sin que este se le resbale de entre las piernas. El silencio se prolonga unos segundos que parecen eternos. Luego el picaporte gira y la puerta se abre. Tirso asoma con el rostro sereno. A sus espaldas se ve el lecho y en el costado que desde allí se puede observar, tumbado sobre el suelo, el violonchelo.

—Pueden pasar —dice mirando a Carmen.

13

De lo que no se puede hablar, mejor es callarse. Así concluye Wittgenstein su *Tractatus Logico Philosophicus*. Máxima que bien encaja con el más puro estilo de los guapos de Cayo Hueso. Se imagina uno, dicha alrededor de la mesa en la acera con el irremplazable dominó y los alcoholes, los cuatro *ekobios* sin camisas, sentados cada uno en un costado y cubriendo entre sus manos las fichas desgastadas a fuerza de tanto hacerlas estallar contra la mesa de madera.

—Caballero, ¿qué bolá con el chamaco ese? —dice uno.

—¿Cuál? —pregunta otro.

—El fiñe ese del doce plantas donde está el gimnasio.

—¡Ah! Tu dice Alain —interviene el tercero.

—Ese mismo. ¿Qué bolá? Ese chama anda mandao. En cualquier momento sale por techo.

—No, la verdad que ha lenvantao presión de un día pa'otro —dice el segundo.

—Tú sabes, se metió en lo que anda —sigue el tercero.

—Como lo traben... Por lo menos le echan piedra fina —dice el primero.

—De pinga meterse esa tonga de años guardao —agrega el segundo—. Si la calle está prendía, imagínate el *tanque*.

—El que no se arriesga ni gana ni pierde, mi consorte —dice el tercero—. ¿No e' verdad, Pacho?

—De lo que no se puede hablar, mejor es callarse —dice Pacho, el cuarto.

Y lo que en otras palabras quisieron decir estos muchachones, es que Alain es un candidato con grandes posibilidades de caer preso. Claro, si es que para poder obtener las dos cadenas de oro dieciocho y la moto MZ que él tiene solo hay una vía: algún negocio ilegal. Y a juzgar por la conversación que acabamos de imaginar, Alain ha *levantado presión* a una velocidad vertiginosa, o sea, que ha salido de la pobreza, señal que nos lleva indefectiblemente a apostar por la droga, en cualquiera de sus manifestaciones. Que el que lo dude solo tiene que llegar al parque de G para ver la amplia variedad de productos que se le oferta a la juventud, y todo en las narices de la policía, que ya se dijo con anterioridad que cuando le conviene finge miopía. Por eso ahora nuestros cuatro *ekobios* miran a Alain y piensan, como lo hace todo el barrio, que si este no baja un poco las revoluciones en cualquier momento la *fiána* lo mete cana para justificar el salario, y de paso hacer el paripé de que están trabajando en el tema de la droga. Que siempre tiene que haber un chivo expiatorio. Pero también hay quien un poco más suspicaz se pregunta: *¿Si este tipo está a la cara, por qué no lo guardan?* He ahí el *kit* de la cosa. Muy probablemente porque trabaja en combinación con las fuerzas del orden público, como dice Gabriel. Pero no en el sentido de colaborar infiltrándose para dismantelar toda una red de tráfico al más puro estilo de las películas de Jason Statham, sino en el de participar todos de un negocio lucrativo. Y de todo esto y de que Alain no va a caer preso ya se dio cuenta Estebita. Que bastante despierto es este chico. Es por eso que ya se deshizo de toda la *mercancía* que le había sido entregada y por sospechas que viene teniendo dejó a Alain, como se dice aquí, quemao, esperándolo en el parque Trillo, a la vista de todos, sentado con sus dos cadenas y la moto parqueada.

A un par de kilómetros de allí, en casa de Gabriel, se dejan escuchar dos golpes secos sobre la agrietada puerta de mil ochocientos noventa y ocho.

—Ya va, coño —dice Gabriel mientras se dirige a la entrada arrastrando los pasos.

—Cojone, Asere, que te metes un mes pa'abrir la salá puerta —dice Estebita cuando por fin aparece tras la puerta el rostro soñoliento de su amigo.

—¿Mataste por fin la jugada?

—Finish.

—¿Y llamaste pa' decirle a la Pura que estabas aquí?

—Gabriel, asere, que te pones peor que Román.

—No, el problema es que después tu hermano la coge conmigo, y con razón.

—Ya, tranquilo. Déjame bañarme y voy pal gao.

—Asere, no es por eso. Aquí te quedas hasta que te dé la gana. Pero avísale a la gente allá en tu casa.

—No, si igual no puedo quedarme aquí.

—¿Y eso por qué?

—Tengo que resolver un asuntico ahí.

—¿Qué pasó?

—Ná, compadre. Tranquilo, es una bobería.

—Mira, Esteban, no comas tanta pinga que tú no eres Al Capone ni la cabeza de un guanajo. ¿En qué cojone te metiste? ¿Estás jugando con esa gente y Alain es tremenda pieza?

—Asere, no seas tan llorón, que yo no te he pedido ayuda pa'que estés formando to'el drama ese. A mí no me hace falta que nadie saque la cara por mí, ¿me oíste?

—No, si casualmente ese es el problema. Que tú solo eres carne fresca pa'ese tipo.

—Mira, compadre, mejor me voy pa'la pinga que tú ya estás hablando mierda.

Y Estebita da un portazo tremendo que hace pestañar hasta el tubo de luz fría en la sala. A Gabriel este asunto del hermano de Román ya se la ha ido de las manos. Lo mejor sería que hable con su amigo a ver si se le quita la sonsera esa que tiene. Que va, él no se va a meter en la historia esa de irse con Estebita.

Si al muchacho no hay quién lo controle, que ya sin haber cumplido los veinte años más parece el bisnieto de Yarini que el hijo de Orlando. Pero por otra parte, ese chama también es como si fuera su bróder. Mejor se tira arriba el trapo más limpio que tenga y le cae atrás. Lo más probable es que se haya ido para casa de Katia y él sabe dónde queda.

A prisa va hacia el cuarto. Coge de una percha un pullover negro y sobre la cama un short que cambia por el que traía puesto. Se pone los veintiúnicos tenis que tiene y sale. De camino pasa por el comedor y toma de encima del centro de mesa su billetera y las llaves. Junto a estas llama su atención un pequeño estilete, regalo de su abuelo. Sin pensar lo coge y se lo echa en el bolsillo trasero del short.

—Por si las moscas —dice, como para justificarse a sí mismo la acción que acaba de ejecutar.

Presto sigue su camino y ya en la puerta de salida siente una presencia extraña. Algo tirante a sus espaldas. La fuerza de una mirada tras de sí. Se da la vuelta y la ve, seria y con un semblante inexpresivo que resulta difícil reconocerla. Más se parece a aquel rostro que conserva ya borroso en la memoria, el de su abuela.

—Ten cuidao, mijo. Si va haberlo, mejor que el muerto lo ponga otro —dice Dalia.

14

Lo primero que escucha al entrar en su casa es el silbido de la olla de presión ablandando los frijoles. Olga no está. Tampoco esperaba encontrar a su hermano, lo más probable es que ande para el Archivo. Va a la cocina y se sirve un trago de café amargo. Todavía Katia no debe estar en su casa. Lo mejor es que haga una media corta.

—Román, ¿eres tú?

¡Ah! Caramba, pero si la cuñi está aquí.

—No, soy yo —dice Estebita y afloja el rostro que traía contrariado.

Va hasta su antiguo cuarto, cedido ahora en honor a la pareja.

—Dime, barrigona, ¿cómo salió la cosa?

—Los análisis bien. Ay, chico, pero no me digas eso que todavía no se me ve la panza.

—Mejor te acostumbras porque el chucho nadie te lo va a quitar de arriba.

Gretchen está recostada sobre la cama.

—¿Y mi hermano?

—Para el Archivo, como siempre.

—Al paso que va ahorita le discute el Lada a Gonzalo.

Los dos ríen.

—Él te dijo a qué hora llega hoy.

—Temprano, porque tiene un compromiso.

—¿Sí? ¿Y qué compromiso es ese?

—No te hagas el bobo. Que bastante callado te lo tenías.

—¿Y eso qué significa, cuñi?

—¿Qué va a ser? Que ya lo de tu novia lo sabe todo el mundo.

—¿Qué novia es esa, Gretchen? ¿De qué tú hablas?

—La verdad que los hombres son todos unos zorritos. De la enfermera, niño.

—¡Ahhhhh! De eso, sí. Ya, ya. Ya entiendo. ¿Y por casualidad tú tienes idea de cómo se enteró Román?

—Me imagino que los habrá visto. Pero eso qué importa. Oye, la verdad es que es bien bonita, a lo mejor un poquito mayor para ti, pero bueno. Si están a gusto...

—Sí, cómo no. Somos la mata de la felicidad. Un día de estos la traigo por aquí para que coma con la vieja y todo. Ven acá, ¿y tú sabrás a qué hora y dónde se van a ver?

—Ah, ya me estás pidiendo mucho.

—Bueno, tampoco es la gran cosa. ¿Por fin recogiste el recado que te dejé en casa de la tía? Acuérdate decirle a Román que eso es un salve que te está tirando tu primo el botero.

—Ay, Estebita, viejo, a mí no me gusta decirle mentiras a tu hermano.

—Mentirillas piadosas, cuñi. Así suena mejor. La verdad que eres todo un amor. Dile a mi mamá que vengo por la noche, y al sin vergüenza de mi hermano que meta las narices en sus asuntos sino quiere que le haga un redecorado facial.

—¿Pero ya te vas?

—Business, cuñi. Business.

Lo que él no quería. Eso le había pasado por hacerle caso a la mongólica de Katia y salir juntos. Seguro Román lo había visto aquel día en la Plaza de Carlos III. Y eso que Gabriel le había pasado un sms diciéndole que él y su hermano estaban allí, que se perdiera porque Román lo iba a ver metiéndose toda la pila de lager esos y se iba a formar la gorda. Pero

al final fue por gusto, lo habían cogido en el brinco. Aunque después de todo tampoco era el Armagedón, lo único malo del asunto es que Katia, que era medio comemierda, fuera a hablar más de la cuenta. Y en su cabeza ya resuena una queja: *coño, qué difícil es encontrar un jeva que esté buena y tenga dos dedos de frente*. Aunque la culpa la tiene él por carecer de acierto a la hora de escoger, pero tampoco debemos ser tan severos, que a esa edad lo que prima es el ardor de la carne, que para las quiescencias del espíritu ya habrá tiempo. Ahora lo mejor es ver a Katia antes de que hable con su hermano. Por eso sale presuroso del apartamento. En la calle hay un sol que raja las piedras. La verdad es que en verano lo único que se puede hacer para sobrevivir a este calor infernal es permanecer bajo, techo al menos hasta que el Astro Rey se ponga. Pero eso sería si Estebita contara con el tiempo que le falta si quiere leerle la cartilla a la susodicha antes de que hable con su hermano. Con ese propósito se apura todo lo que puede. A paso doble transita un par de cuadras hasta que un pensamiento asoma en su conciencia. Para llegar a casa de Katia primero tiene que pasar por el doce plantas donde vive Alain. Es por ello que ahora lo mejor será caminar un poco más y dar todo el rodeo. Aunque en definitiva esa es una cuenta que le falta por saldar. Porque de que el tipo está enroñado con él, de eso no hay dudas. Y por otra parte tenía sus motivos. Además del desfalco, del que posiblemente ya se había dado cuenta, estaba Katia. Alain quiere desde hace rato volver a comerse ese pastel y ella no le da bola, vaya que no es por nada, pero está, como se dice, muerta con él, frita en la carretera. Y es que Estebita sabe que cuando empezó a comerse a Katia ella todavía tenía lo suyo con Alain, pero él prefirió hacerse el guillao y simular que no sabía que la muchacha estaba nadando en dos aguas. Entonces cuando la chica terminó con el otro y aquel los vio juntos enseguida se lo notó, coño, si hasta se puso rojo del empingue. Pero eso a él no le importa. Allá Alain con su maletín

cargado de envidia y fracaso. Él, Estebita, se va a seguir templando a Katia hasta que ya no se le pare. Pero por eso, se imagina, es la intriga. Lo mejor es hacer lo que le dijo su padrino, que trate de salirse rápido de todo aquello. Para él es claro que Alain le está preparando alguna encerrona, acaso echárselo a la policía pa'que cumpla como chivo expiatorio y así aquel mata dos pájaros de un tiro. Y para colmo los caracoles le aconsejaron que anduviera fino no fuera a ser que al final terminara tras las rejas. Pero si la cosa es como él piensa y al final Alain cuenta con la protección de la *fiانا* entonces está bien jodido. Sí, la verdad es que es mejor recogerse. Ya cumplió su parte al entregar la porción que le habían asignado esta vez. Ahora solo queda ir, decirle al pasmao de Alain que se sale, que resolvió otra mecánica. Que se va fuera de toda esa historia porque es verdad que eso da *money* pero el lío se forma si te traban. Así que nada. Fue bueno pinchar juntos. Cualquier cosa que te haga falta, mi bróder, ya tú sabe y... *¿Qué pinga hace este chamaco aquí?*

De pie, recostado a la reja de la carnicería, reconoce a una de las ratas que estaban en el lugar de recogida de la última vez. Ya le parecía a él que eso había sido extraño. Que coincidieran cuatro *ratas*, contándose a sí mismo, eso era algo que no se daba. Estaba claro que aquel día los otros tres en el apartamento de Alain estaban allí para saber de quién se trataba. Y que ese fiñe estuviera ahora allí, a menos de media cuadra del edificio donde vivía Katia, como si se encontrara montando guardia, no podía ser casualidad. Estaba cantado que se la iban a intentar aplicar, o al menos eso, a intentar. Estebita aflojó la marcha pero sin mostrar síntomas de alarma. Caminando pasó por el lado de la carnicería. Anduvo unos metros y miró con el rabillo del ojo hacia su derecha, en la amplísima ventana de cristal de una quincalla, y se percató de que el otro lo seguía a unos tres, cuatro pasos. De un bolsillo del pantalón extrajo un teléfono celular y tocó una tecla que activó la pantalla. Luego hizo además

de marcar a algún contacto y se llevó el aparato a la mejilla derecha.

—Negra, soy yo. Voy llegando. ¡Ah! ¿Pero cómo que no has llegado todavía? Cojone, vieja, la verdad que lo tuyo no es fácil. Bueno ya, no me expliques tanto. Me imagino que por lo menos dejaste la llave con la vieja de al lado. ¿Tampoco? ¿Y abajo está cerrado? Bueno hija, voy a esperarte en la entrada del edificio. Diez minutos nada más. Dale que si no me piro.

Estebita apartó el celular de la cara y lo guardó donde mismo estaba antes. Avanzó unos pasos más y llegó al edificio de Katia. La reja parecía cerrada. Se recostó a la pared y levantó su pierna derecha apoyando el pie sobre la pared. Con indiferencia miró primero hacia un lado y después volteó el rostro hacia la otra dirección. La *rata* se había detenido y fingía hacer la cola para comprar pizza en una cafetería, estaba hablando por un teléfono móvil. Estebita pensó que había funcionado. Aquel imbécil se había tragado lo de la conversación con Katia. Pero él estaba seguro de que dentro del edificio debía haber alguien más. Seguro los otros dos que estaban aquel día. La única duda que tenía era de si ese tipo estaba hablando con Alain para abortar, porque si Katia llegaba era muy probable que también participase de la fiestecita que adivinaba ya le tenían preparada. No. Él no iba a esperar. De lo malo se sale rápido. Además, si allá dentro solo había dos, eso era pan comido. Repentinamente se incorporó y abrió la puerta que sabía a esa hora siempre estaba cerrada, pero sin seguro y una vez dentro pasó el pestillo. Comenzó a subir las escaleras como quien ignora que allí, en el primer descanso, lo están esperando para darle la tunda de su vida. Solo que Estebita conoce ese edificio por haber transitado tantas veces y en horarios tan disímiles y sabe el lugar preciso donde menos luz hay a esa hora, y por tanto el mejor sitio para apostarse y sorprender a alguien. Es por ello que cuando llega al sitio se abalanza con una patada furibunda a lo Jean Claude van Damme y siente

primero la firmeza del torso haciendo resistencia y luego como si se desinflara. Entonces se escucha el grito de guerra del otro...

—¡Pinga, singao, te voy a romper!

Y a partir de allí tiene lugar un trepidante *sparring*. Ganchos, *swines* rectos, golpes con la palma abierta de la mano y alguna que otra *mae geri* se suceden en ambos sentidos. Estebita se ha revelado como un tipo difícil de derrotar, por eso uno de los dos contrincantes se lanza sobre él y logra rodearlo con los brazos a la altura de la cintura, justo como un luchador de greco. En eso el otro le asesta un derechazo en el mentón que casi lo noquea. A ese le siguen al menos tres más y ya la cosa pinta mal para Estebita cuando lleva su mano derecha hacia atrás y saca la pistola Makarov que llevaba escondida entre el pantalón y su espalda, cubierta por el pullover. Y aún atolondrado tiene la lucidez para pensar que si la utiliza de la manera convencional el ruido va a llamar la atención de los vecinos. Entonces agarra el arma por el cañón y con toda la fuerza de que puede disponer golpea con el mango sobre la nuca del pancraciasta que cae rotundo en el suelo. Luego toma el arma y apuntando con el cañón hacia el otro, dice:

—Te quedaste, maricón.

Y después, una sacudida tremenda, fulminante, y más allá, la nada.

Cuaderno de Apuntes

El lunar plateado. Allí es donde Tirso fija su mirada desde que descubrió el primer indicio hace ya algún tiempo. Una hebra finísima que brotaba irrefutable, metáfora acaso de la más alta de todas las verdades: el tiempo. Poco a poco, con el decursar de los meses, a la primera cana la fueron siguiendo otras que se anotaban para aquella aventura narrativa. Cada una hacía más visible el recordatorio de todo lo vivido: su historia. Es el momento cuando un hombre comienza a percibir ese escalofrío, la cercanía de lo inevitable, cuando por vez primera tiene clara conciencia de su finitud. Ha pasado poco más de quince años desde la muerte de su abuelo y de que él decidiera radicarse definitivamente en Cuba, y poco menos de diez desde que Gwendolyn regresó a Manchester junto con el hijo de ellos. En un primer momento habían fijado su residencia en La Unión, pero cuando ella quedó gravida decidieron que lo mejor era establecerse en la capital. Fue entonces que Tirso regresó al Palacio. Definitivamente aquel no era el mismo lugar que él recordaba. Eran las mismas paredes, los mismos cuadros, el mismo piano, cierto era también que las vistas habían cambiado un poco, como era de esperar en una ciudad que crecía a un ritmo vertiginoso. Pero por otra parte, La Habana siempre había sido igual. Lo más triste, sin embargo, era el muelle, su

fiel refugio. Verdad era que el mar seguía viniendo a rendirse frente a las rocas de la orilla, en un gesto de infinita humildad. Pero todo lucía diferente. Tuvo la rara sensación de que, aquel lugar que había constituido para él un oasis tiempo atrás, ahora lo miraba como a un extraño, con descarada reticencia. Es más, cayó en la cuenta de que había sido así con todo desde su llegada, y empezó a tener conciencia del destino cruel que, como un conjuro maligno había sido lanzado contra todo lo que es endémico de esta Isla. La tristeza, la nostalgia de vivir en ella aún sin haber partido. Porque cierto era que él había pasado más de una década fuera, pero siempre, como sucede con los amores de la adolescencia, había conservado en su interior el deseo no confesado, el anhelo de su hogar. ¿Y qué había sucedido ahora? Nada, que su Penélope no lo reconocía. Y para él también había algo en ella de mujer ajena. Entonces recordó a Paolo cuando le decía que para ellos no existía otro destino que esa sensación singular de pertenecer y sentirse extraño a la vez. Que eso le sucedía a la gente de puerto, de mar, y que era el resultado de las continuas idas y venidas. Que eso era una huella, una quemadura que ardía para toda la vida y más. Que aún después se transmitía de generación en generación. Y Tirso cree que en ello radica el origen de la maldición. Es esta una Isla que se ha construido a partir de ausencias, destierros, de un constante dejar atrás para marcharse en ambos sentidos. No existe más drama para un cubano que el proceso de entender su identidad, de asumirla y saber que es ciudadano de todos y ningún lugar. Por ello sintió añoranza de cosas que desconocía, que simplemente no podía haber vivido y era como la ensoñación que sucede entre el sueño y la vigilia. Algo que se siente real pero que al mismo tiempo no lo es. Y así desde joven miraba al mar, extasiado. Él no comprendía las voces que desde distantes rincones este le traía. Pero aun así las escuchaba. Y su vista se perdía allá en el horizonte donde la línea del mar se hacía una

con el cielo y su piel se erizaba ante el roce del viento, y entonces sin saberlo su tez era de ébano y cazaba en el África, y también era uno más en la nao que desembarcaba en milenarios puertos donde esperaba un mundo diferente de este, infinito en posibilidades y rodeado de la belleza que emana del arte. Pero él, Tirso, no conocía esos lugares, su existencia quedaba más allá, fuera, en el mundo de la mítica caverna y las imágenes proyectadas en la pared frente a él. Y después no pudo soportarlo más. Frente al rostro comprensivo del abuelo fue formulada la petición. Los ojos de aquel reflejaban una agudeza que algo tenía de solidaria y Tirso pensaba que acaso fuera cinismo. ¿Cómo podía Paolo entenderlo? Pero pidió y le fue concedido. Marchó entonces a Europa. Allí se esmeró en el estudio y cautivó y pensó que comenzaba a ganar las cosas por el propio mérito y experimentó un júbilo orgulloso. Pero la huella, el estigma, seguía allí. En las noches sobre todo, en el invierno, ante la ausencia de aquel azul cálido. Y a la soberbia poco a poco la fue suplantando la infelicidad. Hasta que llegó, diez años más tarde, aquel telegrama con la perentoria, la excusa que él había deseado sin necesitarla y con la inevitable noticia de la gravedad de Paolo. Fue entonces cuando desembarcó que la ciudad le volvió la espalda, o peor, lo miró extrañada como quien repara en un viajero inesperado. A él, que era tan hijo de ella como cualquiera de los otros que no habían partido. A él, que nunca había dejado de pensar en ella. No, no podía ser tan cruel. Y entonces, poco a poco, lo fue comprendiendo. Su Habana había desaparecido hacía tiempo. Aquí solo quedaban los fantasmas. Era la Isla de los muertos. Y con la pérdida de Paolo también comenzó a morir él. Todo su mundo había desaparecido. Después lo que vino fue movimiento producido por la inercia, como la rueda en la máquina de coser que prolonga su girar incluso luego de que la fuerza que la empuja ha desaparecido. Posteriormente solo su hijo trajo una esperanza hasta que lentamente se fue

percatando de que era una ilusión, su destino estaba marcado desde hacía mucho y la maldición había sido lanzada desde aquel día ya lejano de Ignacio y Rosa. Entonces vendió el Palacio y se mudó para una casona en la calle de San Lázaro. Unos años después se quedó solo tras la partida de Gwendolyn junto con el hijo de ellos. Y desde hace un año lo acompañan, primero fue solo una, estas canas que ahora alisa frente al espejo con los dedos de la mano derecha.

Atrás quedó el tiempo de los conciertos en las salas habaneras y mucho más lejanas las giras. El violonchelo lo toca solo ocasionalmente. Por lo general en las mañanas y también en los días donde la nostalgia lo invade todo que parece imposible alejarla. Pero para un hombre como él es imposible volver a los estudiantes, los programas, las interminables horas de práctica, el repertorio clásico, todo eso, ¿para qué? Incluso durante los últimos tiempos ha visto reducidas de manera considerable sus salidas. Solo permanecen invariables las visitas al café La Estancia, ubicado en el Paseo del Prado. Es para allí donde se dirige ahora. Ese lugar se ha tornado en un sucedáneo de lo que antaño era el muelle del Palacio. Ya no busca refugio en las voces que trae el mar, ahora el analgésico que calma el ardor que provoca la quemadura de la que le hablara Paolo es la compañía de un grupo de hombres, todos ellos de diversas procedencias pero con un interés común. En su mayoría se reúnen todas las tardes cuando termina la jornada laboral y hablan, poniendo a un lado los intereses privados o asociativos, de derrocar el gobierno del general Machado.

Tirso participa solo como un espectador silente. Entre bebidas escucha los discursos que se suceden, todos ellos diversos. Algunos, obra de fina oratoria al más puro estilo ciceroniano, otros, en cambio, son lanzados al viento como consignas encendidas que invitan, al igual que el himno de Bayamo, a las armas valientes corred. Y Tirso piensa que pocas veces ha visto tanta vitalidad como la que durante cada

reunión circula en aquel lugar. Acaso sea por ello que no ha dejado de asistir desde que Massimo, un amigo de la comunidad italiana, lo presentó. Pero cuando esto tuvo lugar hacía mucho rato que todos estaban acostumbrados a ver a aquel mestizo de buenas maneras en el Café, puesto que Tirso lo frecuentaba desde tiempo atrás, siendo así que nadie se extrañó por el nuevo contertulio. Es de este modo que por primera vez Tirso participa en una organización humana, de una colectividad. Y el calor del rebaño lo hace sentir seguro, aunque si hay algo de lo que este tiempo carece, es de seguridad. Todos los días está en peligro la vida. En la Isla el clima es de total inestabilidad. Pero lo que lo ata a esa avalancha viviente es un extraño sentimiento. Todos aquellos hombres comparten con él un destino común. Son el resultado único e irrepetible de una serie de azares, son, en fin de cuentas, resonancias de acontecimientos que sucedieron en lejanos lugares y en diferentes tiempos. Todos marcados por la maldición de vivir en esta Isla, y aun peor, de amarla. De compartir este destierro prófugo de todo cuanto signifique quietud. Cada uno extranjero frente al otro, con la única semejanza de haber nacido sobre el mismo suelo, nada más.

Y Tirso mira su lunar plateado sin poder distinguir a la hebra primigenia, a aquella que lleva más tiempo junto a él. En su mente la interroga escéptico, retándola a que ella, cual pitonisa, le revele algo de su futuro. Pero él sabe que es en vano, solo un juego. Nada puede decirle de lo que está por venir, en eso se halla tan huérfana como él. Ella no es más que un recordatorio, la certeza de que el tiempo que le ha sido dado ya casi expira, que Tirso y todo su mundo no son otra cosa que la reliquia de un pasado que ya se muestra envejecido y que adopta como emblema, espléndida metáfora, el gris que también ostenta el polvo que cubre todo lo que es olvido y también al que inevitablemente tornará. Pero dolerse por ello es lo mismo que querer aprehender el instante que acaba

de escaparse. Toda la vida no es más que dejar atrás. Por ello cierra la puerta tras de sí, y caminando lentamente la casa de San Lázaro comienza a verse cada vez más distante a sus espaldas.

15

La última vez que Gabriel vio un trastazo similar la víctima había sido él. Fue en una marcha en la Calle 23 a favor de la exigencia de llevar a cabo una reforma constitucional.

—Asere, qué clase de palo te echaron ahí —decía Román mientras miraba a su amigo ponerse una bolsa de hielo cerca de la sien—. Tú verá que un día te van a matar jugando a hacerte el héroe.

Gabriel permanecía con los ojos cerrados, pero al escuchar la última frase los abrió repentinamente. Un rencor fiero se vislumbraba en su mirada.

—Consorte, si tú supieras cómo me empinga que me tiren a mierda —dijo en un tono que pretendía ser calmo.

—No es eso, Gabriel. El problema es que desde que estás en esa historia has cogido más golpes que un *punching bag*, ¿y para qué? ¿Qué has resuelto con eso? ¿Ya te pagan un salario justo? ¿Te permiten asociarte libremente? ¿Han convocado elecciones democráticas para ver por fin quién cojones sale de manda más?

—Asere, pero qué inocente tú eres. ¿Y así piensas escribir?

—Bróder, no mezcles las cosas que el arte no tiene nada que ver con la política.

—¡Ah, no! Ven acá, mi chulo. ¿Y el artista? Porque

hasta donde yo sé el artista que tú quieres ser se tiene que comer todos los meses el picadillo de soya que le da Papá el Patilla. Y también el pan asqueroso de la panadería. Por no hablar del arroz lleno de gorgojos o de que el primero de mayo te tengas que meter la lengua en un lugar oscuro. Y ya sé que hace más de veinte años que no vas a un desfile, no tienes que recordármelo, pero igual, si esa es tu manera de protestar, buena mierda eres.

—Mijo, ¿y qué voy a hacer, inmolarme, para qué después la misma gente a la que le estoy defendiendo sus derechos me caiga a palo en Neptuno frente al gao de la jeva esa de las Damas de blanco?

—¿Qué vas a hacer? ¡Ser un hombre, come pinga!

—En todo caso un hombre apaleao.

—Mejor eso que andar por ahí haciéndome el Proust. Sí, Papo. Yo sé quién era el francés maricón ese. Lo que pasa es que no hago nada teniendo toda la cultura del mundo sino me sirve tan siquiera pa´ defenderme.

—Pa´ eso lo que necesitas ahora mismo no es saber de literatura sino ser cinta negra en Jiu Jitsu, que mira el perro chichón que tienes en la frente.

—Ahí está. Ese es tú problema. Cuando te ves impotente vas pa´ arriba del sarcasmo.

—Mejor eso que ir pa´ arriba de los puños de un constructor del Blas Roca.

Gabriel mira con sorna a Román.

—¿Así que del Blas Roca? —dice—. En todo caso será un oficial de la seguridad, que son esos los que salen disfrazados de civil a repartirle golpes a la gente. Que estos hijoeputas no tienen perdón de Dios.

—Compadre, ponte a pensar si vale la pena que a cada rato te muelan así como estás por defender los derechos de gente que tú ni conoces. Al final, esto es sálvese el que pueda.

—El problema es que yo no defiendo los derechos de nadie, defiendo los míos y con eso me basta. Si cada

cual se limitara solo a eso hace rato que esta gentuza se hubiera tenido que ir pa'casa del carajo. Si en definitivas ellos no son muy diferentes de Machado, Batista y todos los otros que se creían dueños de la Isla. Además, por si no te has dado cuenta, es así mismítico como ellos quieren, o mejor dicho, como te enseñaron y les conviene que actúes. Claro, no me mires con esa cara de sorpresa que yo también tengo neuronas pa'pensar. La idea está en llevarte hasta el punto de que peligre tú supervivencia. Que solo te preocupes por eso, por sobrevivir, así no te vas a dar cuenta que hay muchas más cosas que necesitas y te las han arrebatado. Que te preocupes por la comida, por pagar las cuentas, por mal vestirte, y si se puede, que un día te levantes to'fundío que ni te acuerdes de cómo te llamas. Pero aún en caso de que esto último no suceda, siempre queda la preocupación por no irte del aire y el miedo a protestar porque si lo haces siempre va a haber quién te de una paliza olímpica. Y ya de corrido, olvídate del Jiu Jitsu, porque si jodes a uno del supuesto Bas Roca tienen una justificación pa'desaparecerte, o pa'que te pudras en el tanque.

—Allá tú con tu chichón entonces. De nada vale decirte las cosas. De todas formas esto va a cambiar. A veces es mejor dejar que las cosas caigan por su propio peso, aunque eso demore.

—¿Y de verdad tú crees que eso va a pasar así porque sí, del aire, con la gente quedándose de manos cruzadas?

—Yo lo que digo es que si sigues por ese camino no vas a ver cuándo habrán la Mc Donald allí en Galiano.

—Búrlate, mongólico. Que eso es lo único que les interesa a los americanos, invertir y sacar un poco de money, de tus problemas, bien gracias.

Y esto lo dijo ya mirándose en el espejo mientras se pasaba la mano derecha palpando la protuberancia del chichón, acaso un poco más grande que el que ahora se le ve a Estebita, apenas por encima de la nuca y al oeste, cerca de la oreja izquierda.

—Me apagaron la luz —dice Estebita—. Ni siquiera me di cuenta de que el otro había entrado.

—Deberías hacerte una placa, no vaya a ser que te hayan jodido algo por allá adentro —dice Katia.

—Eso será después. Ahora tengo que ir pa'arriba de esa gente a resolver esto.

—¿Pa'arriba de esa gente? ¿Pero niño tú estás loco?

—Loco estoy si no hago nada.

El apartamento de Katia es pequeño, apenas de tres habitaciones. Un cuarto con su baño, la cocina y una salita—comedor. Es en esta última donde Estebita se encuentra descansado sin camisa sobre un sofá de dos plazas. Frente a él Katia, sentada en una silla, sostiene una palangana a medio llenar con un agua que hace recordar a las enrojeadas del Nilo durante las doce plagas que según el relato bíblico azotaron Egipto, solo que esta no es producto de la cólera de Dios contra la obstinación de Faraón, sino del trastazo que por la espalda le dio a Estebita la *rata* que había dejado fuera del edificio mientras se batía con las otras dos en la escalera, y en el interior de la palangana, un trapo destilando el tinte carmesí de la sangre. Gabriel se mantiene de pie mirando el chichón de Estebita.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta.

—Ir a buscar a Alain. Todo esto lo ha formado él —dice Estebita incorporándose—. Y pa'colmo seguro se llevaron el timbre. ¿Tú no lo viste?

—No. Cuando llegué la puerta de abajo estaba abierta. Entré y sentí voces. Pero enseguida se callaron, me imagino que cuando sintieron que estaba subiendo. Y después cuando llegué al descanso te vi así como te recogí del suelo. Tirado boca arriba sin camisa y sin zapatos y con el pantalón ya abierto.

—Sí claro, para que pareciera un facho.

—Me imagino que esa era la idea.

—Seguro se fueron por la escalerita de servicio. Por eso no los viste.

—Lo más probable. Pero ven acá, mijo, explícame qué tú haces con una pistola arriba.

—Defenderme. ¿Pa' qué sino?

—Mira, Esteban, a estas alturas lo mejor que haces es hablar con tu hermano y perderte un tiempo.

—¿Y qué va a hacer mi hermano? Yo no lo voy a meter en esta balacera, y menos con lo del lío del chama.

—¿Entonces te vas a colar en casa de Alain a pasarle factura, una onda como si fueras el exterminador, con hasta la vista, baby y todo?

—Esa es la idea.

—Pues eres más estúpido de lo que parece.

—¿Tú crees?

—Bueno, estás vivo de milagro.

—Hazme un favor —dice Estebita a Katia—. Búscame cualquier pullover de los que tengo aquí. Pero antes dime qué hablaste con Román.

—Nada. Quedamos en vernos mañana por la tarde.

—Bien. Mañana tampoco le vas a decir mucho. En todo caso le metes un cuento chino, que somos noviecitos pero que a mí me daba pena llevarte a la casa... o qué sé yo, cualquier pendejá de esa. O mejor, ni te aparezcas por allí.

Katia mira a Gabriel como para ver si este aprueba las palabras de Estebita.

—¿Me entendiste?

—Sí, mijo, sí, está bien.

—Ahora hazme el favor de buscarme el pullover y déjame hablar a solas con Gabriel.

Katia marcha al dormitorio y unos segundos más tarde regresa con un pullover a rayas que entrega a Estebita. Después se despide de Gabriel con la excusa de que va a buscar unas cuantas torundas y otras tantas gasas para curar a Esteban. Pretexto más que banal para dejar a los dos hombres que hablen con privacidad. Como si tuviera la necesidad de justificar el hecho de marcharse expulsada de su propia casa. Luego Gabriel escucha toda la historia por boca de

Estebita. Los seis mil CUC que le ha ido desfalcando a Alain, ya que él había decidido que el puntico ese le iba a costear su pira del país. Para más adelante enterarse de las conexiones entre Alain y el capitán Aguiar, el jefe de la Policía en Centro Habana, y de que el negocio entre estos dos Estebita lo sabía por deducción, era claro, consistía en que el policía era el dueño de la jugada mientras que Alain era el que se encargaba de administrar y distribuir la mercancía, siempre al amparo de la *fiiana*, Entonces el problema era que él, Estebita, le había estado robando al jefe de la policía, y si se sumaba a esto la inquina de Alain era claro que estaba bien jodío.

—¿Ves?, por eso necesito pirarme contigo.

—El problema es que ya yo no me quiero ir.

—¡¿Cómo?!

—No, asere. Le dije al Gallego ese que no voy a vender ni cojones.

—Pero nosotros habíamos quedado en...

—Nada. Yo te dije que cualquier cosa te avisaba.

—¡Ave María, Purísima! ¡Ahora si está bueno esto! Y yo que lo tenía to'pensao.

—Sí. ¿Y qué tenías pensao?

—Consorte, que a ese *punto* yo me lo iba a despachar, y después le dejaba una platica a la Pura y me largaba pal carajo.

—Asere, pero tú estás viendo demasiadas películas.

—Gabriel, ese tipo me va a buscar dónde quiera que me meta. No tengo otra salida.

—¿Y tú hermano?

—¿Qué pasó con él?

—¿No crees que después van a buscar revancha con Román?

—Mi bróder está limpio.

—Eso yo lo sé. Pero tampoco creo que sea un problema pa' esa gente. Le inventan una causa a las menos cuarto y te lo guardan.

—No, chico. Si Román no tiene ni donde caerse

muerto. Ellos enseguida van a saber que él no tiene nada que ver ni como pagarles la plata tampoco.

—¿Entonces cómo queda la cosa?

—¿Puedo contar contigo?

—No te queda otra.

—Bien. ¿Tienes dinero en el móvil?

—Un peso y pico.

—Dámelo acá pa' llamar a un *ekó*.

Estebita llamó entonces a Vladimir y le pidió que lo pasara a recoger. En ese lugar no estaba seguro y era cuestión de tiempo antes de que lo fueran a buscar. Ya se pondrían de acuerdo en lo demás cuando se vieran.

—Igual creo que te puedo ayudar con lo de la pira.

—¿Cómo?

—Hace un tiempo casi me di un lanchazo con unos socios pero al final me arrepentí.

—Ya me doy cuenta de que ese es tu *modus operandi*.

—Igual me quedé con el contacto. Así que creo que si tienes el dinero no va a haber problema para sacarte.

—Bárbaro. Cuento contigo pa' eso. Pasa en la noche por aquí para que recojas el money. Cualquier cosa te dejo recado con Katia.

Estebita se puso en pie mientras se ponía el pullover. Luego abrió la puerta a Gabriel y reconoció los pasos de Katia subiendo las escaleras.

—No sé si ha sido una desgracia o una salvación esta jeva —dijo a Gabriel.

—Toma.

Estebita seguía como ensimismado.

—De no ser por ella nada de esto hubiera pasado así. Aunque la verdad es que este país de pinga no hay quien lo soporte.

—Toma —insistió Gabriel y entonces Estebita reparó en la mano extendida hacia él. Pequeño y luciendo un brillo pulcro yacía el estilete en la palma abierta de Gabriel. Estebita lo tomó. Leyó la frase

grabada sobre la hoja... *siamo tutti insieme*.

—¿Y esto?

—Era de mi abuelo. Es algo que hemos ido heredando todos los hombres de mi familia.

—¿Un puñal? Asere, la verdad que ustedes los italianitos tienen una guapería de tres pares.

—Por si las moscas. Ojala no tengas que usarlo.

16

Si va haberlo, mejor que el muerto lo ponga otro.
En estas palabras iba pensando Gabriel un rato antes cuando saliera de su casa. Lo cierto es que el consejo, dicho al parecer con la intención de indicar que lo más importante era la supervivencia, tenía para él una lectura que trascendía al hecho mismo de sobrevivir. Gabriel era el último de un linaje de nobles procedente de la península Itálica, llegados a Cuba a finales del siglo dieciocho. Eso, junto con el *stiletto*, su segundo apellido, Ranieri, y unos pocos recuerdos de sus abuelos, es lo único que sabe y conserva de su familia. Fue al principio de instalarse en su casa que Dalia comenzó a insistirle en que buscara una buena mujer para que no estuviera solo y además le diera descendencia. Pero cuando en una ocasión Gabriel, un poco obstinado ya de la misma cantaleta le preguntó que porqué la tenía cogida con eso la mujer le respondió:

—No soy yo. Es el hombre canoso ese que siempre anda atrás de ti.

Y como él le preguntara cuál hombre era ese, que se dejara de tanta bobería con el espiritismo, que esas cosas eran de gente atrasada. Ella le contestó:

—Uno antiguo de otra época. Con el pelo así alborotao. Y dice que recuerdes el estileto... o algo de eso. Y después siempre me habla en otro idioma...

siamo tuti encima, enciema, o insieme... ay, no sé. Una cosa rara de esas.

A partir de ese día poco a poco Gabriel comenzó a prestarle atención a las palabras de Dalia hasta convertirse en un creyente *sui generis*. Su fe consistía solo en ella y en las cosas que le decían los muertos a través del verbo impreciso de la mujer. Suficiente prueba para él había sido que le hablara del *stiletto* que conocía había pasado de mano en mano por varios miembros de su familia materna hasta llegar a él. Como tampoco podía pasar por alto el acierto de Dalia con respecto a la frase tallada en la hoja de la daga y que estaba escrita en italiano. Entonces, aquella le explicó que el señor que se le presentaba decía llamarse Valerio y que era su chozno y reclama de él que tuviera descendencia para que el linaje familiar no se extinguiera. Pero para Gabriel ese era un tema que estaba fuera de discusión. Solo le bastaba mirar al lado, a su amigo Román, para entender que aspirar a la paternidad era algo imposible por el momento. Sin embargo, la frase grabada en el estilete adquiriría un significado casi místico para él. Pensar que alguien, fuera una entidad espiritual o de cualquier otro tipo, se sintiera fuertemente ligado a su existencia era algo que le daba sentido a su vida. No ser parte de la *nada* que significaba desconocer el pasado era algo por lo que valía la pena vivir. A partir de estas conversaciones con Dalia comenzó a disiparse un pensamiento que desde hacía mucho tiempo condicionaba su existencia. El hecho es que en más de una ocasión Gabriel había jugado a imaginarse qué podría suceder en caso de que le pasara cualquier cosa y desapareciera. Por ejemplo, cuánto tiempo se demorarían en notar su ausencia, o si de veras alguien lo sentiría al punto de considerarlo una pérdida. Todos estos pensamientos habían calado bien profundo en su interior hasta hacerle llegar a sentir que era un individuo en el sentido estricto de la palabra. Es decir, que era un ser no divisible y por lo tanto autárquico, desconectado de todo lo

que acontecía fuera de sí. Esta percepción se había trasladado hacia los espacios más metafísicos de su existencia hasta el punto de considerar que también vivía desterrado del tiempo, lo que implicaba que para él solo existía el presente. Es también por ello que ya se dijo como Gabriel vivía en una constante ligereza. No obstante, a partir de sus conversaciones con Román, donde este le proponía más que el paradigma del hombre como indivisible, la concepción de este como persona, es decir, como ser que existe también a partir de la capacidad de relacionarse no solo con todo lo que le rodea, sino también con el pasado, y aun todavía de establecer la posibilidad de dialogar con el futuro, había cambiado su manera de entender las cosas. Pero el tiro de gracia para que aquel Gabriel muriera y en su lugar naciera este otro, lo había dado Dalia. Ciertamente que el paradigma antropológico de Román mucho tenía que ver en el cambio, pero aún así había sido lo primitivo, el inagotable mito del más allá, de la vida aun después de la muerte, el que había operado semejante cambio en Gabriel. Había bastado que sintiera que era parte inseparable de algo, de una comunidad de seres en las que el único vivo era él, pero aún siendo de esta manera, sentía que estaba allí por algo. Y con esto no quiere decir que para cumplir un fin específico. No. Estaba porque antes habían existido hombres y mujeres que se hallaban ligados a él por el más fuerte de los vínculos, el de la sangre. Y con esto otra vez presentía la cercanía de lo primitivo, de aquello que va quedando fuera del cientificismo del mundo moderno y de ese materialismo histórico que tanto detestaba, aquello que a la luz de los iPhones, de las laptops, el internet, parece antiquísimo, como de una época en que todavía vivíamos en cavernas y le temíamos a los lobos. Gabriel ha vuelto a lo primitivo de las religiones y a la promesa de no estar solos y de que este mundo no es lo único que existe, acaso sea la inagotable nostalgia del Edén perdido. Ha encontrado dónde pertenece. Y por extraño que parezca de allí ha sacado las fuerzas para comprometerse con lo que

cree justo y para aguantar tantos pescozones como ha recibido de las fuerzas de represión disfrazadas de constructores del Blas Roca. Todo ese cambio se lo debe a sus muertos, y a Dalia. Ya no es un *man in black* sin pasado. Pero los *egguns* también reclaman lo que les pertenece y por el momento Gabriel es el último de los suyos. Es por ello que si lo va a haber, el muerto no lo puede poner él. Porque eso solo significaría olvido, y no es algo a lo que Gabriel esté dispuesto.

17

Es un olor que se queda pegado en la nariz, incluso mucho después de estar fuera de su alcance. Condena que miles de personas sufren en La Habana, el hedor de una fosa reventada. Uno las siente a cuerdas de distancia. O peor, es ya un suceso tan corriente que puede que el caminante ni siquiera sienta la llegada del tufo, sino que cuando caiga en la cuenta desde haga mucho este lo acompañe en su andar, aunque se puede ser menos afortunado y suceder que las aguas albañales broten frente a la misma puerta de la casa o justo bajo la ventana del propio dormitorio. Y aunque Gabriel, por haber nacido y transcurrido toda su vida adulta aquí, está acostumbrado a dicha situación, no deja de molestarle la peste que penetra por la ventana desvencijada que tiene a su derecha. Vino a este cuarto de solar en el barrio de *Pueblo Nuevo* a ver a *Papito*, un jabao de más de seis pies y al menos doscientas setenta libras que es quien le sirvió de contacto la vez anterior cuando intentó salir clandestinamente del país.

—¿Qué vuelta, mi chamaco? —dice Papito emergiendo detrás de una cortina empercudida que sirve para evitar la mirada indiscreta de los vecinos mientras la puerta de la estrecha habitación, especie de todo en uno, sala-cocina-comedor, se mantiene abierta por el calor, arriba, en la barbacoa, el dormitorio.

Papito entra al cuarto y pone una java de nylon llena de viandas, y con manchas del color rojizo de la tierra, sobre la mesa redonda que se encuentra ubicada casi bajo la escalera por la que se sube al dormitorio. Después se quita la camisa y aparece sobre el lado izquierdo de su pecho la imagen tatuada de una Santa Bárbara. Finalmente agarra por el pescuezo un pequeño ventilador *Órbita*, vestigio inequívoco del gran imperio soviético y su insaciable voluntad de expansión, y lo trepa, aferrándolo siempre entre sus manos de Goliat arrabalero, sobre la mesa. Gabriel sigue cada uno de sus pasos hasta que ve introducir el enchufe dentro del tomacorriente. Entonces se deja escuchar el ruido del motor, como si llevara una sordina, sonido que ha servido de arrullo para el sueño de generaciones de cubanos y del que en ocasiones es hasta imposible desprenderse sin provocar el insomnio. Inmediatamente una brisa como de caverna, fresca y húmeda.

—Tú dirás —dice Papito sentándose junto a Gabriel.

—Consorte, necesito que me tires un cabo.

—Te escucho.

—Asere, tengo un colega que está súper enhierbao y le hace falta dar el brinco.

—Anjá.

—El chamaco tiene el money y todo. Nada más es decirle el día, la hora y el punto de recogida. De más está decirte que es sin cráneo. Ese fiñe es consorte fuerte mío y con él no hay susto.

—Todo eso está muy bien pero el problema es que ya yo estoy quitao de esa jugada.

—Coño, Papito. De verdad necesito que me tires ese cabo.

—Ojalá pudiera, chama. Pero es que estas cosas son así. No te puedes pasar mucho tiempo en lo mismo.

—Mira, bróder, yo sé que la otra vez me rajé a última hora. Pero esto es seguro, y además el tipo está asfixiao.

—Coño, Rubio, a mí eso me da tremenda pena, pero imagínate tú. Tampoco es problema mío.

—Asere, él paga mil caña por arriba.

—No, si eso está bien... el chamaco tiene bala y está desesperado, figúrate tú...

—Mil quinientos.

—¡Eh! Definitivamente tiene las bala.

—Seguro te queda algún conecto todavía que por dos millas más nos haga ese favorcito.

—De tenerlo, lo tengo. Y dos mil caña le juegan a cualquiera. A lo mejor se puede hacer algo ahí por el colega.

—Tú ves. Siempre nos podemos ajustar.

—La idea es ayudar al muchacho. Y de paso, no está mal que todo el mundo salga contento, ¿no?

Papito se puso de pie y fue hasta la mesa de madera. Allí se inclinó y estirándose sacó debajo de la misma una botella de ron *Santiago*. Luego agarró dos vasos de plástico y regresó hasta Gabriel.

—Dátela —dijo mientras vertía un trago de la bebida en el interior del jarro que ya le había dado a Gabriel—. Cada negocio merece un brindis.

—Seguro.

Los dos apuraron el trago ardiente. Papito permanecía de pie.

—Dime entonces cuándo vengo a traerte la plata.

—Ya. Y dile a tu socio que esté listo que hay una carrerita para el fin de semana. Después de todo, quién sabe en qué balacera se metió, pero la verdad es que está *iré*.

Gabriel hizo un gesto como para dar alguna explicación.

—Tranquilo que eso a mí no me importa —dijo Papito—. Recuerda que me tienes que traer primero la mitad. Y eso tiene que ser lo antes posible. Vaya que era para ayer. ¿Me copias?

Gabriel asintió.

—Qué bueno. Eso sí, que yo a tú consorte no lo quiero por to'esto. La negociación es contigo. Así que ya sabes que si algo sale mal es tú responsabilidad. Y claro, la otra parte me la das el mismo día, por supuesto que yo te avisaría la noche antes, entonces

pasas por la mañana y me dejas el resto. Pero todo eso ya tú lo sabías de la otra vez. ¿Estamos entonces?

—Sirvió.

—¡Ah! Ekó, Recuerda que no puede haber invento. Nosotros somos gente seria y de negocio.

—Tranquilo, Papito. Que a mí no se me va a olvidar el cabo que me tiraste.

—Vaya por la sombra entonces.

Gabriel se puso de pie y estrechó la mano gruesa y áspera de Papito. Luego dejó el vaso sobre la mesa y salió. Justo cuando había atravesado la cortina una fuerza inobjetable lo detuvo.

—Me parece que de más está repetirte que si hay alguna intriga el responsable vas a ser tú— Papito lo sostenía por el hombro, susurrándole directo al oído sin dejar que se diera la vuelta—. Yo sé que tú andas en cosas contra los hijoeputas estos y me parece bien, pero aquí nadie sabe quién es quién y si resulta que me sales un seguroso lo que te va a pasar le va a doler hasta al ángel de tu guarda. No vas a tener dónde esconderte que no te encontremos, ¿ok?

Gabriel asintió con un gesto.

—Pero yo sé que tú eres un buen chamaco. A lo mejor antes de lo que piensas yo mismo te tengo que ayudar a brincar el charco. Que con la China mariconas esta nunca se sabe. Basta que te eche el ojo.

Cuaderno de Apuntes

Como se ha hecho habitual el tono fue encendido durante la reunión en el Café La Estancia. Se habló del llamamiento a la huelga general para tumbar a Machado, de que había que estar unidos, incluso hubo invitado un miembro del ABC. En algún momento Massimo le susurró que al fin había llegado el momento de forzar al hijo de su madre a que dejara el poder. Después las intervenciones se fueron apagando de a poco. Los participantes comenzaron a marcharse y cuando Massimo le preguntó a Tirso si lo acompañaba este respondió que prefería quedarse un rato más.

Ahora el azul de la tarde se ha ido desvaneciendo y en su lugar la oscuridad proclama la noche. Las puertas del local se han abierto y desde su mesa Tirso observa la vida nocturna. La ciudad parece agazapada, expectante. Ciertamente que el terror se ha apoderado de las gentes y por eso ya no se ven tantos transeúntes como es costumbre. Es triste ver una ciudad como La Habana así, crispada de miedo, desfigurado el rostro por la mano cruel del dictador. Tirso piensa que es raro este pueblo suyo que nunca ha dejado de guerrear, pequeños como son, sin la grandeza helénica, sin el poderío de Roma ni la tozuda ambición del ya fenecido imperio español. Raro destino el de esta gente condenada a

pelear, a ser oprimida y a combatir siempre, aquí las armas no duermen. Y en ese momento retumba el cañonazo, recordatorio de la añeja tradición de cerrar las murallas no fuera a ser que algún arrojado corsario nos volviera a pillar al estilo Jacques de Sores. Pero desde hace tiempo, al menos desde la última intervención hace ya casi treinta años, no es pie extranjero el que pisa beligerante el territorio cubano. ¿Llegará al fin el día en que pueda la gente de esta Isla ponerse de acuerdo para algo, aunque sea derrocar a alguien? Es más, ¿llegará el día en que podamos no ser más engañados por falsos profetas? Entre trago y trago Tirso medita y cae en la cuenta de que ese es el origen de nuestros males, una ignorancia que se come a todos. Quizás venga el momento, acaso dentro de veinticinco o veintiséis años, en que ya seamos una República madura y entonces, como adultos, sea difícil engañarnos. O quizás para ese momento haya un gobierno tan bárbaro como este que nos hunda más en la ignorancia. Vaya usted a saber. En estas cosas es muy difícil anticiparse, la gente siempre es impredecible. Y de pronto cae Tirso en la cuenta de que durante todo el rato en que su pensamiento ha discurrido lo ha hecho en la primera persona del plural. ¿Será que lo que comenzó como un insignificante adulterio contra la soledad ha mutado hasta transformarse en identificación, en pertenencia? ¿Será acaso que Tirso ha comenzado a sentirse parte de esta gente y a entender que comparte con ellos un destino común? Quizás. O tal vez sea solo lo contagioso de las emociones humanas lo que ha realizado el milagro de hacerlo sentirse un participante, una partícula más dentro de la masa heterogénea que sufre y lucha y en ello le va la vida. En todo caso el prodigio está hecho. A estas alturas resulta imposible sustraerse de la avalancha humana. Su rostro ya es habitual, ha ganado simpatías, a veces mostrada con gestos aprobatorios, otras con guiños o simplemente con un apretón de manos o con la complicidad de una palmada sobre la

hercúlea espalda. Es uno de ellos, sería una traición imperdonable quedarse al margen. Y por otra parte cómo no participar si aquel gobierno constituía una afrenta para la dignidad humana, a los derechos cívicos de todos los ciudadanos. Él debía estar allí aunque le fuera la vida en ello. ¿Acaso no había sido él quien había pensado un día, hacía mucho ya, que su vida no era más que un ir muriendo lentamente, una prolongada despedida? Entonces esconderse no era un acto cobarde sino hipócrita.

Tirso bebió el último trago y se despidió. Caminaba pausadamente por la calle Ánimas. Le pareció una coincidencia sugerente. Mucho más puesto que no era costumbre suya el tomar ese camino. De pronto recordó a los suyos. Primero su padre al que poco había conocido, luego Virginia, su madre, fallecida unos años antes de la partida de Gwendolyn. Después le tocó el turno a Paolo del que solo recordaba sus rasgos vagamente. Traicionera era la memoria que le negaba la más amada de las imágenes, la más presente y, sin embargo, ya era solo una silueta dibujada de modo impreciso. En ese instante cruzó fugaz por su pensamiento el recuerdo de su hijo allá al otro lado del mundo. Solo por él valía la pena luchar. El futuro era suyo. Quién sabe y acaso un día regresara a esta Isla a recobrar todo lo que era parte de él, la memoria de todos los fantasmas que de alguna manera lo constituían. Solo por ello valía el sacrificio de estar allí en primera fila bajo el agobiante sol de agosto, para legarle a su hijo un mejor hogar, uno que lo estaría esperando siempre con la promesa de darle todas las respuestas que nadie más podría concederle. En ausencia de cualquier otro móvil solamente ese era suficiente para conferirle el valor de enfrentarse a otros hombres iguales a él. Y fue entonces, bruscamente, que vislumbró lo terrible del asunto. Tendría que plantarse ante otras personas y muy probablemente hacer uso de la fuerza. Aquel pensamiento hizo que un raro escalofrío se le esparciera por todo el espinazo. No era eso algo

a lo que estuviese acostumbrado. A la altura de sus cincuenta años no recordaba cuándo había sido la última vez que tan siquiera levantara la voz. Cómo entonces iba ahora a enfrentarse a los matones de Machado.

Inquieto con ese pensamiento llegó Tirso a la casa de San Lázaro. Hizo girar la llave y el grueso portón cedió bajo el empuje de sus brazos. Una vez dentro fue al baño donde se lavó la cara. Cuando terminó de secarse el rostro observó el lunar cano que nacía desde la entrada que se le formaba en el costado derecho de la frente y se extendía casi hasta la coronilla, le pareció que se le había expandido desde la última vez esa mañana. Luego fue al cuarto donde se quitó el saco y se dejó abierta la camisa. Era casi seguro que iba a haber un encontronazo violento contra las fuerzas represivas. La orden para ellos había sido no ir armados, pero resultaba impensable que el otro bando no los agrediera con cachiporras y cuantas armas tuvieran al alcance. Entonces recordó. Fue hasta la cómoda que tenía en un costado de la habitación y de una gaveta extrajo un cofre rectangular. Era pequeño y de caoba. Lentamente lo abrió y tardó unos instantes mirando hacia el interior. Sobre el fondo acolchado de color púrpura yacía el puñal de hoja fina donde una inscripción grabada en la lengua que tanto conocía por habérsela escuchado a su abuelo, ora sin corrupciones, ora mezclada burdamente con el español, recordaba aquellas palabras que tanto Paolo le había repetido con la intención de que las amara. Era el legado familiar. Aquella locución que su abuelo le había hecho mandar a tallar sobre la bóveda de los Blandino en el Cementerio de Colón... siamo tutti insieme.

18

Pasó la una, y media hora más, y las dos, y así sucesivamente hasta completar un día y no hubo noticias de Katia. Estebita hace casi dos jornadas que no duerme en la casa y ya Olga está al borde de un ataque. Es por ello que Román faltó hoy al Archivo y se apostó en el consultorio a esperar al menos a que aparezca la doctora para que le de las señas de Katia y entonces ir a casa de esta. No obstante, su paciencia frente a la puerta de la clínica, si es que no resulta sobrevalorado llamar al consultorio de esta manera, se ha revelado estéril. Parece que la venerable pupila de Hipócrates también conoce de artes oscuras y acaso consultó su bola de cristal y esta le dijo que hoy nadie se enfermaría, que solo iría un bobo ahí que andaba buscando a la enfermera para saber dónde coño estaba su hermano, nada que a ella le importara, y entonces decidió permanecer en su casa en vez de malgastar de manera tan miserable el tiempo. Que se joda aquel y su hermano extraviado. O tal vez no sucedió nada de eso y como siempre en esta ciudad toda planificación resulta sujeta a una interminable lista de variables que hacen prácticamente imposible el llevar la consecución del proyecto trazado a buen término. Ejemplo de esto pudiera ser que no pasó el transporte, o que amaneció la doctora sin

corriente en la casa, quizás que no entró el agua y la pobre mujer no ha podido ni bañarse, que ya sería demasiada injuria verla aparecerse con la cara apenas lavada y portando los olores indecentes que el aseo matutino destierra del cuerpo. Es por ello que la regla general la constituye el apelar a ese otro recurso en el cual somos los cubanos habilísimos: la improvisación. Motivo por el cual ya Román ha decidido ir a casa de Gabriel a ver si por casualidad, al menos, él sabe por dónde vive la chiquilla. De lo contrario espera que su amigo lo ayude a seguirle el rastro a Estebita.

Para simplificar un poco las cosas diremos que a pesar de ser casi mediodía el sol se muestra tímido, lo que favorecerá en caso de que hubiera que caminar un buen rato. Román agradece una de las usuales erratas del instituto de meteorología que anunció cielo despejado y abundante sol. Eso sí, que al menos dieron en el clavo con algo y la temperatura, aun con el cielo nublado y todo, debe andar por encima de los treinta y cinco grados. Ya lo escuchará Estebita. Hacerlo perder un día de esa manera. Justo ahora que lo que más necesita es aprovechar el tiempo. Por suerte Gonzalo es condescendiente y de vez en cuando le tira la toalla. Pero tampoco se puede abusar, que ya sobre su buró se ha ido apilando algo similar a una montaña de trabajo pendiente. Otro tanto sucede con el relato que lo viene ocupando. No, si es como el refrán, *a perro flaco todo lo que le caen son pulgas*. Pero lo de este muchacho ya es pasarse de la raya. ¿Cuándo vio algo semejante?. Orlando la verdad que siempre fue un modelo de responsabilidad. Y él, Román, ha tratado de ser el mejor ejemplo para su hermano. Pero ya verá, ya verá Estebita lo que es un pescozón bien dao. Ojalá y Gabriel sepa dónde localizarlo, que si no se va a ver cagando pelos, correteando La Habana como un guanajo. En eso dobla la esquina y... coño que suerte. Gabriel está parado en la puerta de su casa hablando con un tipo que... bueno, en honor a

la verdad, mete miedo. Lo cierto es que este amigo suyo trata a cada gente que si hicieran el casting de seguro clasificaban para rodar la quinta temporada de *Prison Break*.

—¿Quedamos entonces? —dice el hombre que habla con Gabriel, un jabao enorme.

—Sirvió.

—Vuelvo y te repito, tú sabe, pa' que quede claro, que si el consorte no está ahí a la hora fija, perdió el money y no hay na que reclamar.

—Está claro, Papito.

—Qué bueno, miijo. Cuentas clara conservan amistades.

Papito lanza una mirada inquisitiva a Román que llevaba unos segundos parado al lado de ellos aguardando a que terminara la conversación.

—¿Qué se te perdió, Yunta?

—Tranquilo, Papo, que es amigo mío.

—Chino, tienes tremenda pinta de fiana.

—Fiana de qué pinga —responde Román.

—Voy echando, Rubio —dice Papito mientras mira de arriba abajo a Román—, que hoy estoy pa' buscar money, no pa' traqueteo.

—Dale. Cuídate. Y gracias. Ahorita paso por allá a dejarte el mandado.

—Te espero. Ah, y échale un poquito de sulfumant en el pico a este fiñe a ver si se le limpia la boquita.

Papito dio media vuelta y Gabriel hizo un gesto a Román para que no fuera a buscar un problema.

—Asere, que mala pinta tiene ese tipo.

—Ven, pasa pa' adentro —dijo Gabriel.

Los dos entraron y Gabriel cerró la puerta tras de sí.

—Compadre, necesito que me ayudes con mi hermano.

—¿Con Estebita? ¿Lo viste? ¿Le pasó algo?

—No, si a eso vengo. Pero aguanta. ¿Por qué tú preguntas si lo vi? ¿Tú sabes dónde coño está metío?

—No, chico. Espérate. Él pasó por aquí ayer a

pedirme un short, que se iba pa'la playa con un piquetico ahí. Na, asere, eso es cosas de chamacos.

—¿Cómo pa'la playa?

—Sí, asere. Eso fue lo que me dijo. Que se piraba pa una casa en *Brisas del Mar*.

—Compadre, ¿y tú eres come mierda? ¿No podías haberme avisao? ¿Tú tienes idea de cómo está la Pura allá en la casa?

—Bueno, pero el que tenía que avisarles era él. Qué coño voy saber yo.

—¡Ñooooo, asere! Este chiquito me tiene estresao. Deja que aparezca, le voy a dar una...

—Mira, Román. Por qué mejor no vas para la casa y esperas tranquilo allí. Seguro que él se va a comunicar contigo. Vaya, me la juego que de mañana no pasa.

—Asere, a mí me sorprende lo pasivo que tú eres para todo, es como si nada te importara. A los hijos hay que torearlos que si no se te van de las manos.

—Pero es que Esteban no es tú hijo, Román.

—Casi como si lo fuera.

Román se sentó entonces en un sillón que estaba cubierto por una sábana empercudida y recostó la cabeza hasta que quedó mirando al techo. Frente a él Gabriel prendió un cigarro.

—Ven acá, hablando como los locos. ¿Por fin decidiste que vas a hacer con la casa?

—Nada.

—¿Entonces no la vendes?

—No.

—Por lo tanto tampoco te vas.

—No. Vamos a ver qué pasa con los americanos.

—¿En serio?

—Totalmente.

Los dos se quedaron en silencio unos instantes. Luego, Román continuó.

—Asere, ya tengo el relato bastante adelantado, ¿sabes? Pero me hace falta un favor tuyo.

—Bueno, dime, aunque si es algo de escribir y eso, dudo que te pueda ayudar.

—Tú tranquilo. ¿Recuerdas el estilete ese que me enseñaste una vez y que era una herencia de tú abuelo?

—Claro. ¿Qué pasó con eso?

—Me hace falta verlo. Cosas mías. Ya lo sabrás cuando lo tenga todo terminado. Te prometo que vas a ser el primero en leerlo.

Gabriel exhaló una bocanada de humo.

—Coño, Román, discúlpame. Pero ahora tendría que buscarlo. Eso debe andar extraviado entre los trastos viejos. Y la verdad es que estoy cogío con el tiempo, ya casi tengo que salir.

—Está bien. No hay lío, aunque sé que me estás dando curva. Difícil que se te haya perdido el estilete, con el peo que tienes con él —Román se puso de pie—. Tengo la impresión de que ya me estás botando. No te molesto más. Pero bueno, déjame hacerte una última pregunta.

—A ver.

—¿Tú sabes dónde vive la jevita de mi hermano?

—¿Cuál?

—La Katia esa. Cuál va a ser. ¿Te acuerdas que te lo dije aquel día en la Plaza? Y tú mareao.

—Román, Estebita tiene, así por lo bajito, tres... amiguitas complacientes.

—¡Cómo que tres amiguitas...! No jodas, tú. Si mi hermano es medio come mierda, nada más está con la bobería esa del fútbol.

—Papa, ponle más atención al chama que estás esperando. Porque en lo que a Estebita se refiere, es otro bien distinto del que tú piensas.

—Y lo dice Gabriel, el pillo de la calle. Mira, ponte pa'tus cosas y déjame a mí llevar mi casa.

Gabriel dejó caer las cenizas en un ángulo de la pared y llevó nuevamente el cigarro a sus labios.

—Bueno, ¿por fin sabes dónde vive la chiquita esa, o no?

—¿Katia? Negativo —Gabriel hizo una pausa. Luego

de ponerse un pullover continuó—. Román, ve para tú casa y dile a Olga que a Estebita no le ha pasado nada, y que tampoco le va a pasar. Y esperen que seguro los llama.

—Quizás sea lo mejor. Pero ya hablaremos luego. Que por lo que parece tú sabes más cosas de mi hermano que yo. En cuanto a Esteban, deja que aparezca, él va a saber dónde Pupy va a tocar.

19

—¿Entonces ya le diste todo el dinero al tipo ese?

—preguntó Estebita.

—Sí. La cosa tiene que ser esta noche.

Estaban sentados en el portal de una antigua casona de la Calle Calzada, en el Vedado. Cada uno en un sillón de caoba. Estebita lucía sereno.

—¿Quieres tomar algo?—preguntó.

—Lo que quiero es salir ya de esto.

—Tranquilo. Ya falta poco.

La noche era clara y fresca y desde donde estaban la luna parecía muy próxima a ellos. De vez en cuando el silencio era roto por el ladrido insistente de un perro.

—Ha estado toda la tarde así. Se lanza sobre cualquiera que pase del lado de allá de la cerca. Creo que si tuviese que estar aquí más de dos días me volvía loco.

—Tú hermano pasó hoy por la casa.

Estebita se incorporó súbito.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Qué le iba a decir. Le inventé un cuento chino. Le dije que andabas con un piquetico pa'la playa.

—Menos mal. Ahora solo hace falta que Katia se mantenga a lo que acordamos.

—Tú ni siquiera piensas dejarle una carta a la Pura.

Román incluso puede tener sus defectos, pero coño, compadre, es tú hermano. Y además, toda la vida se ha batido por ti.

—Y quién se la va dar. ¿Tú? Pa' que Román te mate.

—Asere, qué clase de singao tú eres.

—¡No seas estúpido, Gabriel! Ya todo eso lo pensé. Dentro de tres días un *ekó* va a llevarle una carta a la Vieja y de paso le va a dejar una plata, la mitad pa' ella, y la otra pa' Gretchen y mi sobrino. Román ya entenderá. En cuanto a ti, no te puedo comprometer más de lo que lo he hecho. No te desteñiste, te portaste como si fueras mi bróder.

—¿Tú practicas los discursitos esos? Parece como si estuviera hablando con el *Padrino*.

—¿Quién sabe? Talento no me falta.

—Todavía no ha pasado lo peor, así que yo tú, no canto victoria.

Estebita se echó a reír. En la entrada el perro otra vez arremetió a ladrar. Un Moskovich se detuvo frente a la reja oxidada. Esteban se incorporó y miró desde dentro. Era el mismo auto de la otra vez. Enseguida entró en la casa y a los pocos segundos regresó de nuevo al portal, esta vez traía una mochila negra enganchada sobre la espalda.

—Toma la llave —dijo—. Espera una hora y luego cierra todo y vete para tú casa. Ya hiciste bastante.

Los dos se abrazaron. Después Estebita fue hasta la reja y salió fuera.

—A ver si dejas de joder, Beto —dijo—. Esta gente qué cojone le dará de comer al perro.

La puerta del Moskovich se abrió y del lado del conductor emergió un negro alto y corpulento. Se estrecharon la mano con el típico *cruce* de los *abakuá* y Gabriel pudo ver que conversaban en voz baja. Cuando acabaron y ya se disponían a subirse al auto Gabriel atajó a Esteban.

—Oye, te llevas algo mío —dijo.

—Cierto. Oye, estás afilao, que no se te puede coger ni odio.

Entonces se levantó el pullover y de un costado de su pantalón extrajo el pequeño puñal. La hoja se hallaba envuelta en papel cartucho y solo el mango recubierto de ébano quedaba fuera. Estirando la mano se lo tendió a su dueño.

—Igual no va a hacer falta —dijo el chofer—. Ya todo está cuadrao.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Gabriel.

—Gabriel —dijo Estebita—, haz lo que quedamos y despreocúpate de lo demás.

Gabriel miró el reloj en la pantalla de su teléfono. Faltaban al menos cuatro horas para la recogida.

—Ven acá, so come pinga —le dijo a Esteban mientras lo agarraba por el cuello del pullover y lo iba arrastrando de nuevo hacia el interior del portal—. ¿Qué cojone tú piensas que vas a hacer? —fuera el otro hizo un ademán pero finalmente no intervino—. ¿Tú te piensas que eres súper pillo? No ves que yo me he metido en tremenda balacera pa´ sacarte a ti del lío este en que te metiste por estúpido. Porque mira que te lo dije. Y yo no estoy jugando a las peliculitas de Pablo Escobar ni la cabeza de una pinga. Yo tengo toda la policía de Centro Habana detrás por ser un disidente, no por narco. Así que me voy a montar en esa cacharra contigo, porque yo sé que tú lo que quieres es pasarle la cuenta al cabrón de Alain. Y tú sabes que ese tipo anda enyuntao con la fiana y si te parten entonces sí que Román no me lo va a perdonar nunca y ya bastante mierda que me he portao con él. Así que esto es lo que hay, me monto con ustedes y me aseguro de que vas a llegar al punto. Y después si acaso viro con el Negrón en el carro de pinga ese.

Estebita escuchó toda aquella retahíla de palabras un poco desconcertado.

—Por lo menos quítame las manos de arriba —fue lo único que atinó a decir.

Veinte minutos más tarde estaban parqueados a dos cuadras del edificio de doce plantas donde vivía Alain.

20

Primero boconeó. Después poco a poco fue pasando de un estado a otro hasta comenzar a llorar implorando. Ahora permanecía sentado con las piernas amarradas a las patas de la silla y las manos atadas en x sobre la espalda. El párpado derecho lo tenía inflamado al punto de no poder abrir el ojo y tanto los pómulos como la nariz mostraban más de una partidura. La cabeza ligeramente inclinada hacia delante y sobre el pecho varios coágulos de sangre.

—Yo pensé que tú eras un tipo duro de verdad —dijo Estebita mientras abría y cerraba el puño derecho en el que llevaba una manopla de plomo—. Pero nos ha salido una ranita.

El Negrón permanecía de pie recostado a la pared jugando con un celular.

—¿Qué tú crees Yosiel? ¿Te parece un tipo duro?

Yosiel siguió sin levantar la vista.

—Por lo menos tiene un buen teléfono. Esto, así por lo bajito, debe ser un *Galaxy S5* —dijo.

—¡Ah! Pero yo estoy seguro que nuestro compañero chiva te lo va a donar de manera desinteresada. ¿No es así?

No hubo respuesta.

—¡¡Responde, maricón!!

Y Estebita le espantó otro puñetazo que hizo estremecerse todo el cuerpo y la silla bajo de él.

—Suave, Menor. Que te van a escuchar. Fíjate que estos edificios son una mierda. Imagínate que una vez yo tuve una jeva en un doce plantas, así igual a este, y cada vez que me la templaba la vecina de abajo formaba unos petates del carajo. Bueno, también es que yo la mataba. Tú sabe, uno se manda mal y a esa hora no hay quien se contenga. Pero de todas maneras, no me parece que este te vaya a decir mucho más de lo que ya cantó, así que es por gusto que te molestes.

—A lo mejor tú tienes razón.

Estebita se inclinó sobre el rostro desfigurado de Alain.

—¿Eso quiere decir que ya nuestra conversación se acabó? ¿Tú serías así de grosero con un amigo? Yosiel —dijo volviéndose a su compañero—, yo creo que tú estabas en lo cierto. Este se nos volvió autista.

Luego se agachó hasta que su cara quedó justo frente a frente a la de Alain.

—Asere, ¿de verdad te creíste que me iban a dar toda esa mano de golpes y no te iba a venir a buscar? ¿Pensaste que podías singarte a mi jevita y todo iba a estar bien? Lástima que te vayas a quedar aquí, esta noche, que si no te juro que ibas a ser el próximo candidato a Sumo Pontífice, porque no hay en la Tierra nadie más creyente que tú. ¿Te lo imaginas, Yosiel? El Papa Alain primero.

—Qué espectáculo. Este dando coca en vez de ostia y to'el mundo en Roma arrebatándose.

—Sí, chico, es una pena. Lo que pasó, Alaincito, es que no contaste con mi astucia.

Esteban se puso otra vez de pie.

—¿Qué hora llevas ahí? —preguntó a Yosiel.

—Hora de irnos.

—Salúdame a Juan Pablo segundo y dile que te faltó tiempo. Que el problema fue que escogiste la profesión equivocada, en el barrio equivocado, y que además te metiste con el tipo equivocado.

—¿Y tú crees que este vaya al cielo?

—De momento va pal hueco.

Estebita sacó el estilete que nunca llegó a entregar a Gabriel y situándose detrás de Alain lo agarró por la frente de forma tal que este quedó mirando al techo. Luego pasó el filo del puñal a todo lo ancho del cuello. La sangre comenzó a precipitarse cada vez más abundante y los dos observaron como el cuerpo fue sacudido por repetidos espasmos. Cuando por fin se detuvo Estebita habló:

—Le tenía unas ganas al hijoeputa este...

—Me di cuenta. Pero vamo echando ya que tenemos una hora ná má pa llegar al punto, y todavía después tengo que traer al blanquito pelú ese que anda contigo.

—Ese blanquito es mi bróder, Yosiel. Y se metió en esta candela igual que tú, pa tirarme un salve.

—Ta bien. Por eso mismo vamo a moverno, que ya van a ser las dos y mañana tengo que madrugar que ya cuadré con unos yumas una carrera pal aeropuerto.

Van a ser las dos de la mañana y Román permanece estéril frente a la página en blanco. Que no es tan así y él no pasa el trabajo de tener que escribir a mano, que si tiene cayos en los dedos es por los trabajos de albañilería que de vez en cuando realiza y no por huella dejada como resultado del uso del lápiz. Lo que tiene frente a él es la pantalla incandescente de la laptop, repleta de signos en el borde superior y con la versión digital de una hoja, papel carta, interlineado doble, tamaño DIN A4. En la cama Gretchen duerme, como corresponde a mujer, sino casada en santa unión o por notaria de servicio público, juntada, como se dice aquí, que es lo mismo que decir en concubinato, y que espera una criatura. Duerme, como decíamos, frente a Román, que eso siempre evita sospechas y comentarios mal intencionados, que aquí esos son el pan nuestro de cada día. Y él, un poco contrariado por su pobreza imaginativa, la mira y piensa si algún día podría hacer lo mismo que su personaje, dejarla ir con su hijo. Y si llegado el caso él tendría el mismo valor de luchar por la sola idea de dejarle a su pequeño un mejor lugar donde vivir. Aunque en el caso de Tirso su descendencia radique a miles de kilómetros de distancia. Pero aun así la pregunta es válida para Román. Entonces piensa en la gran encrucijada que eso pondría ante él. Por un lado correría el riesgo hasta de morir y en ese caso quién velaría por la seguridad y el bienestar de su hijo. Allí, entonces, se abriría la contradicción. Él

lucha para garantizar que su crío pueda gozar de todo aquello de lo que él ha sido privado y en su lugar el resultado es que deja a aquel sin la protección de quien pueda garantizarle la subsistencia. Paradoja insalvable. Por otra parte, si se escondiera, qué ejemplo estaría dándole a su hijo, y más aún, no correría también el peligro de que todo el mundo pensara igual y fuera ese miedo el que siguiera sosteniendo *ad infinitum* una situación que se presenta desde hace mucho como indefendible. Caramba, qué difícil es cargar con la responsabilidad de ser padre. Entonces piensa en la situación de Gabriel. De dónde sacará su motivación para luchar como lo hace, aguantando golpes como si fuera un saco de entrenamiento. ¿Será filantropía? Él lo conoce requetebién y de sobra sabe que Gabriel no es un personalista ni nada parecido. ¿Por sí mismo? Hubiese sido mucho más fácil salvarse solo. Es decir, vender la *cueva* y largarse para cualquier lugar con esa plata, y listo. Muerto el perro, se acabó la rabia. Pero no. Últimamente Gabriel, incluso sin conocer la historia de su país, ni siquiera de La Habana donde nació, era más amante que nadie de su ciudad, al punto de arriesgarlo todo. ¿Cómo entender entonces aquella situación de su amigo? Acaso hubiese necesitado Román que alguien, a lo mejor el mismo Gabriel, le explicara que todo partía del amor a sí mismo. De la comprensión de que cada uno era un ser único e irrepetible y por ello no reemplazable, siendo así que cada atropello era un crimen injustificable, pero que además cada hombre estaba unido de manera visceral con todos los que le rodeaban en un caprichoso entramado de relaciones. Y que acaso el lazo más fuerte no era el que lo unía a una colectividad, sino aquel que lo anudaba a un grupo de hombres y mujeres que le habían antecedido, forjando toda una microhistoria, que era cierto él desconocía, pero no por ello significaba que no existiera, la verdad no siempre es evidente, ni constituye una idea clara y distinta. Y Gabriel, que vivía en soledad desde hacía más de una década, se sentía acompañado y sujeto por una familia casi desaparecida de la que él era el único sobreviviente; es más, de esa presencia físicamente ausente extraía todas las fuerzas para vivir y luchar en

la más desconcertante de cuantas polis haya existido, donde se hablan más lenguajes que en Babel, donde seguramente Wittgenstein habría enloquecido, donde las personas se aman con el cuchillo entre los dientes y se odian compartiendo sendas tazas de chícharo tostado y molido como si del café se tratara. Gabriel, a través del espiritismo de Dalia, había encontrado el valor de algo tan originario como el clan y su pertenencia.

Pero reflexiones de esta índole aparte, lo que a esta hora más preocupa a Román es la historia de Tirso con la cual viene fantaseando desde hace algún tiempo. Lo cierto es que el relato se viene enquistando aquí y allá, quizás, poniendo a un lado cualquier paternalismo, sea la falta de algunas ventajas que para un escritor pueden ser bastante provechosas lo que le impide desarrollarse a plenitud. Dígase soledad, silencio, tiempo. Pero si quiere terminar su narración va a tener que sobreponerse a esas nimiedades. Que aquí lo importante es echarse algo en la barriga y seguir andando. Acaso en este momento sea aconsejable buscar entre todo el material que ha recopilado, aunque solo sea para entonar un poco la imaginación, con algún material que le arroje información de la época, o que le sirva de estímulo a ver si despierta su creatividad del embotamiento en que se halla. Que en otro momento fue el rostro agraciado de Gretchen lo que lo inspiró, pero lo que es hoy, parece que la rutina ya ha empezado a transfigurar en ordinario lo que antes era puro asombro. Y al milagro de su blancura esparcida sobre la cama lo ha sustituido la certeza de esa temperatura notablemente más cálida y el ritmo regular de la respiración aprendida ya de memoria. Descontando rasgos menos poéticos como algún ronquido escapado y unas manos que se despellejan al más mínimo contacto con el detergente, rematadas por unos dedos más arrugados de lo que acaso deberían. Pero ya vendrá alguna musa, tal vez Calíope, a tirarle, como se dice aquí, el cabo. Y pasando de carpeta en carpeta encontrará en su ordenador algunas fotos de La Habana en los tiempos de Tirso. Todas ella en blanco y negro, naturalmente. Pero con ello bastará para que la musa encienda la chispa.

Las calles lucen una pulcritud que resulta difícil reconocer las Avenidas de Belascoain, Galiano, la Calzada del Cerro o la intersección de San Lázaro e Infanta. Justo en esta última diapositiva se observan un grupo de personas congregadas en la esquina. Es curioso que los pocos rostros que logran definirse parezcan fuera del tiempo. Una idea absurda, pero qué le vamos a hacer. Así es este tipo de gente. Comienzan a fantasear y termina por ocurrírseles cualquier barbaridad. No obstante, hagamos un esfuerzo hermenéutico y digamos que lo que en realidad pensó sería algo más o menos como que el rostro humano no es el reflejo de la época, sino de lo que desde los tiempos más remotos vive en la interioridad, digamos tres o cuatro sentimientos y deseos, más la voluntad de realizarlos. *Habla para que pueda verte*, decían los griegos, sugiriendo acaso que lo que nos hace plenamente visibles es la interioridad, porque el discurso es la forma objetiva del pensamiento. Contradictorios estos griegos. Pero lo que piensa Román es que esas personas, que parecen esperar algo, bien pudieran, con otras vestiduras, lógicamente, ser miembros de una marcha a favor de elecciones democráticas, o en contra de la brutalidad policial, o exigiendo un aumento de salario, o hablando con propiedad y exactitud, la exigencia de uno que permita la realización de una vida digna. Bueno, pero todos estos reclamos son más viejos que la Guantánamera. Así que perfectamente esas personas además de todo eso, también pudieran estar exigiendo la dimisión de Gerardo Machado del cargo de Presidente de la República. Mirando fijamente al lente de algún periodista. Aguardando que las fuerzas represivas aparezcan en cualquier momento y se abalancen sobre ellos. Acaso un mestizo de espaldas anchas, como las de Platón, camina inquieto entre la muchedumbre... *y sabe que aquello de ningún modo va a terminar bien. En su cintura, bajo la camisa, el stiletto de los Blandino se mantiene oculto, sostenido por el cinto. Pero se lo prometió, más que a los otros, a sí mismo, allí estaría...*

Cuando vio salir a Katia supo que la cosa iba marchando según lo planeado. Caminaba presurosa pero nada en ella llamaba la atención, justo como Esteban le había dicho. A él todo aquello le parecía demasiado arriesgado. Que Estebita le pidiera a Katia que entrara a acostarse con Alain, mientras fuera aguardaban junto con Yosiel, era algo que implicaba sus peligros.

—Tú tranquilo, que esta lo va a sofocar bastante —y Esteban se viró hacia Katia a hablarle—. Que yo sé que en tu momento te encantaba saltar de palo en palo haciéndote la zorrita. Agradece bastante que no te rompo.

Estaban sentados en el asiento trasero del Moskovich. Katia permanecía con la cara gacha y de vez en vez dejaba escapar un suspiro que resonaba líquido por el moquero que desató el llanto luego de los dos gazonos que le espantara Estebita.

—Como a la media hora le inventas cualquier excusa y sales y nos dejas entrar. De allí pa' adelante estás fuera. Te pierdes lo más rápido que puedas. Y ojo, que el Gabo va a estar vigilando. Si te haces la guillá te va a chapear. ¿Ta claro?

Katia asintió con la cabeza.

—Ve ligerita pero sin llamar la atención. No andes mirando pa' atrás, ni ninguna come pingá de esas.

Entonces la chiquilla abrió una de las puertas

traseras del auto y se bajó. Vestía una licra negra muy ajustada que dibujaba la espléndida silueta de la mulata, justo a partir de las caderas extendiéndose hasta media pierna. Para arriba una camiseta morada servía de paraban al libre balanceo de los senos producto del contoneo de su andar. Los tres hombres quedaron solos en el coche. Esteban permaneció unos instantes mirando como Katia se alejaba.

—Ojalá las yumas estén la mitad de buenas que esta cabrona —dijo.

—Jeva por jeva es igual a chochita fresca —dijo Yosiel desde el volante. Gabriel se hallaba en el asiento del copiloto.

—Sí, pero todo el mundo dice que cuando uno se pira lo que más se extraña son las mujeres —respondió Esteban.

—Caballero, vamo a ponernos pa' esto.

—Rubio, te noto estresao —dijo Yosiel.

—Ven acá, consorte. ¿Ustedes se han puesto a pensar que a lo mejor ese tipo no está solo?

—Ya eso está cuadrao. Tranquilo, que lo tuyo es vigilar —dijo Esteban.

—¿Y si están los tipos esos que te andan cazando la pelea?

—¿Cuáles? ¿Las *ratas*?

—Yo qué sé que cojone eran. Los que te maduraron en la escalera. Esa gente debe ser de la fiana.

—No, mi chama —dice Yosiel—. Si fueran policías se hubiesen llevado al Menor por posesión de armas, o por desacato. O por lo que les diera la gana. Si ellos no necesitan ningún cargo pa' guardarte en la estación. Y ahí, muérete. Le hubiesen dao más duro de lo que lo hicieron.

—Esos deben ser tres infelices que quieren ganarse unos punticos con Alain, seguro pa' que los suba de *ratas a banco*. Ya les daría lo que les toca sino tuviera que partir.

Luego de haber ido cronometrando el tiempo a través del reloj en el teléfono de Gabriel, aproximadamente quince minutos después de haber entrado

Katia en el edificio, Yosiel y Estebita se bajaron del auto, no sin que este último le recordara a Gabriel que su trabajo consistía en vigilar, y que no se podía mover del asiento donde estaba. Que si de verdad notaba algo raro al salir Katia y ellos después no bajaban en menos de veinte minutos, se perdiera de por todo eso. Pero Katia salió y él la fue observando mientras atravesaba el parque frente al edificio. Luego pasó por la acera de enfrente y siguió caminado a paso apurado. Sin embargo, nada en ella llamaba particularmente la atención.

La espera, no obstante, le pareció infinita. Por suerte para él la madrugada estaba más tranquila que de costumbre. No hubo mesa de dominó, ni parejas escabulléndose en la oscuridad del parque, ni siquiera los borrachitos *chisperos* que pernoctan por esa zona. Pero cuando por fin vio emerger del edificio primero a Yosiel, y después a Estebita, respiró aliviado. Ambos caminaron tranquilamente hasta el carro. El primero tomó su puesto como conductor.

—Gabriel, pásate pa´atrás —dijo Esteban.

Gabriel obedeció.

—Mira, aquí está tu *stiletto* —dijo pronunciando acentuadamente la doble t como en el italiano y devolvió el arma reluciente a su dueño—. Tiene un filo del carajo, asere.

El auto echó andar y dejó escapar un quejido que hirió la tranquilidad de la noche.

Pasaron sin sobresaltos el punto de control a la salida del túnel. Las luces en la carretera se sucedían y la propuesta de Esteban aun retumbaba en la conciencia de Gabriel. *Tendrás que decidirte antes de llegar*, le había dicho. Acaso porque viera la duda en los ojos de Gabriel. Esa duda que en este momento lo hacía volver a aquel *hic et nunc* en el que viviera durante tanto tiempo. La proposición de Esteban era una invitación que estaba fuera del ayer y del mañana. Era un salto de fe para dejar atrás esta Isla repleta de muertos vivientes, para salir de la pudrición de las calles, de la represión policial, de la corrupción que como un virus letal había infectado todos los rincones de la vida diaria, de los niños andrajosos y sin futuro, de la prostitución de todos, de la peor de cuantas existan, la del alma. Se presentaba como algo real, la posibilidad de no ser más parte de ese mundo, de al fin decirle al barquero que le quitara los dos óbolos asquerosos de sus ojos, que finalmente quería ver la luz, que se habían equivocado, él no era un muerto, él, Gabriel, era el último de los Ranieri, que tenía que vivir por sus *muertos*, y que se negaba a recibir un solo golpe más de manos de algún oriental analfabeto que había venido a La Habana para salir de la indigencia de su pueblo, probablemente unos de los que aún no tenía ni fluido eléctrico, a costa de magullar la

physis de sus hermanos. Sin embargo, oculto bajo su pullover, sujeto por el cinto contra su cintura, el puñal a ratos le hincaba la carne y veía en ello una especie de recordatorio. No solo de su origen, sino de quien era en realidad. Aquella frase tallada desde quién sabía cuándo y por qué manos, también había adquirido para él un sentido más amplio. *Somos todos juntos*. Esas palabras no solo eran un lazo familiar que le indicaba que su existencia era imposible sin aquellos hombres y mujeres antes de él, sino que también a un nivel superior, había una macro historia, la de una nación un día próspera que había recibido al primero de los suyos para que se asentara en ella, creciendo y multiplicándose. Entonces aquellos agujonazos sobre su muslo derecho le indicaban que dar aquel supuesto salto de fe no era otra cosa que drogarse de la misma manera como tantas veces lo había hecho. Una evasión de la realidad. ¿De veras pensaba que con irse para cualquier lado podría dejar todo atrás? ¿Que por apartar la vista aquello iba a desaparecer? ¡Ah, Gabriel! Ilusión, velo de Maya. Su destino lo iba a perseguir siempre, y cada vez que se mirara al espejo la imagen reflejada le reprocharía su cobardía. No se sentía con ánimos de inquisidor para juzgar a nadie pero él era de los que se quedaba, de los que se iba a enfrentar a los hijos de perra que tanto habían desangrado a su Isla, su Isla que no era de los muertos, porque bastaba que existiera uno solo vivo, respirando, y todos serían juntos, vivos y muertos, los que se esparcieron por los cuatro vientos, los que alimentaron las aguas oscuras, los que permanecieron. No, el *hic et nunc* no era suficiente. Acaso la más infalible enseñanza era el tiempo. La realidad más cierta de todas. Por ella, oh, Brahma, había llegado tú ocaso. El ocaso de los dioses. Y él, Gabriel, se quedaría aquí para verlo. Para ver cómo terminaba de derrumbarse el sueño diabólico de este Brahma, soberbio y tropical.

Yosiel tomó izquierda y el auto se adentró por un camino estrecho. A ambos lados la hierba cubría

casi hasta la altura de las ventanillas. El trillo era irregular, lleno de piedras. Finalmente se detuvieron. Papito salió de una garita que parecía abandonada. Gabriel y Estebita se apearon del carro.

—Negrón, dile a padrino que yo me comunico nada más llegue.

Yosiel sacó la mano por la ventanilla y Gabriel otra vez los vio cruzar.

—*Ekue*, cuídate que como tú quedan pocos —dijo.

—To el tiempo, monada.

El mar se sentía próximo y era como un arrullo que calmaba el ánimo. Papito sostenía una linterna.

—¿Yo puedo ir con él hasta el lugar? —preguntó Gabriel.

—No hay lío, Rubio. Sigán recto por el caminito y en cinco minutos vas a ver el grupo. Ahí, cuando les pregunten, dices que él es el doce. ¿Ok?

—Sirvió.

—¡Qué bueno!

Estebita atajó por el brazo a Gabriel.

—¿Pensaste en eso?

—No me voy.

—Asere, déjate de mareo. Yo traigo seis mil cañas y te pago la pira.

—Esteban, me quedo.

—Bróder... todavía estamos a tiempo. Si hay dinero, un lugar más se hace.

—Vamos. Que no quiero que el Negrón se me pira.

Caminaron todavía unos metros antes de sentir que bajo sus pies el suelo cedía. Una luz repentina se fijó sobre el rostro de los dos, cegándolos.

—¿Números? —dijo una voz en medio de la oscuridad, y acto seguido se dejó escuchar el rastrillar de un arma.

—Doce —gritó Estebita.

—¿Y ese otro qué pinta aquí?

—Tranquilo, que es mi bróder.

—¿Sí? ¿Y por qué te salió tan rubiecito? ¿Hermano por parte de chivo?

En la oscuridad se oyeron un par de risas como contenidas.

—Asere, el Papo lo dejó seguir. Este consorte es mi hermano de crianza.

La luz desapareció y solo quedó el encandilamiento. Gabriel sentía pequeñas gotas salobres posarse sobre sus labios.

—¿Puedo sacar el teléfono pa' alumbrarme? —preguntó Esteban.

Silencio.

—¿Puedo?

—¡Ah! Este tiene pinta de ser de los jodedores. Dale, mijo, enciende la lucecita.

Gabriel sacó el teléfono y activó la linterna. Encima de la arena, sentados sobre toallas, había un grupo de alrededor de quince personas, un par de niños entre ellas. Próximos, varios maletines y bultos, y parecía como la lista de espera en la terminal de ómnibus. También había tres hombres de pie con linternas en las manos y solo uno de ellos no llevaba arma. Los recién llegados fueron a sentarse muy cercanos al grupo. Después apagaron la linterna y quedaron en total oscuridad. Del mar se desprendía un vaho enervante.

—Me parece que todavía estamos a tiempo. Yo estoy seguro que si hablas con el socio tuyo ese y le dices que hay más money te monta sin susto.

—No jodas más, Esteban. ¿Qué pinga te pasa a ti? ¿Tienes miedo ahora?

—Sí.

—Pues ponte duro. Que lo que te espera de aquí pa' alante es fuego y balacera.

—Asere, vete conmigo.

—No puedo.

Conversaban en voz muy baja. Esteban se hallaba muy próximo a Gabriel y casi le susurraba al oído.

—¿Cómo cuánto tiempo se demora uno en llegar?

—No sé. Me imagino que depende en qué se vayan.

—Por la cantidad de gente y la plata que se pagó debe ser por lo menos un yatecito, o un lanchón grande, ¿no?

—Supongo.

Un ruido inequívoco los interrumpió. Sin lugar a dudas era el motor de una embarcación que se acercaba. Se escuchó en la oscuridad el movimiento de personas, ninguna palabra sin embargo. A medida que el sonido resonaba inquietando las aguas, comenzaron a alumbrarse las linternas hasta que de golpe emergió la figura de la lancha. En efecto, era una especie de yate pequeño. En la popa un hombre de pie gritó:

—Vamos, caballeros, que esto tiene que ser rápido. Move, move, move...

Fue la orden de arrancada. Los expedicionarios se armaron en tropel. Primero fueron las mujeres y los niños. Luego comenzaron a subir los hombres, todos bajo la custodia atenta de los tres guardianes.

—¡Arriba, chama! —gritó uno a Estebita.

—Asere, dile a mi hermano que me perdone. Dile que yo no soy un mierda. Dile, coño... que no me quedó otra opción...

El agua a Gabriel, un poco más alto que Esteban, le daba casi a la altura del pecho. De la parte trasera donde se hallaban las hélices de la embarcación, brotaba gran cantidad de espuma.

—Concéntrate —le dijo Gabriel—. ¿El *Negrón* no te dio nada pa' defenderte allá arriba? Por si la cosa se complica.

—No.

—Coño, mi hermano. La verdad que eres un chama—. Entonces otra vez le entregó, con cuidado para que nadie lo viera, el estilete—. Cógelo y cuídamelo. Ya me lo devolverás cuando no veamos de nuevo.

Los ojos de Esteban mostraban un brillo acuoso que Gabriel pudo distinguir debido a la proximidad de sus caras.

—Nunca te pregunté qué significa lo que tiene escrito —dijo Esteban.

—Que no vas a estar solo. Que nadie lo está.

—Move, move, move... —vociferó por última vez el hombre en la popa y Gabriel vio cómo se trepó ágil el hermano de Román, con la mochila negra a sus espaldas.

Todo sucedió muy rápido. Como mismo había aparecido de la nada así mismo desapareció la embarcación, llevándose consigo su carga humana, suerte de alquimia compuesta por los más disímiles ingredientes. Gabriel escuchó detrás de sí una voz que le dijo:

—Yunta, pírate rápido de por aquí que si te parten es completo pa' Villa Marista.

Aquellas palabras lo sacaron del ensimismamiento en el que se había sumido. Se acordó de Yosiel y de que estaba en medio de la nada. Tenía que regresar lo antes posible. Además, ya se habían involucrado demasiado en aquella aventura de Estebita. Cierto que él sabía lo que este último había hecho junto al *Negrón* en casa de Alain. Pero no temía por ello. Aquí diariamente se daban casos como ese que se quedaban sin resolver. Solo en los policíacos de *Tras la Huella* se solucionaban siempre de manera satisfactoria los crímenes. Pero la realidad era bien distinta. La fiana solo se dedicaba a participar de la interminable lista de corrupción que aquejaba a la Isla, y claro, también a mantener en el poder, junto con el ejército, a los *Dioses del Olimpo*. Esa era su única misión. Reprimir en caso de subversión y reinar con bandera abierta en la gran jungla habanera.

Anduvo presto hasta llegar a la garita donde un rato antes viera a Papito. El lugar estaba desierto. Entonces se adelantó y buscó el auto de Yosiel. De lejos divisó las luces encendidas. Cuando ya se encontraba lo bastante cerca como para distinguir con claridad el Moskovich se percató de que Yosiel no estaba solo. Lo tenían recostado contra el carro en posición de cacheo y con las manos juntas en la espalda. Junto a él había al menos cinco hombres más y Gabriel supuso que eran policías. Presa de la desesperación, y producto de un impulso incondicionado, se echó a correr. Entonces, antes de desplomarse escuchó claramente, estentóreo y absoluto, un disparo...

...y lo que había permanecido como un bloque compacto no lo fue más. Aquel disparo resultó como

una orden de dispersión. Vencidas por el pánico las gentes comenzaron a correr en todas direcciones. Se había abierto fuego contra la manifestación. La algarabía era tremenda. Massimo permanecía a su lado. Los dos corrieron a refugiarse en los portales de Infanta. Entonces, en la calle frente a ellos, un grupo de represión se abalanzó contra varios chicos que huían. Se abrieron paso a garrote limpio. Los jóvenes se derrumbaban rotundos. Tirso presenció el espectáculo y la imagen ensangrentada de un adolescente le evocó la de su hijo. Y ya no pudo permanecer impasible. Entró en el tumulto, detrás suyo Massimo también peleaba. Sus potentes brazos parecieron olvidar que durante años solo se habían dedicado al armónico balanceo de la interpretación musical. Y el artificio de las cadencias bachianas fue desplazado por el toque vigoroso del clarín, la marcha a degüello, y cada golpe de Tirso era un grito de libertad, una pugna por zafarse de todas las cadenas que se había impuesto a lo largo de su vida, y la rebelión tantos años dilatada. Entonces Massimo cayó y de un golpe se lanzaron tres, cuatro guardias sobre Tirso. Y ya no podían con él de no haber sido por el culatazo en la nuca. Tirso se desplomó sobre sus rodillas. A empujones lo arrastraron semiinconsciente hacia la entrada de un edificio...

—¿A dónde tú iba, muchacho? —preguntó el capitán Aguiar.

Gabriel permanecía hincado de rodillas frente al oficial. Al salir la bala le había roto el hueso y un dolor intenso le recorría toda la pierna. A su lado Yosiel se mostraba desafiante.

—Fíjate, a mí no me hace falta que ninguno de ustedes me diga ná porque ya yo lo sé to. La putica que etaba con el fanoso que ha etao robando lo echó palante como al carrito del helado. Ese no llega a mar afuera. Por mi madrecita que lo vamo a cepillar.

El capitán aferraba entre el pulgar y el dedo del medio el cabo de un cigarro que ya amenazaba con quemarle la punta de los dedos.

—¡Ahora, mira que hay gente etúpida! Muchacho, si a ti te la tenemos pronosticá dede hace rato. Tú mimo no dite el preteto.

—No hable tanto y acaba de hacer lo que vayas a hacer, guajiro singao —dijo Yosiel—. Que ustedes lo que son es una partía de...

...vio como Massimo fue ultimado muy próximo a él. También lo habían arrastrado hacia el interior del edificio para balearlo sobre los primeros escalones de mármol.

—Termina ya con el negro de mierda ese —dijo un guardia.

Poco le importó lo que le pasara a él, la ofensa aquella era intolerable. Postrado de rodillas, y luego decirle eso.

—Gusano serás tú y tú madre —gritó furibundo Gabriel...

...y en un asalto de rabia, sin mediación ninguna, sacó el estilete que llevaba oculto e introdujo dos veces la hoja en el abdomen de quien lo había injuriado...

...tres disparos le atravesaron el pecho y cayó bocarriba. En el cielo relucía una estrella solitaria, acaso la misma con la que de pequeño hablaba Román allá en su barrio de Cayo Hueso...

...y otra vez era el mismo muelle de su adolescencia. Y mira a Paolo partir con el pescador en la chalupa. Y él que piensa que nunca será más feliz que ese día. Entonces su abuelo le esboza un saludo y él decide abrir el pequeño cofre de caoba donde se halla el obsequio que le acaba de ser dado. Brillante, sobre el fondo acolchado de color púrpura, yace un stiletto. Y sobre la hoja fina, grabada con gran arte, la máxima que viene escuchando desde niño.

